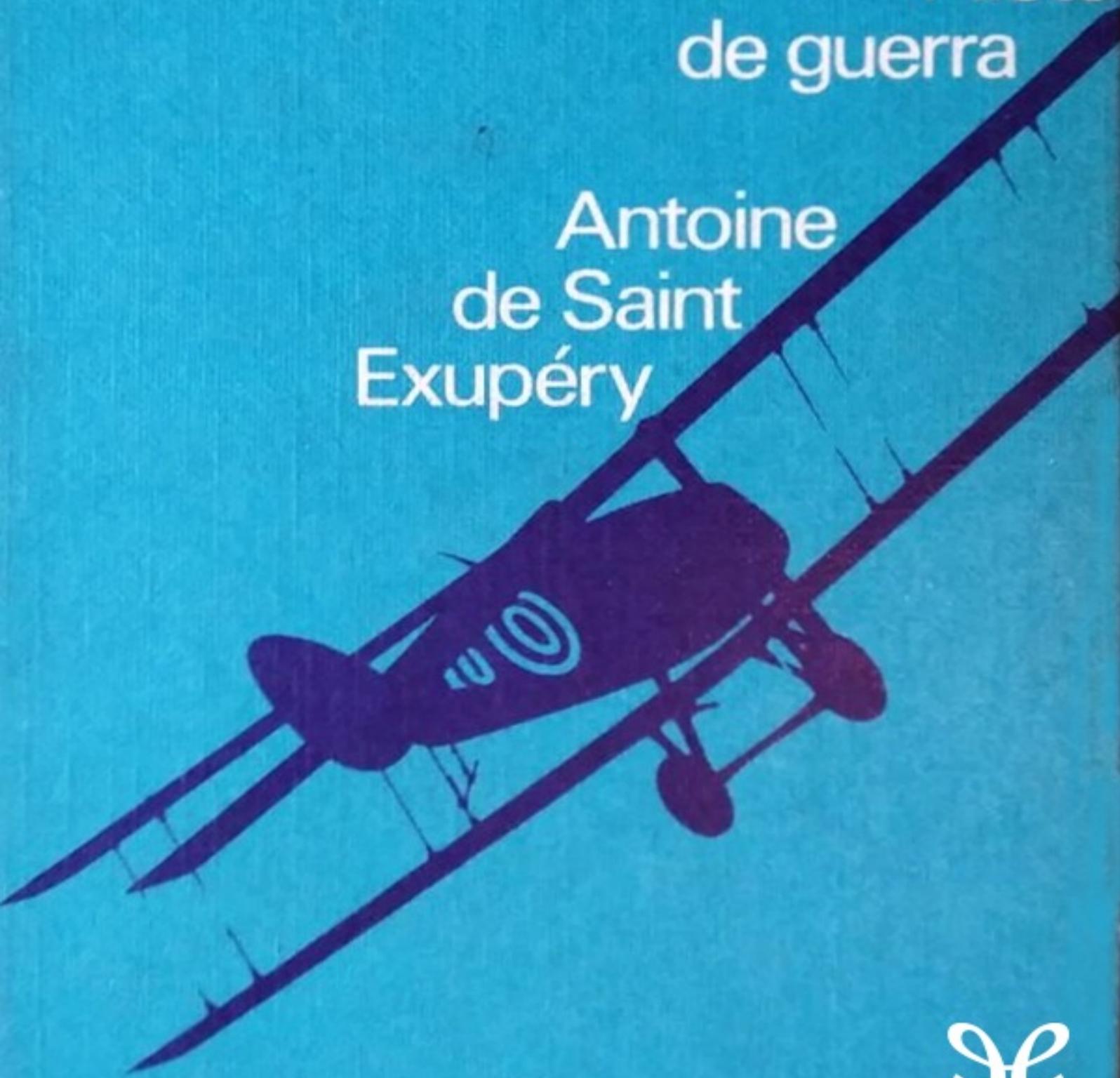


Piloto
de guerra

Antoine
de Saint
Exupéry



se

Saint-Exupéry era piloto en una escuadrilla de reconocimiento de l'Armée de l'Air cuando los alemanes entraron en Francia en 1940. En *Piloto de Guerra*, escrito dos años más tarde, nos habla de una misión en la que, junto a un navegante y un artillero, debía tomar fotografías del frente en torno a la ciudad de Arras, donde se luchaba ferozmente mientras la población anegaba las carreteras huyendo de los combates. Los tres hombres debían hacer frente a los BF-109 que eran dueños y señores del cielo y a la potente defensa antiaérea que acompañaba el avance de las tropas alemanas, sabiendo que en los últimos días sólo regresaba una de cada tres tripulaciones, y hacerlo además por unas fotos que serían ya inútiles en el momento que llegasen a los despachos de los oficiales encargados de estudiarlas, si es que llegaban.

A pesar de todo, Saint-Exupéry era capaz de encontrarle un sentido, de darle un porqué a sus acciones y a las de sus compañeros, más allá de la escasa utilidad de aquellas fotografías, y es que él creía en el valor del sacrificio. Pocos como él, que no era precisamente un guerrero, han explicado mejor lo que eso significa.



Antoine de Saint-Exupéry

Piloto de guerra

ePub r1.0

German25 12.08.16

Título original: *Pilote de guerre*

Antoine de Saint-Exupéry, 1942

Traducción: María Teresa López

Editor digital: German25

ePub base r1.2



Al comandante Alias, a todos mis camaradas del Grupo aéreo 2/33 de Gran Reconocimiento, y —en especial— al capitán observador Moreau y a los tenientes observadores Azambre y Dutertre, quienes, uno a uno, fueron mis compañeros de a bordo a lo largo de todos mis vuelos de guerra de la campaña 1939-40 y de quienes soy fiel amigo de por vida.

I

Sin duda sueño. Estoy en el colegio. Tengo quince años. Resuelvo con paciencia mi problema de geometría. De codos sobre el pupitre negro, me sirvo del compás, de la regla, del transportador. Soy estudioso y tranquilo. Algunos camaradas hablan en voz baja cerca de mí. Uno de ellos alinea cifras en una pizarra. Otros, menos serios, juegan al *bridge*. De vez en cuando me adentro más allá en mi sueño y echo un vistazo por la ventana. La rama de un árbol oscila suavemente al sol. La miro largo rato. Soy un alumno disipado... Encuentro gusto en disfrutar de este sol como en saborear este olor infantil de pupitre, de creta, de pizarra. ¡Me encierro tan a gusto en esta infancia bien protegida! Yo ya lo sé: primero están la infancia, el colegio, los camaradas, luego viene el día de exámenes. En que se recibe algún diploma. En que se franquea, con el corazón oprimido, un cierto pórtico, más allá del cual, de repente, se es un hombre. Entonces se pisa más firme en la tierra. Uno traza ya su camino en la vida. Los primeros pasos de su camino. Al fin se ensayarán las armas sobre adversarios verdaderos. La regla, la escuadra, el compás, se usarán para construir el mundo o para triunfar de los enemigos. ¡Se acabaron los juegos!

Ya sé que ordinariamente un colegial no teme afrontar la vida. Un colegial patalea de impaciencia. Los tormentos, los peligros, las amarguras de una vida de hombre no intimidan a un colegial.

Pero por lo visto soy un colegial raro. Soy un colegial que se da cuenta de su felicidad y que no tiene prisa por afrontar la vida...

Dutertre pasa. Le invito:

—Siéntate ahí, voy a hacerte un juego de manos...

Y me divierte mucho encontrar su as de pique.

Enfrente de mí, sobre un pupitre negro como el mío, está sentado Dutertre con las piernas colgando. Se ríe. Yo sonrío modestamente. Pénicot se acerca a

nosotros y apoya un brazo sobre mi hombro:

—¿Y pues, camarada? ¿Qué hay, compañero?

Dios mío ¡qué tierno es todo esto!

Un celador (¿es realmente un celador?) abre la puerta para convocar a dos camaradas. Ellos sueltan sus reglas, sus compases, se levantan y salen. Les seguimos con la vista. Se acabó el colegio para ellos. Los sueltan en la vida. Su ciencia va a servir. Van, como hombres, a ensayar sobre sus adversarios las fórmulas de sus cálculos. Extraño colegio, del que cada uno se va cuando le llega el turno. Y sin grandes adioses. Esos dos camaradas ni siquiera nos han mirado. Los azares de la vida, sin embargo, los llevarán, tal vez, más allá de la China. ¡Mucho más lejos! Cuando la vida, después del colegio, dispersa a los hombres, ¿pueden jurar volver a verse?

Bajamos la cabeza, nosotros, los que vivimos aún en la cálida paz de la incubadora.

—Oye, Dutertre, esta noche...

Pero la misma puerta se abre por segunda vez. Y oigo como un veredicto:

—El Capitán Saint Exupéry y el Teniente Dutertre: los llama el Comandante.

Se acabó el colegio. Es la vida.

—¿Sabías que nos tocaba a nosotros?

—Pénicot ha volado esta mañana.

Salimos en misión, sin duda, puesto que nos convocan. Estamos a fines de Mayo, en plena retirada, en pleno desastre. Se sacrifican los equipos como si fueran vasos de agua echados en el incendio de un bosque. ¿Por qué pesar los riesgos cuando todo se desmorona? Somos aún para toda Francia cincuenta equipos de Gran Reconocimiento. Cincuenta equipos de tres hombres, de los cuales veintitrés de los nuestros, del Grupo 2/33. En tres semanas hemos perdido diecisiete equipos de los veintitrés. Nos fundimos como si fuéramos de cera. Ayer le dije al Teniente Gavaille:

—Ya veremos esto después de la guerra.

Y el Teniente Gavaille me respondió:

—¿No pretenderá usted, mi Capitán, estar vivo después de la guerra?

Gavoille no bromeaba. Sabemos muy bien que no pueden hacer otra cosa que arrojarnos a la hoguera, aunque el gesto sea inútil. Somos cincuenta equipos para toda Francia. ¡Sobre nuestros hombros reposa toda la estrategia del ejército francés! Hay un inmenso bosque que se quema, y unos pocos vasos de agua que se pueden sacrificar para apagarlo: se les sacrificará.

Es correcto. ¿Quién sueña en quejarse?

No se ha oído jamás entre nosotros contestar otra cosa que: «Bien, mi Comandante. Sí, mi Comandante. Gracias, mi Comandante. Comprendido, mi Comandante». Pero hay una impresión que domina todas las otras en el transcurso de este final de guerra. Es la del absurdo. Todo cruje en torno de nosotros. Todo se desploma. Es tan total, que la misma muerte parece absurda. Le falta seriedad a la muerte en este galimatías...

Entramos en donde está el Comandante Alias. (Todavía manda hoy en Túnez el mismo Grupo 2/33).

—Buenos días, Saint Ex. Buenos días, Dutertre. Sentémonos.

Nos sentamos. El Comandante extiende un mapa y se vuelve hacia el ordenanza:

—Vaya a buscarme la *météo*.

Luego golpea la mesa con su lápiz. Me quedo observándolo. Tiene mala cara. No ha dormido. Ha ido y venido en auto buscando un Estado Mayor fantasma, el Estado Mayor de la División, el Estado Mayor de la Subdivisión... Ha intentado luchar contra los almacenes de aprovisionamiento que no entregaban sus piezas de recambio. Se ha visto enredado en la carretera en embotellamientos inextricables. Ha presidido también la última mudanza, pues cambiamos de lugar como unos pobres diablos, perseguidos por un ujier inexorable. Alias ha conseguido salvar, cada vez, los aviones, los camiones y diez toneladas de material. Pero nosotros comprendemos que se le acaban las fuerzas, los nervios.

—Pues bien, aquí tenemos...

Sigue golpeando la mesa sin mirarnos.

—Es bien desagradable...

Luego se encoge de hombros.

—Es una misión desagradable. Pero en el Estado Mayor están muy interesados. Muy interesados en ella... Yo he discutido, pero ellos están

empeñados.

Así es. Dutertre y yo contemplamos por la ventana un cielo sereno. Oigo cómo cacarean las gallinas, pues el despacho del Comandante está instalado en una granja, así como la Sala de Informaciones lo está en una escuela. Yo no contrapondría el verano, las frutas que maduran, los pollitos que aumentan de peso, los trigos que crecen, a la muerte tan próxima. No veo en qué podría la paz del verano contradecir a la muerte, ni en qué sería una ironía la dulzura de las cosas. Pero me asalta una vaga idea: «Es un verano que se estropea. Un verano estancado». He visto trilladoras abandonadas, segadoras abandonadas. En las cunetas, coches abandonados. Pueblos abandonados. Tal fuente de un pueblo vacío dejaba correr su agua. El agua pura se convertía en ciénaga, ella que tantos cuidados había costado a los hombres. De pronto se me ocurrió una imagen absurda. La de los relojes parados. De todos los relojes parados. Relojes de las iglesias de los pueblos. Relojes de las estaciones. Relojes de chimenea de las casas vacías. Y, en este escaparate de relojero que ha huido, este osario de relojes muertos. La guerra... ya no se da cuerda a los relojes. Ya no se recolectan las remolachas. Ya no se reparan los vagones. Y el agua, que se recogía para apagar la sed y para lavar los bellos encajes dominicales de las lugareñas, se esparce en lodazal ante la iglesia. Y uno se muere en verano...

Es como si tuviera una enfermedad. Este médico acaba de decirme: «Es muy fastidioso...». Habría pues que pensar en el notario, en los que se quedan. De hecho, Dutertre y yo hemos comprendido que se trata de una misión sacrificada:

—Dadas las circunstancias presentes —termina el Comandante— no se puede considerar demasiado el riesgo...

Naturalmente. No se «puede demasiado». Y nadie tiene la culpa. Ni nosotros, de sentirnos melancólicos. Ni el Comandante, de sentirse incómodo. Ni el Estado Mayor, de impartir órdenes. El Comandante rechina porque estas órdenes son absurdas. Nosotros también lo sabemos, pero el Estado Mayor lo sabe a su vez. Da órdenes porque hay que dar órdenes. En el transcurso de una guerra un Estado Mayor da órdenes. Las confía a vistosos oficiales de caballería o más modernamente a motociclistas. Allí en donde reinaba el desorden y la desesperanza, cada uno de estos oficiales salta de un caballo humeante. Muestra el Porvenir, como la estrella de los Magos. Lleva la Verdad. Y las órdenes aquí reconstruyen el mundo.

Esto es el esquema de la guerra. La estampería en colores de la guerra. Y cada uno se esfuerza lo que puede por hacer que la guerra se parezca a la guerra. Piadosamente. Cada uno se esfuerza por cumplir bien las reglas. Tal vez se consiga, entonces, que esta guerra acabe por parecer una guerra.

Y para que parezca una guerra se sacrifican, sin objetivos precisos, los equipos. Nadie se confiesa a sí mismo que esta guerra no se parece a nada, que nada tiene sentido, que ningún esquema se adapta, que se estiran con toda seriedad unos hilos que no comunican ya con sus títeres. Los Estados Mayores expiden convencidos estas órdenes que no llegarán a ninguna parte. A nosotros se nos exigen informes imposibles de recoger. La aviación no puede asumir la carga de explicar la guerra a los Estados Mayores. La aviación puede, por medio de sus observaciones, controlar las hipótesis. Pero ya no hay hipótesis. Y de hecho se pide a una cincuentena de equipos que modelen una fisonomía a una guerra que no la tiene. Se dirigen a nosotros como a una tribu de cartománticos. Yo miro a Dutertre, mi observador-cartomántico. Ayer le objetaba así a un coronel de la división: «¿Y cómo haré, a diez kilómetros del suelo y a quinientos treinta kilómetros por hora, para señalar las posiciones?». «¡Pero bien verá si disparan contra usted! Si disparan quiere decir que las posiciones son alemanas».

—Me hizo mucha gracia —terminaba por decir Dutertre.

Pero los soldados franceses no han visto nunca aviones franceses. Hay un millar de ellos diseminados desde Dunkerque a Alsacia. Mejor fuera decir que están diluidos en el infinito. Así, cuando en el frente pasa raudo un aparato, puede decirse con seguridad que es alemán. Más vale tratar de echarlo abajo antes de que haya soltado sus bombas. Un solo rugido ya desata las ametralladoras y los cañones de tiro rápido.

—¡Con semejante método —añadía Dutertre—, sus informes serán magníficos!...

Y se tomarán en consideración porque, en un esquema de guerra, deben tomarse en consideración los informes...

Sí, pero también la guerra está desquiciada.

Afortunadamente, sabemos que no tomarán en consideración alguna nuestros informes. No podremos transmitirlos. Las carreteras estarán embotelladas. Los teléfonos, parados. El Estado Mayor habrá tenido que cambiar urgentemente de lugar. Los informes importantes sobre la posición del enemigo, es el enemigo mismo quien los proporcionará. Discutíamos hace

algunos días, cerca de Laon, sobre la posición eventual de las líneas. Enviamos un oficial de enlace al General. A medio camino, entre nuestra base y el General, el coche tropieza con un rodillo tras el cual se esconden dos coches blindados. El teniente da media vuelta. Pero una ráfaga de ametralladoras le deja seco y hiere al mecánico. Los blindados son alemanes.

El Estado Mayor se parece a un jugador de *bridge* a quien se pidiera consejo desde la habitación contigua:

—¿Qué he de hacer con mi dama de pique?

El aislado se encogería de hombros. No habiendo visto nada del juego, ¿cómo iba a contestar?

Pero un Estado Mayor no tiene derecho a encogerse de hombros. Si controla aún algunos elementos, debe movilizarlos para conservarlos y para intentarlo todo mientras dura la guerra. Aunque sea como un ciego, debe actuar y mandar actuar.

Pero es difícil atribuir de memoria un papel a una dama de pique. Hemos comprobado ya, primero con cierta sorpresa, luego con toda evidencia, que cuando empieza el hundimiento falta trabajo. Se supone al vencido sumergido por un torrente de problemas, usando hasta el límite, para resolverlos, su infantería, su artillería, sus tanques, sus aviones; pero la derrota empieza por escamotear los problemas. No se conoce ya nada del juego. No se sabe en qué emplear los aviones, los tanques, la dama de pique...

Se la echa al fin sobre la mesa, después de haberse devanado los sesos para descubrirle un papel eficaz. Reina el malestar y no la fiebre. Sólo la victoria llega rodeada de entusiasmo. La victoria organiza. La victoria construye. Y cada uno pierde el aliento con tal de llevar sus propias piedras. Pero la derrota sumerge a los hombres en una atmósfera de incoherencia, de fastidio y sobre todo de futilidad.

Pues ante todo son fútiles las misiones que nos exigen. Cada día más fútiles. Más cruentas y más fútiles. Para oponerse a este desmoronamiento de montaña, los que imparten órdenes no tienen otro recurso que echar sus últimos triunfos sobre la mesa.

Dutertre y yo somos triunfos y escuchamos al Comandante. Desarrolla para nosotros el programa de la tarde. Nos envía a volar a setecientos metros de altura por encima de los parques de tanques de la región de Arras, al regresar de un largo recorrido a diez mil metros, con la misma voz que diría:

«Seguirá usted entonces por la segunda calle a la derecha hasta la esquina de la primera plaza; allí hay un estanco en donde comprará unos fósforos...».

—Bien, mi Comandante.

La misión no es ni más ni menos útil que esto. Ni más ni menos lírico el lenguaje que la significa.

Yo me digo «misión sacrificada». Y pienso... Pienso muchas cosas. Esperaré a la noche, si estoy vivo, para reflexionar. Pero vivo... Cuando una misión es fácil, vuelven una de cada tres. Cuando es un poco «fastidiosa», naturalmente que es más difícil volver. Y aquí, en el despacho del Comandante, la muerte no me parece ni augusta, ni majestuosa, ni heroica, ni desgarradora. No es más que una muestra del desorden. Un efecto del desorden. El Grupo va a perdernos como se pierden unos equipajes en el barullo de una estación de transbordo.

Y no es que yo no piense algo completamente diferente, sobre la guerra, sobre la muerte, sobre el sacrificio, sobre Francia, pero me falta un concepto directivo, un lenguaje claro. Pienso por contradicción. Mi verdad está en pedazos y no puedo considerarlos más que uno tras otro. Si estoy vivo, esperaré la noche para reflexionar. La noche bien amada. Por la noche, la razón duerme y las cosas son, simplemente. Las que verdaderamente importan recobran su forma, sobreviven a las destrucciones de los análisis del día. El hombre reconstruye sus pedazos y vuelve a ser un árbol tranquilo.

El día es para las escenas familiares, pero, por la noche, aquél que se ha querrellado encuentra de nuevo el Amor. Pues el amor es más grande que ese vendaval de palabras. Y el hombre, apoyado en su ventana, bajo las estrellas, es responsable de nuevo de los niños que duermen, del pan del mañana, del sueño de la esposa que reposa ahí, tan frágil, y delicada, y pasajera. El amor no se discute. ¡Es! ¡Que venga la noche para que se muestre ante mí alguna evidencia que merezca el amor! Para que piense: civilización, destino del hombre, placer de la amistad en mi país. Para que desee servir a alguna verdad imperativa, aunque tal vez inexpresable aún...

Por el momento soy muy semejante a un cristiano abandonado de la gracia. Haré mi papel con Duterte honradamente, no hay duda, pero de la misma manera que se salvan ritos que no tienen ya ningún contenido. Cuando el Dios se ha retirado. Esperaré la noche, si aún puedo vivir, para caminar un poco por la carretera que atraviesa nuestro pueblo, envuelto en mi muy amada soledad, a fin de comprender por qué debo morir.

II

Me despierto de mi sueño. El Comandante me sorprende con una extraña proposición:

—Si le fastidia demasiado esta misión... Si no se siente usted con fuerzas, yo puedo...

—¡Por Dios, mi Comandante!

Bien sabe el Comandante que esta proposición es absurda. Pero cuando un equipo no regresa, uno recuerda la seriedad de las caras en la hora de la partida. Se interpreta esta gravedad como señal de un presentimiento. Uno se acusa de no haber hecho caso.

El escrúpulo del Comandante me recuerda a Israel. Estaba yo ayer fumando en la ventana de la Sala de Informaciones. Israel andaba muy aprisa cuando le vi desde la ventana. Tenía la nariz colorada. De pronto me llamó la atención la nariz colorada de Israel. Una gran nariz bien judía y bien colorada.

Yo sentía una amistad profunda por aquel Israel cuya nariz consideraba. Era uno de los más valientes camaradas-pilotos del Grupo. De los más valientes y de los más modestos. Tanto le habían hablado de la prudencia judía, que su valor lo debía confundir con la prudencia. Es prudente ser vencedor.

Pues bien, yo estaba observando su nariz colorada, que no brilló más que un momento, dada la rapidez de los pasos que se llevaron a Israel y su nariz. Sin ánimo de bromear me volví hacia Gavaille:

—¿Por qué tiene esa nariz?...

—Su madre se la ha hecho —respondió Gavaille.

Pero añadió:

—Extraña misión a baja altitud. Va a salir.

—¡Ah!

Y, claro que recordé por la noche, cuando dejamos de esperar el regreso de Israel, aquella nariz que, plantada en medio de una cara totalmente impasible, expresaba de un modo genial, muy suyo, la más dura de las preocupaciones. Si hubiera sido yo quien hubiera tenido que disponer la marcha de Israel, la visión de aquella nariz me hubiera obsesionado durante mucho tiempo como un reproche. Claro que Israel no había respondido a la orden de partida más que con un: «Sí, mi Comandante. Bien, mi Comandante. Comprendido, mi Comandante». Claro que ni un solo músculo de la cara de Israel se había estremecido. Pero suavemente, insidiosamente, traidoramente, la nariz se había iluminado. Israel controlaba los rasgos de su cara, pero no el color de su nariz. Y la nariz había abusado para manifestarse por cuenta propia, en el silencio. La nariz, a despecho de Israel, había expresado al Comandante su fuerte desaprobación.

Por eso no le gusta al Comandante mandar a los que él cree que están abrumados por los presentimientos. Los presentimientos engañan casi siempre, pero dan a las órdenes de guerra un tono de condena. Alias es un jefe, no un juez.

Así, el otro día, a propósito del Ayudante T. Todo lo que Israel tenía de valiente, lo tenía T. de susceptible al miedo. Es el único hombre que he conocido que tuviera realmente miedo. Cuando daban a T. una orden de guerra, desataba en él una extraña ascensión de vértigo. Era algo simple, inexorable y lento. T. se envaraba lentamente de pies a cabeza. Su cara parecía lavada de toda expresión. Y le empezaban a brillar los ojos.

Contrariamente a Israel, cuya nariz me había parecido tan triste, triste por la muerte probable de Israel, y al mismo tiempo muy irritada, en T. no se producía ningún movimiento interior. No reaccionaba: enmudecía. Cuando uno había terminado de hablar con T. descubría que había despertado en él una sola cosa: la angustia. La angustia empezaba a extender sobre su rostro una especie de claridad. Desde entonces T. estaba fuera de nuestro alcance. Uno tenía la sensación de que entre el Universo y él se iba agrandando un desierto de indiferencia. En ningún otro mortal he visto jamás semejante forma de éxtasis.

—Nunca hubiera debido dejarle marchar ese día —decía más tarde el Comandante.

Cuando el Comandante le anunció ese día su salida, T. no solamente había

palidecido, sino que había empezado a sonreír. Sencillamente a sonreír. Así hacen tal vez los condenados cuando el verdugo realmente traspasa los límites.

—Usted no se siente bien. Le voy a reemplazar...

—No, mi Comandante. Puesto que es mi turno, es mi turno.

Y T., en guardia ante el Comandante, le miraba sin hacer el menor movimiento.

—Pero si no se siente usted hoy dueño de usted mismo...

—Es mi turno, mi Comandante. Es mi turno.

—Vamos a ver, T...

—Mi Comandante...

El hombre parecía un bloque.

Y Alias:

—Entonces le dejé marchar.

Lo que pasó después nunca pudimos explicárnoslo. T., que era el ametrallador de su aparato, soportó una tentativa de ataque por parte de un caza enemigo. Pero el caza, trabadas sus ametralladoras, dió media vuelta. El piloto y T. estuvieron hablando hasta cerca del terreno de base, sin que el piloto notara nada anormal. Pero cuando faltaban cinco minutos para llegar, dejó de obtener respuesta.

Y al atardecer encontraron a T. con el cráneo destrozado por la cola del avión. Había saltado con paracaídas en condiciones desastrosas, en plena marcha, y eso en territorio amigo, cuando ya no le amenazaba peligro alguno. El paso del caza había sido para él una llamada irresistible.

—Vayan a vestirse —nos dijo el Comandante—, y estén en el aire a las cinco y treinta.

—Hasta la vista, mi Comandante.

El Comandante responde con un gesto vago. ¿Superstición? Como se me ha apagado el cigarrillo y busco inútilmente por los bolsillos:

—¿Por qué no tiene usted nunca fósforos?

Eso es exacto. Y con tal adiós franqueo la puerta preguntándome: ¿Por qué no tengo nunca fósforos?

—La misión le fastidia —observa Dutertre.

Yo pienso: ¡Le tiene sin cuidado! Pero no es en Alias en quien pienso mientras formulo esta injusta réplica. Me choca una evidencia que nadie confiesa: la vida del Espíritu es intermitente. Sólo la vida de la Inteligencia es permanente, o casi. Hay pocas variaciones en mis facultades analíticas. Pero el Espíritu no toma en consideración los objetos, sino que considera el sentido que los anuda entre sí. La cara leída de parte a parte. Y el Espíritu pasa de la visión plena a la ceguera absoluta. Para aquel que ama su propiedad llega la hora en que no descubre en ella más que un conjunto de objetos dispares. Para el que ama a su mujer llega la hora en que no ve en el amor más que preocupaciones, contrariedades y deberes. Para el aficionado a tal música llega la hora en que ya no recibe nada de ella. Llega la hora, como en este momento, en que ya no comprendo a mi país. Un país no es la suma de comarcas, de costumbres, de materiales que mi inteligencia puede siempre captar. Es un Ser. Y llega la hora en que yo descubro que estoy ciego para los Seres.

El comandante Alias ha pasado la noche con el General discutiendo lógica pura. Lo que hace la lógica pura es arruinar la vida del Espíritu. Luego se ha extenuado en la carretera contra interminables embotellamientos. Después, al volver al Grupo, se ha encontrado con cien dificultades materiales, de esas que te roen poco a poco como mil pedruscos de un derrumbe de montaña que no se pudiera contener. Por fin nos ha convocado para lanzarnos a una misión imposible. Somos objeto de la general incoherencia. No Saint-Exupéry o Dutertre, dotados de un modo peculiar de ver las cosas o de no verlas, de pensar, de andar, de beber, de sonreír, sino trozos de una gran construcción, y hace falta más tiempo, más silencio, y más perspectiva para descubrir el conjunto. Si yo tuviera un tic, Alias no se fijaría más que en mi tic. No expediría a Arras más que la imagen de un tic. En el desbarajuste de los problemas planteados en el desmoronamiento, también nosotros estamos divididos en trozos. Esta voz. Esta nariz. Este tic. Y los trozos no conmueven.

No se trata aquí del Comandante Alias, sino de todos los hombres. Durante los fastidiosos quehaceres de un entierro, nosotros, los que queríamos al muerto, no nos sentimos en contacto con la muerte. La muerte es una gran cosa. Es una nueva red de relaciones con las ideas, los objetos, las costumbres del muerto. Es un nuevo arreglo del mundo. Nada ha cambiado en apariencia, pero todo ha cambiado. Las páginas del libro son las mismas, pero no el sentido del libro. Nos hace falta, para sentir la muerte, imaginar las horas en

que tenemos necesidad del muerto. Entonces se nos escapa. Imaginar las horas en que él nos hubiera necesitado a nosotros. Pero ya no nos necesita. Imaginar la hora de la visita amiga. Y encontrarla vacía. Necesitamos ver la vida en perspectiva. Pero no hay ni perspectiva ni espacio el día en que se entierra. El muerto está todavía en pedazos. El día en que se le entierra, nos dispersamos en pataleos, en manos que estrechar de amigos verdaderos o falsos, en preocupaciones materiales. El muerto morirá, tan sólo mañana, en el silencio. Se mostrará a nosotros en su plenitud, para arrancarse, en su plenitud, a nuestra substancia. Entonces lloraremos por el que se va y que no podemos retener.

No me gustan las estampas de guerra de Epinal. El rudo guerrero aplasta una lágrima y disimula su emoción con réplicas malhumoradas. Es falso. El rudo guerrero no disimula nada. Si suelta una invectiva es que la piensa.

No se trata de la calidad del hombre. El Comandante Alias es perfectamente sensible. Si no volvemos, tal vez sufrirá más que ningún otro. A condición de que se ocupe de nosotros y no de una porción de detalles diversos. A condición de que el silencio le permita esta reconstrucción. Pues si, esta noche, el ujier que nos persigue obliga al Grupo a cambiar de lugar, el pinchazo de una rueda de camión, entre el alud de los problemas, relegará nuestra muerte para más tarde. Y Alias se olvidará de sentirla.

Así, cuando salgo en misión, no pienso en la lucha del Occidente contra el Nazismo. Pienso en detalles inmediatos. Pienso en lo absurdo de un vuelo sobre Arras a setecientos metros. En la futilidad de los informes que nos piden. En la lentitud de la vestimenta que se me antoja una indumentaria para el verdugo. Y luego en mis guantes. ¿En dónde diablos encontraré unos guantes? He perdido los guantes.

Ya no veo la catedral que habito.

Me estoy vistiendo para el servicio de un dios muerto.

III

—Date prisa... ¿En dónde están mis guantes?... No... no son éstos...
Búscalos en mi bolsa...

—No los encuentro, mi Capitán.

—Eres un imbécil.

Todos son unos imbéciles. El que no sabe encontrar mis guantes. Hitler, que ha desatado esta guerra demente. Y el otro, del Estado Mayor, con su idea fija de misión a baja altitud.

—Te he pedido un lápiz. Hace diez minutos que te he pedido un lápiz.
¿No tienes un lápiz?

—Sí, mi Capitán.

Éste sí que es inteligente.

—Cuélgame ese lápiz de un cordel. Y átame el cordel a este ojal de aquí... Dígame, ametrallador, no parece que tenga usted mucha prisa...

—Es que estoy listo, mi Capitán.

—¡Ah, bueno!

¿Y el observador? Bifurco hacia él:

—¿Cómo le va, Dutertre? ¿No falta nada? ¿Ha calculado los rumbos?

—Tengo los rumbos, mi Capitán...

Bueno. Tiene los rumbos. Una misión sacrificada. Yo me pregunto si tiene sentido común sacrificar un equipo para conseguir unos informes que nadie necesita y que, si alguno de nosotros vive todavía para traerlos, no serán nunca transmitidos a nadie.

—El Estado Mayor debería contratar espiritistas...

—¿Para qué?

—Para que esta noche pudiéramos comunicarles nuestros informes sobre una mesa giratoria.

No estoy muy satisfecho de mi ocurrencia, pero todavía gruño un poco más:

—Los Estados Mayores, los Estados Mayores, ¡que vayan ellos a cumplir las misiones sacrificadas, los Estados Mayores!

Pues ¡qué larga es la ceremonia de vestirse cuando la misión parece desesperada, y con cuánto esmero se enjaeza uno para ser quemado vivo! Es trabajoso ponerse este triple espesor de trajes superpuestos, disfrazarse con toda una tienda de accesorios que uno lleva, como un ropavejero, organizar un circuito de oxígeno, el circuito de calefacción, el circuito de comunicaciones telefónicas entre los miembros del equipo. La respiración, la tomo de esta careta. Un tubo de caucho me liga al avión y es tan esencial como el cordón umbilical. El avión entra en el circuito de la temperatura de mi sangre. El avión entra en el circuito de mis comunicaciones humanas. Me han añadido órganos que se interponen de algún modo entre mi corazón y yo. Por minutos voy siendo más pesado, más molesto, más difícil de manejar. Me doy vuelta todo de una pieza, y si me inclino para apretar mis correas o tirar de los cierres que se resisten, todas mis coyunturas se quejan. Mis coyunturas se quejan. Mis antiguas fracturas me duelen.

—Pásame otro casco. Te he dicho veinticinco veces que el mío ya no lo quiero. Me viene demasiado justo.

Porque, Dios sabe por qué misterio, el cráneo se hincha a mucha altura. Y un casco, normal en tierra, oprime los huesos como un torniquete a diez mil metros.

—Pero su casco es otro, mi Capitán. Ya lo he cambiado.

—¡Ah! Bueno.

Pues, gruño sin remordimiento alguno, ¡estoy cargado de razón! Además, todo esto no tiene ninguna importancia. Estamos atravesando en este instante el centro mismo de ese desierto interior de que yo hablaba. Aquí no hay más que trozos. Ni siquiera siento vergüenza por desear el milagro que podría cambiar el curso de esta tarde. ¡Que se estropee el laringófono!, por ejemplo. ¡Los laringófonos están siempre estropeados! ¡Son de pacotilla! ¡Salvaría a nuestra misión de ser sacrificada, un desperfecto del laringófono!...

El capitán Vezin me aborda con aire sombrío. El capitán Vezin aborda a

cada uno de nosotros, antes de salir en misión, con aire sombrío. El capitán Vezin está encargado aquí de las relaciones con los organismos que están al acecho de los aviones enemigos. Su tarea es informarnos de los movimientos. Vezin es un amigo a quien quiero mucho, pero un profeta de malos augurios. Siento encontrarlo.

—Amigo —me dice Vezin—, ¡es fastidioso, es fastidioso, es fastidioso!

Y saca del bolsillo unos papeles. Luego, mirándome suspicaz:

—¿Por dónde sales?

—Por Albert.

—Eso es. Eso es. ¡Ah, es fastidioso!

—No seas idiota; ¿qué ocurre?

—¡No puedes salir!

—¡No puedo salir!... ¡Bueno está Vezin! ¡Que consiga del Padre Eterno que se estropee el laringófono!

—No puedes pasar.

—¿Por qué no puedo pasar?

—Porque hay tres misiones de caza alemanas que se relevan permanentemente sobre Albert. La una a seis mil metros, la otra a siete mil quinientos, la otra a diez mil. Ninguna abandona el cielo antes de que lleguen las reemplazantes. Hacen la interdicción *a priori*. Te vas a meter en una red. Y luego, ¡mira!...

Y me enseña un papel en el que ha garabateado unas demostraciones incomprensibles.

Haría mejor Vezin en dejarme en paz. Las palabras «interdicción *a priori*» me han impresionado. Pienso en las luces rojas y en las contravenciones. Pero aquí la contravención es la muerte. Detesto sobre todo «*a priori*». Tengo la impresión de que me apuntan a mí personalmente.

Hago un gran esfuerzo de inteligencia. Siempre es «*a priori*» como el enemigo defiende sus posiciones. Esas palabras son tonterías... Y después de todo, me río de la caza. Luego, cuando descienda a setecientos metros, será la D. C. A. la que me abata. ¡No puede dejar de ser así! De pronto me vuelvo agresivo:

—En resumen, vienes a explicarme con toda urgencia que la existencia de una aviación alemana hace que mi salida sea una imprudencia. ¡Corre a avisar al General!...

No le hubiera costado nada a Vezin tranquilizarme amablemente, bautizando a esos famosos aviones: «unos cazas que hay del lado de Albert...».

¡El sentido era exactamente el mismo!

IV

Todo está dispuesto. Estamos a bordo. No falta más que probar los laringófonos.

—¿Oye bien, Dutertre?

—Oigo bien, mi Capitán.

—Y usted, ametrallador, ¿me oye bien?

—Yo... sí... muy bien.

—Dutertre, ¿le oye usted bien al ametrallador?

—Le oigo bien, mi Capitán.

—Ametrallador, ¿oye usted a Dutertre?

—Yo... sí... muy bien.

—¿Por qué dice usted siempre: yo... sí... muy bien?

—Busco mi lápiz, mi Capitán.

Los laringófonos no están averiados.

—Ametrallador, ¿es normal la presión de aire en las botellas?

—Yo... sí... normal.

—¿Las tres botellas?

—Las tres botellas.

—¿Listo, Dutertre?

—Listo.

—¿Listo el ametrallador?

—Listo.

—Entonces vamos.

Y despego.

V

La angustia proviene de la pérdida de una identidad verdadera. Si yo espero un mensaje del que depende mi felicidad o mi desesperación, me encuentro como lanzado en la nada. Mientras la incertidumbre me mantiene en suspenso, mis sentimientos y mis actitudes no son más que un disfraz provisorio. El tiempo cesa de crear, segundo por segundo, como construye el árbol, el personaje verdadero que habitará en mí dentro de una hora. Este yo desconocido, marcha a mi encuentro desde el exterior como un fantasma. Entonces experimento una sensación de angustia. La mala noticia provoca, no la angustia, sino el sufrimiento: es completamente otra cosa.

Y he aquí que el tiempo ha cesado de correr en el vacío. Por fin estoy instalado en mi función. Ya no me proyecto en un porvenir sin rostro. Ya no soy aquél que tal vez clavará una barrena en el torbellino del incendio. El porvenir ya no me obsesiona como si fuera una aparición extraña. En adelante, mis actos, uno tras otro, lo componen. Soy el que controla el compás para mantener los 313°. Quien reglamenta el paso de las hélices y la calefacción del aceite. Son preocupaciones inmediatas y sanas. Son las preocupaciones caseras, las pequeñas obligaciones del día que libran de sentirse envejecer. La jornada se convierte en casa bien lustrada, tabla bien bruñida, oxígeno bien distribuido. Controlo en efecto el oxígeno pues subimos aprisa: seis mil setecientos metros.

—¿Va bien el oxígeno, Dutertre? ¿Se siente bien?

—Va bien.

—¡Hep! ametrallador, ¿el oxígeno marcha?

—Yo... sí... va bien, mi Capitán.

—¿No ha encontrado su lápiz?

Paso a ser también el que apoya el botón S y el botón A con vistas al control de mis ametralladoras. A propósito...

—¡Hep!, ametrallador, ¿no tiene hacia atrás ninguna ciudad demasiado grande en su ángulo de tiro?

—Hem... no, mi Capitán.

—Ande. Ensaye sus ametralladoras.

Oigo sus ráfagas.

—¿Marcha bien?

—Marcha bien.

—¿Todas las ametralladoras?

—Hem... sí todas.

Tiro a mi vez. Yo me pregunto a dónde van estas balas que se vierten sin escrúpulo a lo largo de los campos amigos. Nunca matan a nadie. La tierra es grande.

Así cada minuto me alimenta con su contenido. Soy algo tan poco angustiado como un fruto que madura. Claro que las condiciones del vuelo irán cambiando en torno de mí. Las condiciones y los problemas. Pero estoy insertado en la fabricación de este porvenir. El tiempo me amasa poco a poco. El niño no se asusta de formar pacientemente un viejo. Es niño, y juega a sus juegos de niño. Yo también juego. Cuento los cuadrantes, las llaves, los botones, las palancas de mi reino. Cuento ciento tres objetos que tengo que verificar, estirar, dar vuelta o empujar. (Apenas hago trampa contando por dos el comando de mis ametralladoras: lleva un pasador de seguridad). Esta noche asombraré al granjero que me aloja. Le diré:

—¿Sabe cuántos instrumentos tiene que controlar hoy un piloto?

—¡Cómo quiere que lo sepa!

—No importa. Diga una cifra.

—¿Qué cifra quiere que le diga?

Porque mi granjero no tiene ningún tacto.

—Diga cualquier cifra.

—Siete.

—Ciento tres.

Y me quedaré satisfecho.

Mi tranquilidad estriba también en que todos los instrumentos que me incomodaban están en su sitio y tienen su significado. Todo este lío de tuberías y de cables se ha convertido en una red de circulación. Soy un organismo extendido en el avión. El avión fabrica mi bienestar cuando doy vuelta a tal botón que calienta progresivamente mis ropas y mi oxígeno. Por otra parte el oxígeno está demasiado caliente y me quema la nariz. Este oxígeno a su vez está distribuido en proporción a la altitud por un instrumento complicado. Y el avión es quien me alimenta. Esto me parecía inhumano antes del vuelo y ahora, amamantado por el avión mismo, siento por él una especie de ternura filial. Una especie de ternura de niño de pecho. En cuanto a mi peso, se ha distribuido sobre puntos de apoyo. Mi triple espesor de trajes superpuestos, mi pesado paracaídas dorsal, pesan contra el asiento. Mis enormes botas reposan sobre el balancín. Mis manos, con sus guantes gruesos y tiesos, tan torpes en tierra, maniobran el volante con facilidad. Maniobran el volante... Maniobran el volante...

—¡Dutertre!

—¿... tán?

—Verifique antes los contactos. No le oigo más que con intermitencias. ¿Me oye usted?

—Le... oí... capi...

—¡Sacúdase usted ese bazar! ¿Me oye?

La voz de Dutertre se aclara:

—¡Le oigo muy bien, mi Capitán!

—Bueno. También hoy los comandos se congelan, el volante está duro; en cuanto al balancín, está enteramente inmovilizado.

—Es divertido. ¿Qué altitud?

—Nueve mil siete.

—¿Qué frío?

—Cuarenta y ocho grados. Y usted, ¿va bien el oxígeno?

—Va bien, mi Capitán.

—Ametrallador, ¿va bien el oxígeno?

Sin respuesta.

—Ametrallador, ¡hep!

Sin respuesta.

—¿Le oye usted al ametrallador, Duterte?

—No oigo nada, mi Capitán.

—Llámelo.

—¡Ametrallador, hep!, ¡ametrallador!

Sin respuesta. Pero antes de bajar sacudo brutalmente el avión para despertar al otro, si es que duerme.

—¿Mi capitán?

—¿Es usted, ametrallador?

—Yo... hem... sí...

—¿No está usted seguro?

—¡Sí!

—¿Por qué no contestaba usted?

—Estaba haciendo una prueba en la radio. ¡Había desconectado!

—Es usted un imbécil. ¡Se avisa! He estado a punto de bajar: ¡le creía muerto!

—Yo... no...

—Le creo, puesto que lo dice. ¡Pero no me haga más esta jugarreta! ¡Avíseme, por Dios, antes de desconectar!

—Perdón, mi Capitán. Entendido, mi Capitán. Avisaré.

Pues la avería de oxígeno no es sensible para el organismo. Se traduce por una vaga euforia que conduce en pocos segundos a la pérdida del conocimiento y en algunos minutos a la muerte. El control permanente de la distribución del oxígeno es, pues, indispensable, así como el control, hecho por el piloto, del estado de sus pasajeros.

Doy pues pequeños pellizquitos al tubo de alimentación de mi careta para sentir sobre mi nariz las bocanadas calientes que dan la vida.

En resumen, hago lo que tengo que hacer. No experimento nada más que el placer físico de actos llenos de sentido que se bastan a sí mismos. No

experimento ni la sensación de un gran peligro (mucho más inquieto estaba mientras me vestía), ni el sentimiento de un gran deber. El combate entre el Occidente y el Nazismo se convierte esta vez, según la escala de mis actos, en acciones ejecutadas sobre unas manijas, unas palancas y unas llaves. Bien está así. El amor de su Dios se convierte para el sacristán en amor de encender las velas. El sacristán va con paso seguro por una iglesia que no ve y está satisfecho de hacer florecer uno tras otro los candelabros. Cuando todos están encendidos, se frota las manos. Está satisfecho de sí mismo.

Yo he reglamentado admirablemente el paso de mis hélices, y tengo mi rumbo, grado más grado menos. Esto debe maravillar a Duterte si se molesta en observar mi brújula...

—Duterte... tengo... el rumbo... en la brújula... ¿va bien?

—No, mi capitán. Demasiada deriva. Oblicúe hacia la derecha.

¡No importa!

—Mi Capitán, cruzamos las líneas. Empiezo mis fotos. ¿Qué altitud tiene en su altímetro?

—Diez mil.

VI

—¡Capitán... brújula!

Exacto. He oblicuado a la izquierda. No es casualidad... Es la ciudad de Albert que me rechaza. La adivino muy lejos, hacia adelante. Pero ya pesa contra mi cuerpo con todo el peso de su «interdicción *a priori*». ¡Qué memoria se disimula, pues, en el espesor de los miembros! Mi cuerpo recuerda las caídas sufridas, las fracturas de cráneo, los comas viscosos como jarabe, las noches de hospital. Mi cuerpo teme los golpes. Trata de evitar Albert. Cuando no lo vigilo oblicúa a la izquierda. Tira hacia la izquierda como haría un viejo caballo que desconfiara ya siempre del obstáculo que le ha asustado una vez. Y se trata de mi cuerpo... no de mi espíritu. Cuando estoy distraído es cuando mi cuerpo se aprovecha socarronamente y escamotea a Albert.

Pues yo no experimento nada que sea muy penoso. Ya no deseo dejar de cumplir la misión. He creído hace poco que formulaba este deseo. Me decía: «Los laringófonos estarán averiados. Tengo mucho sueño. Me iré a dormir». ¡Qué imagen tan maravillosa me representaba de este lecho de pereza! Pero yo sabía también, en el fondo, que no se puede esperar de una misión frustrada más que una especie de amargo desagrado. Es como si una muda necesaria hubiera fracasado.

Esto me recuerda el colegio. Cuando era chico.

—¡Capitán!

-¡Qué!

—No, nada... creía ver...

No me gusta lo que él creía ver.

Sí... cuando se es chico, en el colegio, se levanta uno demasiado temprano. Se levanta uno a las seis de la mañana. Hace frío. Se frota uno los

ojos y se sufre de antemano pensando en la triste lección de gramática. Y uno sueña en caer enfermo para despertarse en la enfermería, en donde unas religiosas con toca blanca le llevarán a la cama tisanas azucaradas. Uno se hace mil ilusiones pensando en ese paraíso. Entonces, claro que si tenía un resfriado tosía un poco más de lo necesario. Y, desde la enfermería, en donde me despertaba, oía tocar la campana para los otros. Si había hecho demasiada trampa, esta campana me castigaba; me convertía en fantasma. Tocaba fuera de las horas verdaderas: las de la austeridad de las clases, las del tumulto de los recreos, las del calor del refectorio. Fabricaba a los vivos, allá afuera, una existencia densa, rica en miserias, en impaciencias, en alegrías, en pesares. A mí me robaban, me olvidaban, me llenaban de tisanas insulsas que me repugnaban, de lecho húmedo y de horas sin sentido.

No se puede esperar nada de una misión frustrada.

VII

Claro que algunas veces, como hoy, la misión no puede satisfacer. Es tan evidente que jugamos un juego que imita la guerra... Jugamos a ladrones y policías. Observamos correctamente la moral de nuestros libros de Historia y las reglas de nuestros manuales. Así, la noche pasada iba yo en coche por la carretera. Y el centinela de guardia, cumpliendo la consigna, cruzó la bayoneta delante del coche que lo mismo podía haber sido un tanque. Jugamos a cruzar la bayoneta ante los tanques.

¿Cómo podríamos exaltarnos con esas charadas un poco crueles, en que hacemos un papel de figurantes, cuando nos piden que lo representemos hasta la muerte? Es demasiada seria la muerte para una charada.

¿Quién se vestiría en plena exaltación? Nadie. El mismo Hochedé, que es una especie de santo, que ha alcanzado este estado de don de sí permanente que es sin duda el complemento del hombre, Hochedé mismo, se refugia en el silencio. Los camaradas que se visten, se callan, pues, con cara malhumorada, y no es por pudor de héroes. Este malhumor no disimula ninguna exaltación. Dice lo que dice. Y yo lo conozco. Es la cara de malhumor del gerente que no comprende nada de las consignas que le ha dictado un amo ausente. Y que, sin embargo, continúa siéndole fiel. Todos los camaradas sueñan con sus habitaciones tranquilas, pero no hay entre nosotros ni uno solo que elegiría verdaderamente irse a dormir.

Pues lo importante no es exaltarse. No hay en la derrota ninguna esperanza de exaltación. Lo importante es vestirse, subir a bordo y despegar. Lo que piensa uno mismo no tiene ninguna importancia. Y el niño, que se exaltara ante la idea de las lecciones de gramática, me parecería pretencioso y sospecho. Lo importante es administrarnos hacia un objetivo que no se manifiesta por ahora. Este objetivo no es para la inteligencia sino para el Espíritu. El Espíritu sabe amar, pero duerme. La tentación, yo sé, tan bien como un padre de la Iglesia, en qué consiste. Ser tentado es tener la tentación,

cuando el Espíritu duerme, de ceder a las razones de la inteligencia.

¿De qué sirve que emplee mi vida en ese derrumbe de montaña? Lo ignoro. Me han repetido cien veces: «Déjese destinar aquí o allá. Allí está su sitio. Será usted más útil que en una escuadrilla. Pilotos pueden formarse a millares...». La demostración era perentoria. Todas las demostraciones son perentorias. Mi inteligencia aprobaba, pero mi instinto se sobreponía a la inteligencia.

¿Por qué se me antojaba ilusorio este razonamiento cuando no tenía nada que objetarle? Yo me decía: «Los intelectuales se mantienen en reserva como tarros de confitura sobre las estanterías de la propaganda, para ser comidos después de la guerra...». ¡No era una respuesta!

Todavía hoy, como todos los camaradas, he despegado contra todos los razonamientos, todas las evidencias, todas las reacciones del momento. Ya llegará el día en que comprenderé que tenía razón contra mi razón. Me he prometido, si vivo, este paseo nocturno a través de mi pueblo. Tal vez entonces podré estar conmigo mismo. Y veré.

Tal vez no tenga nada que decir sobre lo que veré. Cuando una mujer me parece bella, no tengo nada que decir. La veo, simplemente, sonreír. Los intelectuales desmontan la cara para explicarla por partes, pero ya no ven la sonrisa.

Conocer no es desmontar, ni explicar. Es acceder a la visión. Pero, para ver, conviene empezar por participar. Es un duro aprendizaje...

Todo el día mi pueblo ha sido invisible para mí. Antes de la misión se trataba de muros de argamasa y de aldeanos más o menos sucios. Ahora se trata de un poco de arenilla a diez kilómetros debajo de mí. He ahí mi pueblo.

Pero tal vez esta noche un perro guardián se despertará y ladrará. Siempre me ha gustado la magia de un pueblo que sueña alto por la voz de un solo perro guardián, en la noche clara.

No tengo ninguna esperanza de hacerme comprender y además me es completamente indiferente. ¡Que se muestre ante mí, simplemente, con sus puertas cerradas sobre la provisión de granos, sobre el ganado, sobre las costumbres, mi pueblo bien ordenado para dormir!

Los aldeanos, de regreso del campo, ya levantada la mesa, acostados los niños y apagada la lámpara, se fundirán en su silencio. Y nada existirá ya, más que, bajo las hermosas y tiesas sábanas del campo, los lentos

movimientos de respiración, como restos de un oleaje, después de la tormenta, en el mar.

Dios suspende el uso de las riquezas mientras dura el balance nocturno. La herencia guardada en reserva se me aparecerá así más claramente, cuando los hombres reposen con las manos abiertas por el juego del inflexible sueño que desdobra los dedos hasta que llega el día.

Tal vez entonces contemplaré lo que no lleva nombre. Habré andado como un ciego a quien las palmas de las manos han conducido hasta el fuego. Él no sabría describirlo y sin embargo lo ha encontrado. Así tal vez se mostrará lo que conviene proteger, lo que no se ve, pero dura, a la manera de una brasa, bajo la ceniza de las noches de los pueblos.

Yo no esperaba nada de una misión frustrada. Para comprender un simple pueblecito es preciso primero...

—¡Capitán!

—¿Sí?

—¡Seis cazas, seis, delante, a la izquierda!

Ha sonado como un trueno.

Es preciso... es preciso... me gustaría sin embargo alguna vez recibir algo en cambio. Me gustaría tener derecho al amor. Me gustaría averiguar por quién muero...

VIII

—¡Ametrallador!

—¿Capitán?

—¿Ha oído? ¡Seis cazas, seis, delante, a la izquierda!

—¡Entendido, Capitán!

—Dutertre, ¿nos han visto?

—Nos han visto. Viran hacia nosotros. Volamos quinientos metros por encima de ellos.

—Ametrallador, ¿ha oído? Volamos quinientos metros por encima. ¡Dutertre!, ¿lejos todavía?

—... algunos segundos.

—Ametrallador, ¿ha oído? Estarán a la cola en pocos segundos.

Ahí están. Ya los veo. Pequeños. Un enjambre de avispas envenenadas.

—Ametrallador. Atraviesan. Los verá dentro de un instante. ¡Ahí!

—No... no veo nada. ¡Ah, ya los veo!

Yo ya no les veo.

—¿Nos persiguen?

—¡Nos persiguen!

—¿Suben mucho?

—No sé... No creo... ¡No!

—¿Qué decide usted, mi Capitán?

Es Dutertre quien ha hablado.

—¡Qué quiere que decida!

Y nos callamos.

No hay nada que decidir. Es cosa de Dios exclusivamente. Si virara, acortaría el intervalo que nos separa. Como marchamos hacia el sol y como a gran altura no puede uno elevarse quinientos metros sin perder algunos kilómetros sobre la presa, puede ser que antes de llegar a nuestra altura, en donde recobrarán su velocidad, nos hayan perdido en el sol.

—Ametrallador, ¿siempre?

—Siempre.

—¿Ganamos sobre ellos?

—¡Em... no... sí!

Ya es cuestión de Dios y del sol.

En previsión de un combate eventual (aunque un grupo de cazas asesina más que combate) me esfuerzo, luchando contra él con todos mis músculos, por desbloquear mi balancín congelado. Experimento una extraña sensación, pero tengo aún los cazas en los ojos. Y me apoyo con todas mis fuerzas sobre los comandos rígidos.

Una vez más observo que, de hecho, estoy mucho menos emocionado en esta acción, que sin embargo me reduce a una espera absurda, que lo estaba mientras me vestía. Experimento también una especie de indignación. Una indignación benéfica.

Pero ninguna embriaguez por el sacrificio. Me gustaría morder.

—Ametrallador, ¿los perdemos?

—Los perdemos, mi Capitán.

Esto marcha bien.

—Dutertre... Dutertre...

—¿Mi Capitán?

—No... nada.

—¿Qué pasaba, mi Capitán?

—Nada... Me figuraba que... nada...

No les diré nada. No quiero hacerles esta jugarreta. Si entro en tirabuzón ya lo verán. Ya verán que entro en tirabuzón.

No es natural que chorree de sudor con 50 grados de frío. No es natural. ¡Ah! Ya he comprendido lo que me pasa: suavemente me desvanezco. Muy suavemente.

Ve el tablero de a bordo. Ya no veo el tablero de a bordo. Ya no siento mis manos sobre el volante. No tengo ni siquiera fuerza para hablar. Me abandono... Abandonarse...

He pellizcado el tubo de caucho. Y recibido en las narices la bocanada que da la vida. No es pues una avería de oxígeno. Es... sí, claro está. He sido estúpido.

Es el balancín de dirección. He hecho contra mi balancín unos esfuerzos de descargador, de conductor de camiones. A diez mil metros de altura me he conducido como un luchador de feria. Y mi oxígeno estaba medido. Debía haberlo usado con discreción. Estoy pagando la orgía...

Respiro a alta frecuencia. Mi corazón late aprisa, muy aprisa. Es como un débil cascabel. No diré nada a mi gente. ¡Si entro en tirabuzón, demasiado pronto lo sabrán! Veo el tablero de a bordo... Ya no veo el tablero de a bordo... Y me siento triste dentro de mi sudor.

La vida me ha vuelto dulcemente.

—¡Dutertre!...

—¿Mi Capitán?

—Me gustaría comunicarle lo que ha pasado.

—He creído... que...

Pero renuncio a explicarme. Las palabras consumen demasiado oxígeno y mis tres palabras me han ahogado ya. Soy un débil, débil convaleciente.

—¿Qué pasaba, mi Capitán?

—No... nada...

—¡Mi Capitán, está usted verdaderamente enigmático!

Estoy enigmático pero vivo...

—... no... han podido... con nosotros...

—¡Oh, mi Capitán, por ahora no...!

Por ahora no; pero queda Arras.

Así durante unos minutos he creído no volver y sin embargo no he observado en mí esta angustia terrible que dicen blanquea los cabellos. Y me acuerdo de Sagon. Del testimonio de Sagon, a quien visitamos pocos días después del combate que le abatió hace dos meses, en zona francesa: ¿qué experimentó Sagon, cuando habiéndole encuadrado los cazas, clavado por decirlo así en su potro de ejecución, se creyó muerto al cabo de diez segundos?

IX

Lo estoy viendo acostado en su cama del hospital. La parte trasera del avión le enganchó la rodilla y se la rompió mientras saltaba con el paracaídas. Pero Sagon no sintió el choque. Su cara y sus manos están heridas de bastante gravedad, pero después de todo no ha sufrido nada que sea alarmante. Nos explica lentamente su historia, con una voz cualquiera, como un informe de algo desagradable.

—... He comprendido que tiraban al sentirme envuelto en balas luminosas. Mi tablero de a bordo estalló. Luego vi un poco de humo, ¡oh, no mucho!, que parecía venir de la parte delantera del avión. Pensé que era... usted sabe que allí hay una tubería de conjugación... ¡Oh, no ardía mucho!...

Sagon hace un gesto. Pesa el asunto. Estima importante decirnos si ardía mucho o no ardía mucho. Vacila:

—Sin embargo, era fuego... Entonces les dije que saltaran...

¡Pues el fuego en diez segundos convierte un avión en antorcha!

—Abrí entonces mi trampa de salida. Hice mal. Hubo succión de aire... el fuego... me molestó.

Un horno de locomotora te escupe en el vientre un torrente de llamas a siete mil metros de altura y ¡te molesta! No traicionaré a Sagon exaltando su heroísmo o su pudor. Diría: «¡Sí!, ¡sí! Me molestó...». Por otra parte, hace todo lo que puede por ser exacto.

Yo sé muy bien que el campo de la conciencia es minúsculo. No acepta más que un problema a la vez. Si usted se traba a puñetazos y la estrategia de la lucha le preocupa, no sufre por los puñetazos. Cuando creí ahogarme en un accidente de hidroavión, el agua, que estaba helada, me pareció tibia. O, más exactamente, mi conciencia no consideró la temperatura del agua. Estaba absorbida por otras preocupaciones. La temperatura del agua no dejó ninguna huella en mi recuerdo. Así la conciencia de Sagon estaba absorbida por la

técnica de su salida. El universo de Sagon se limitaba a la manija que gobierna la trampa corrediza, a una cierta empuñadura del paracaídas cuyo emplazamiento le preocupó y en la suerte técnica de su equipo. «¿Han saltado ustedes?». Nadie responde. «¿Nadie a bordo?». Ninguna respuesta.

—Pensé que estaba solo. Y que me podía marchar... —ya tenía la cara y las manos asadas. Me levanté, monté sobre la carlinga, y me mantuve de momento sobre el ala. Una vez allí, me incliné hacia adelante: no vi al observador...

El observador, muerto de golpe por el tiro de los cazas, yacía en el fondo de la carlinga.

—Reculé entonces, y tampoco vi al ametrallador...

También el ametrallador se había desplomado.

—Me creí solo...

Reflexionó:

—Si hubiera sabido... hubiera podido volver a bordo... Tampoco ardía tanto. Me quedé así mucho tiempo sobre el ala... había, antes de dejar la carlinga, dirigido el avión hacia arriba. Encabritado. El vuelo era correcto, la respiración soportable y yo me sentía cómodo. ¡Oh! sí, me quedé mucho rato sobre el ala... No sabía qué hacer...

No es que se le plantearan a Sagon problemas inextricables: se creía solo a bordo, el avión ardía y los cazas pasaban y repasaban salpicándole con sus proyectiles. Lo que quería decirnos Sagon es que no experimentaba ningún deseo. No deseaba nada. Disponía de todo el tiempo. Sentía un infinito agrado. Y punto por punto yo reconocía esa extraña sensación que acompaña a veces la inminencia de la muerte, un bienestar inesperado... ¡Qué bien desmentida queda por la realidad esa imaginería de la jadeante precipitación! ¡Sagon se quedaba allí sobre su ala, como lanzado fuera del tiempo!

—Y luego salté —dijo—, pero salté mal. Me vi revolotear. Temí, abriéndolo demasiado pronto, enredarme en mi paracaídas. Esperé a estar estabilizado. Y esperé mucho tiempo...

Así Sagon conserva el recuerdo de haber, desde el principio hasta el final de su aventura, esperado. Esperaba que ardiera más. Luego esperaba sobre el ala, no sé qué. Y, en caída libre, vertical, hacia el suelo, esperaba aún. Y se trataba de Sagon, y hasta de un Sagon rudimentario, más ordinario que de

costumbre, de un Sagon un poco perplejo y que, suspendido sobre un abismo, pateaba de aburrimiento.

X

Ya hace dos horas que estamos sumergidos en una presión exterior reducida al tercio de la presión normal. Poco a poco la tripulación se consume. Nos hablamos apenas. He vuelto a intentar una o dos veces, con prudencia, una acción sobre el balancín de dirección. No he insistido. Cada vez he tenido la misma sensación de una dulce extenuación.

Dutertre, en vista de los virajes que la foto exige, me avisa con mucha anticipación. Me desenvuelvo como puedo con lo que me queda de volante. Inclino el avión y tiro hacia mí. Y consigo para Dutertre unos virajes en veinte episodios.

—¿Qué altitud?

—Diez mil doscientos...

Pienso otra vez en Sagon... El hombre es siempre hombre. Somos hombres. Y, en mí, nunca he encontrado más que a mí mismo. Sagon no ha conocido más que a Sagon. El que muere, muere como fue. En la muerte de un vulgar minero hay un vulgar minero que muere. ¿En dónde se encuentra esta demencia alucinada que, para deslumbrarnos, inventan los literatos?

Yo he visto en España un hombre que salía de la cueva de una casa derrumbada por una bomba, después de unos días de trabajo. La gente rodeaba en silencio y a mi entender con cierta timidez, a aquél que volvía del más allá, envuelto aún en sus escombros, medio embrutecido por la asfixia y por el ayuno, semejante a una especie de monstruo apagado. Cuando algunos se atrevieron a interrogarle, y él prestó atención glauca a sus preguntas, la timidez de las gentes se convirtió en malestar.

Probaban con él llaves equivocadas, pues la verdadera pregunta nadie sabía formularla. Le decían: «¿Qué sentía usted? ¿Qué pensaba usted? ¿Qué hacía usted?...». Echaban así al azar unos puentecillos sobre un abismo, como hubieran usado de cualquier convención para alcanzar, en su noche, al ciego

sordomudo que intentaran socorrer.

Pero cuando el hombre pudo contestarnos, respondió:

—Ah, sí, oía grandes crujidos...

O bien:

—Estaba muy preocupado. Duraba mucho... ¡Ah! duraba demasiado...

O bien:

—Me dolían los riñones, me dolían mucho...

Y aquel buen hombre no nos hablaba más que del buen hombre. Nos habló sobre todo de su reloj... que había perdido...

—Lo estuve buscando... me interesaba mucho... pero en la oscuridad...

Es natural, la vida le había enseñado la sensación del tiempo que pasa o el amor a los objetos familiares. Y se valía del hombre que era, para sentir su universo, aunque fuera el universo de un derrumbe en la noche. Y a la pregunta fundamental, que nadie sabía hacerle, pero que estaba en el fondo de todas las tentativas: «¿Quién era usted? ¿Quién surgió en usted?». No hubiera podido responder más que: «Yo mismo...».

Ninguna circunstancia despierta en nosotros un extraño cuya existencia no pudiéramos haber sospechado. Vivir es nacer lentamente. ¡Sería demasiado fácil conseguir almas ya hechas!

Una súbita iluminación parece a veces hacer bifurcar una vida. Pero la iluminación no es más que la visión súbita que tiene el Espíritu de una ruta lentamente preparada. Yo he aprendido lentamente la gramática. Me han ejercitado en la sintaxis. Han despertado mis sentimientos. Y he aquí que bruscamente un poema llama a mi corazón.

Claro que aún no siento ningún amor, pero si esta noche algo se me revela, es que yo habré llevado mis pesadas piedras a la invisible construcción. Preparo una fiesta. No tendré derecho a hablar de aparición súbita en mí de otro que yo, puesto que este otro yo lo construyo yo.

No tengo derecho a esperar nada de la aventura de guerra, sino esta lenta preparación. Me pagará más tarde como la gramática...

Todo género de vida se ha embotado en nosotros por causa de esta lenta usura. Envejecemos. La misión envejece. ¿Qué cuesta la gran altitud? ¿Una hora vivida a diez mil metros equivale a una semana, tres semanas, un mes de

vida orgánica, de ejercicio del corazón, de los pulmones, de las arterias? Poco me importa, por otra parte. Mis semidesvanecimientos me han echado siglos encima: estoy sumido en la serenidad de los ancianos. Las emociones del vestirme se me aparecen como infinitamente lejanas, perdidas en el pasado. Arras infinitamente alejado en el porvenir. ¿La aventura de guerra? ¿Dónde está la aventura de guerra?

He estado a punto, hace diez minutos, de desaparecer y no tengo nada que contar, sino este paso de avispas minúsculas entrevistas durante tres segundos. La verdadera aventura hubiera durado un décimo de segundo. Y entre nosotros no se vuelve, no se vuelve nunca para contarla.

—Un poco de pie a la izquierda, mi Capitán.

Dutertre se ha olvidado de que mi balancín está congelado. Yo pienso en un grabado que me deslumbraba en mi infancia. Se veía sobre un fondo de aurora boreal, un extraordinario cementerio de navios perdidos, inmovilizados en los mares australes. Abrían, en la luz cenicienta de una especie de noche eterna, unos brazos cristalizados. En una atmósfera muerta tendían aún unas velas que habían conservado las huellas del viento, como un lecho una huella de espalda tierna. Pero uno las sentía tiesas y crujientes.

Aquí también todo está congelado. Mis comandos están congelados. Mis ametralladoras están congeladas. Y cuando he interrogado al ametrallador sobre las suyas:

—¿Sus ametralladoras?...

—Ya nada.

—¡Ah!, bueno.

En el tubo de espiración de mi careta escupo agujitas de hielo. De vez en cuando tengo que aplastar, a través del caucho flexible, el tapón de escarcha que me ahoga. Cuando aprieto lo siento rechinar en la palma de mi mano.

—Ametrallador, ¿el oxígeno va?

—Va bien...

—¿Qué presión en las botellas?

—Eh... Setenta.

—¡Ah! Bueno.

También el tiempo se ha congelado para nosotros. Somos tres viejos de

barba blanca. Nada es movible. Nada es urgente. Nada es cruel.

¿La aventura de guerra? El Comandante Alias creyó deber decirme un día:

—¡Trate de tener cuidado!

¿Cuidado de qué, Comandante Alias? El caza le cae a uno encima como el rayo. El Grupo de los Cazas, que te domina desde mil quinientos metros de altitud, habiéndote descubierto por debajo de él, toma las cosas con calma. Bordea, se orienta, se coloca. Uno, lo ignora todo aún. Es el ratón encerrado en la sombra del ave de rapiña. El ratón se imagina que vive. Enloquecido juega todavía en los trigales. Pero está ya prisionero en la retina del gavilán, mejor enganchado a esta retina que a una liga, pues el gavilán ya no lo soltará más.

Y uno, lo mismo, continúa pilotando, soñando, observando la tierra, cuando ya le ha condenado el imperceptible signo negro que se ha formado sobre una retina de hombre.

Los nueve aviones del Grupo de Cazas bascularán verticalmente cuando les plazca. Disponen del tiempo que quieran. Darán, a novecientos kilómetros por hora, ese prodigioso golpe de arpón que no yerra nunca su presa. Una escuadra de bombardeo constituye una potencia de tiro que ofrece algunas posibilidades a la defensa, pero el equipo de Reconocimiento, aislado en pleno cielo, no triunfa nunca de las setenta y dos ametralladoras que no se revelarán a él más que por la gavilla luminosa de sus balas.

En el instante mismo en que comprenderás que hay combate, el cazador, soltado ya su veneno, de un golpe, como la cobra, ya neutro e inaccesible, se remontará. Así las cobras se balancean, lanzan su fogonazo y vuelven a balancearse.

De este modo, cuando el Grupo de Cazas ha desaparecido, nada ha cambiado aún. Ni siquiera las caras han cambiado. Cambian ahora que el cielo está vacío y la paz hecha. Ya el cazador no es más que un testigo imparcial cuando de la carótida seccionada del observador se escapa el primero de los espasmos de sangre, cuando del capot del motor derecho filtra, vacilante, la primera llamarada de la fragua. Así la cobra se ha enroscado ya cuando el veneno penetra en el corazón y cuando el primer músculo de la cara empieza a gesticular. El Grupo de Cazas no mata. Siembra la muerte. Germina cuando ha pasado ya.

¿Cuidado de qué, Comandante Alias? Cuando nos hemos cruzado con los

Cazas no he tenido que decidir nada. Hubiera podido no reconocerlos. Si me hubiera dominado, ¡no los hubiera reconocido nunca!

¿Cuidados de qué? El cielo está vacío.

La tierra está vacía. No hay hombre ninguno cuando se observa a una distancia de diez kilómetros. Los pasos del hombre ya no se leen a esta escala. Nuestros aparatos de foto, con foco para larga distancia, nos sirven aquí de microscopio. Se necesita el microscopio para alcanzar, no al hombre —escapa todavía a este instrumento—, sino las señales de su presencia, los caminos, los canales, los convoyes, las chalanas. El hombre siembra una laminilla de microscopio. Yo soy un sabio frío y su guerra no es ya para mi más que un ensayo de laboratorio.

—¿Tiran, Dutertre?

—Creo que tiran.

Dutertre no sabe nada. Los estallidos son demasiado lejanos y las manchas de humo se confunden con el suelo. No pueden esperar abatirnos con un tiro tan impreciso. Estamos a diez mil metros, prácticamente invulnerables. Tiran para situarnos y tal vez guiar la caza sobre nosotros. Una caza perdida en ese cielo como un polvillo invisible.

Los del suelo nos distinguen por la banda de nácar blanca que un avión, si vuela a gran altura, arrastra como un velo de desposada. La sacudida que produce el paso del bólido cristaliza el vapor de agua de la atmósfera. Y desenrollamos, detrás de nosotros, un cirro de agujas de hielo. Si las condiciones exteriores son propicias a la formación de nubes, esta estela irá engrosando lentamente, hasta que se convertirá en nube de noche sobre el campo.

La radio de a bordo, los cohetes y el lujo ostentoso de nuestra banda blanca, guían a los cazas hacia nosotros. Entretanto, nos bañamos en un vacío casi sideral.

Yo bien sé que navegamos a quinientos treinta kilómetros por hora... Sin embargo, todo está inmóvil. La velocidad se manifiesta en un campo de carreras. Pero aquí todo está sumergido en el espacio. Así la tierra, a pesar de sus cuarenta y dos kilómetros por segundo, da lentamente la vuelta al sol. Gasta un año en hacerlo. Tal vez también otros se nos junten en este ejercicio de gravitación. ¿La densidad de la guerra aérea? ¡Granos de polvo en una catedral! Grano de polvo también nosotros, tal vez atraigamos algunas

decenas o centenares de otros granos de polvo. Y toda esta ceniza, como una alfombra sacudida, sube lentamente hacia el sol.

¿Cuidado de qué, Comandante Alias? No veo, mirando por la vertical, más que chucherías de otra época bajo un cristal puro que no tiembla. Me inclino sobre víctimas de museo. Pero ya se presentan a contraluz. Muy lejos, ante nosotros, están Dunkerque y el mar. Pero por la oblicua no distingo ya gran cosa. El sol está ahora demasiado bajo y yo domino una gran placa que reverbera.

—¿Ve usted algo, Duterte, a través de esta porquería?

—Por la vertical, sí, mi Capitán.

—¡Ep, ametrallador!, ¿no hay noticias de los cazas?

—No hay noticias...

En realidad ignoro totalmente si somos o no perseguidos y si se nos ve o no desde la tierra arrastrar una colección de babas del diablo parecidas a las nuestras.

«Baba del diablo» me hace soñar. Recuerdo una imagen que estimo encantadora: «... inaccesible como una mujer demasiado bella, perseguimos nuestro destino, arrastrando lentamente nuestro traje con su cola de estrellas de hielo».

—¡Dé un poco de pie a la izquierda!

Ésta es la realidad. Pero vuelvo a mi poesía de pacotilla:

«... Este viraje provocará el viraje de un cielo entero de enamorados...».

Pie a la izquierda... Pie a la izquierda... ¡Si pudiera!

La mujer demasiado bella falla su viraje.

—Si canta usted, nos estrellamos... mi Capitán.

¿He cantado?

Por otra parte, Duterte me quita las ganas de música ligera:

—He terminado casi las fotos. Podrá pronto bajar en dirección a Arras.

Podré... podré... ¡seguro! Hay que aprovechar las buenas oportunidades.

¡Toma! También las llaves del gas están congeladas...

Y yo me digo:

—Esta semana ha vuelto una misión de cada tres. Hay pues una alta densidad de peligro de guerra. Sin embargo, si somos de los que volvemos, no tendremos nada que contar. En otras ocasiones viví algunas aventuras: la creación de las líneas postales, la disidencia sahariana, América del Sur... pero la guerra no es una verdadera aventura, no es más que un *ersatz* de aventura. La aventura consiste en la riqueza de los lazos que establece, de los problemas que plantea, de las creaciones que provoca. No basta para transformar en aventura el simple juego de cara o cruz, empeñar en él la vida o la muerte. La guerra no es una aventura. La guerra es una enfermedad. Como el tifus.

Tal vez más tarde comprenderé que mi única aventura de guerra verdadera ha sido la de mi habitación de Orconte.

XI

Vivía yo en Orconte, pueblo de los alrededores de Saint-Dizier en donde mi Grupo acampó durante el invierno del 39, que fué muy duro, en una granja construida con muros de argamasa. La temperatura nocturna descendía lo bastante para transformar en hielo el agua de mi rústica palangana, y mi primer acto antes de vestirme era, evidentemente, encender el fuego. Pero este gesto exigía que saliera de aquella cama en la que estaba caliente y me encogía con delicia.

Nada me parecía tan maravilloso como aquel simple lecho de monasterio, en aquella habitación vacía y helada. Disfrutaba en él la beatitud del reposo después de las jornadas duras. Disfrutaba también de seguridad. Nada me amenazaba. Mi cuerpo, durante el día, estaba expuesto a los rigores de la alta altitud y a los proyectiles cortantes. Mi cuerpo podía durante el día ser convertido en nido de sufrimientos y desgarrado injustamente. Mi cuerpo durante el día no me pertenecía... No me pertenecía ya. Podían retirarle algún miembro, podían sacarle sangre. Pues es también algo que sucede en la guerra que este cuerpo se convierta en un almacén de accesorios que no son ya de tu propiedad. El ujier viene y reclama los ojos. Y le cedés el don de ver. El ujier viene y reclama las piernas. Y le cedés el don de andar. El ujier viene con su antorcha y te reclama toda la carne de la cara. Y ya no eres más que un monstruo, después de cederle, como rescate, el don de sonreír y de mostrar tu amistad a los hombres. Así, este cuerpo que durante el día se podía mostrar en cualquier momento mi enemigo y hacerme daño, este cuerpo que podía convertirse en fábrica de lamentos, he aquí que era aún mi amigo, obediente y fraternal, bien enroscado bajo las sábanas de su duermevela, no confiando a mi conciencia nada más que su placer de vivir, su feliz ronroneo. Pero bien tenía que sacarlo de la cama y lavarlo en el agua helada y afeitarlo y vestirlo para ofrecerlo, correcto, a los fragmentos de la fundición. Y aquel saltar de la cama se parecía a un desprendimiento de los brazos maternos, del seno maternal, a todo lo que, durante la infancia, quiere acaricia, protege un cuerpo

de niño.

Entonces, después de haber pesado bien, madurado bien, retardado bien mi decisión, saltaba de pronto, con los dientes apretados, hasta la chimenea, en donde encendía un fuego de leña que rociaba con nafta. Luego, una vez inflamada la nafta, y conseguido atravesar el cuarto otra vez, me hundía en la cama en la que volvía a encontrar un buen calorcito y en donde, metido bajo las colchas y el edredón hasta el ojo izquierdo, vigilaba la chimenea. De momento no prendía casi nada, luego había unos rápidos relámpagos, que iluminaban el techo. Después el fuego empezaba a instalarse allá adentro como una fiesta que se organiza. Empezaba a crepitar, a roncar, a cantar. Era alegre, tan alegre como un banquete de bodas campestres, cuando la gente comienza a beber, a calentarse, a darse con el codo.

O bien me parecía estar defendido por mi fuego benigno, como por un perro de pastor, activo, fiel y diligente, y que hacía bien su trabajo. Yo sentía, contemplándolo, un sordo júbilo. Y, cuando la fiesta estaba en su apogeo con aquella danza de sombras en el techo y aquella música caliente y dorada, y ya, en los rincones, aquellas construcciones de ascuas; cuando mi cuarto se había impregnado bien de aquel olor mágico de humo y de resina, yo saltaba de un amigo al otro, corría de mi cama a mi fuego, iba hacia el más generoso y no sé si me asaba el vientre o me calentaba el corazón. Entre dos tentaciones, cobardemente, había cedido a la más fuerte, a la más rutilante, a la que con su charanga y sus relámpagos conseguía hacer mejor su publicidad.

Así tenía que encender en tres veces el fuego, volverme a acostar, y recolectar la cosecha de llamas; las tres veces, crujiéndome los dientes, atravesaba las estepas vacías y heladas de mi cuarto, trabando conocimiento con las expediciones polares. Había marchado a través del desierto hacía una escala feliz y encontraba mi recompensa en ese gran fuego, que danzaba ante mí, para mí, su danza de perro de pastor.

Esta historia no parece nada. Y era una gran aventura. Mi habitación me mostraba, de un modo transparente, lo que yo nunca habría sabido descubrir si hubiera, un día, visitado aquella granja como turista. No me hubiera entregado más que su vacío trivial apenas amueblado con una cama, un lavabo y una mala chimenea. Habría bostezado durante unos minutos.

¿Cómo hubiera podido diferenciar unas de otras estas tres provincias, esta tres civilizaciones, la del sueño, la del fuego, la del desierto? ¿Cómo hubiera presentido la aventura del cuerpo, que es primero un cuerpo de niño

suspendido del seno materno y acogido y protegido, luego un cuerpo de soldados construido para sufrir, después un cuerpo de hombre enriquecido de alegría por la civilización del fuego, que es el polo de la tribu? El fuego honra al dueño de la casa y honra a sus camaradas. Si visitan a su amigo toman su parte del festín, colocan su silla en torno a la de él y hablándole de los problemas del día, de las inquietudes y de los fastidios, dicen frotándose las manos mientras cargan su pipa: «¡Un fuego, de todos modos es agradable!».

Pero ya no hay fuego para hacerme creer en la ternura. Ya no hay cuarto helado para hacerme creer en la aventura. Me despierto del sueño. Ya no hay más que un vacío absoluto. Ya no hay más que una extremada vejez. Ya no hay más que una voz que me dice, es la de Dutertre, obstinada en su deseo quimérico: «Un poco de pie a la izquierda, mi Capitán...».

XII

Hago correctamente mi trabajo. Lo cual no obsta para que yo pertenezca a un equipo en derrota. Estoy sumergido en la derrota. La derrota rezuma por todas partes, y en mi misma mano tengo la señal de ello.

Las llaves del gas están congeladas. Estoy condenado a volver a toda velocidad. Y he aquí que mis dos trozos de hierro viejo me plantean problemas inextricables.

En el avión que yo piloteo, el aumento del paso de mis hélices está limitado demasiado bajo. No puedo pretender, si pico en pleno vuelo, evitar una velocidad de casi ochocientos kilómetros por hora y el recalentamiento del motor lleva consigo algunos riesgos de ruptura.

Me sería posible, en rigor, cerrar los contactos. Pero esto me condenaría a una avería definitiva. Esta avería llevaría consigo el fracaso de la misión y la pérdida eventual del avión. No todos los terrenos son favorables al aterrizaje de un aparato que toma contacto con el suelo a ciento ochenta kilómetros por hora.

Es pues esencial que descongele las manijas. Con un primer esfuerzo lo consigo en la de la izquierda. Pero la de la derecha se resiste siempre.

Me sería posible ahora, efectuar un descenso a una velocidad tolerable, si redujera, por lo menos, el motor sobre el cual puedo ahora accionar, el motor de la izquierda. Pero si reduzco el motor de la izquierda deberá compensar la tracción lateral del motor de la derecha, la que tenderá evidentemente a hacer girar el avión hacia la izquierda. Tendré que resistir a esta rotación. Y el balancín del que depende esta maniobra, está también enteramente congelado. Me es pues imposible compensar nada. Si reduzco el motor de la izquierda, caigo en tirabuzón.

No tendré pues otro recurso que pasar por el riesgo de superar, durante mi descenso, el régimen teórico de la ruptura. Tres mil quinientas revoluciones:

peligro de ruptura.

Todo esto es absurdo. Nada está a punto. Nuestro mundo está compuesto de un juego de ruedas mal ajustadas y engranadas. No son los materiales los que faltan, sino el Relojero. El Relojero falta.

Después de nueve meses de guerra no hemos conseguido todavía hacer adaptar, por las industrias de que dependen, las ametralladoras y los comandos al clima de alta altitud. Y no es que tropecemos con la incuria de los hombres. Los hombres son en su mayoría honestos y concienzudos. Su inercia, casi siempre, es un efecto y no una causa de su ineficiencia.

La ineficiencia pesa sobre nosotros, todos, como una fatalidad. Pesa sobre los soldados armados de bayonetas frente a los tanques. Pesa sobre los equipos que luchan uno contra diez. Pesa sobre aquellos mismos que deberían tener por misión modificar ametralladoras y comandos.

Vivimos en el vientre ciego de una administración. Una administración es una máquina. Cuanto más perfeccionada está una administración, más elimina la arbitrariedad humana. En una administración perfecta en que el hombre hace un papel de engranaje, la pereza, la deshonestidad, la injusticia no tienen ya razón de ser.

Pero, así como la máquina está hecha para administrar una serie de movimientos previstos una vez por todas, así la administración tampoco crea. Regenta. Aplica tal sanción a tal falta, tal solución a tal problema. Una administración no está concebida para resolver problemas nuevos. Si en una máquina de embutir se introducen trozos de madera, no saldrán muebles hechos. Sería pues preciso, para que la máquina se adaptara, que un hombre dispusiera del derecho de transformarla. Pero en una administración, concebida para remediar los inconvenientes del arbitraje humano, los engranajes rechazan la intervención del hombre. Rechazan al relojero.

Desde noviembre formo parte del Grupo 2/33. Mis camaradas a mi llegada me lo advirtieron:

—Te pasearás por Alemania sin ametralladoras ni comandos.

Luego, para consolarme:

—Tranquilízate. No pierdes nada por eso. Los cazas te tumban siempre antes de que los hayas vislumbrado.

En mayo, seis meses más tarde, las ametralladoras y los comandos se

congelan aún.

Recuerdo una fórmula vieja como mi país: «En Francia, cuando todo parece perdido, un milagro salva a Francia». He comprendido por qué. Ha ocurrido a veces que, habiendo descompuesto un desastre la hermosa máquina administrativa, y demostrado ésta que era irreparable, se la ha sustituido, a falta de otra mejor, por unos sencillos hombres. Y los hombres lo han salvado todo.

Cuando una bomba haya reducido a cenizas el Ministerio del Aire, se convocará con urgencia, no importa a qué cabo, y se le dirá:

—Usted queda encargado de descongelar los comandos. Tiene usted todos los derechos. Arréglese. Pero si en quince días se congelan aún, irá usted a presidio.

Tal vez entonces los comandos se descongelarán.

Conozco cien ejemplos que ilustran esta tara. Las comisiones de requisamientos de un departamento del Norte, por ejemplo, han requisado terneras preñadas, y transformado de este modo los mataderos en cementerios de fetos. Ninguna rueda de la máquina, ningún coronel del servicio de requisamiento estaba calificado para ejercer más que como rueda. Obedecían todos a otra rueda, como en un reloj. Cualquier rebeldía era inútil. Por eso una vez que esta máquina ha comenzado a descomponerse se ha empleado alegremente en abatir terneras preñadas. Tal vez fue un mal menor. Hubiera podido, descomponiéndose más gravemente, empezado a tumbar coroneles.

Me siento descorazonado hasta la médula por este desquiciamiento universal. Pero como me parece inútil hacer saltar pronto uno de mis motores, me apoyo con toda mi fuerza otra vez contra la manivela de la izquierda. En mi desgano exagero el esfuerzo. Luego abandono. Este esfuerzo me ha costado una nueva punzada al corazón. Decididamente el hombre no está construido para hacer cultura física a diez mil metros de altitud. Esta punzada es un dolor sordo, una especie de conciencia local extrañamente despertada en la noche de los órganos.

Los motores saltarán si quieren. Yo me río de ellos. Me esfuerzo por respirar. Me parece que no respiraría ya más si me distrajera. Recuerdo los fuelles antiguos con cuya ayuda se reanimaba el fuego. Reanimo mi fuego. Quisiera decidirlo a «prender».

¿Qué cosa irreparable he estropeado? A diez mil metros un esfuerzo físico

un poco brusco puede producir un desgarro de los músculos del corazón. Es muy frágil un corazón. Tiene que servir mucho tiempo. Es absurdo comprometerlo para trabajos tan groseros. Es como si quemáramos diamantes para hacer cocer una manzana.

XIII

Es como si se incendiaran todos los pueblos del Norte sin retardar por su destrucción siquiera fuera medio día de avance alemán. Y sin embargo, esta provisión de pueblos, estas iglesias viejas, estas casas viejas, y todo su cargamento de recuerdos y sus hermosos *parquets* de nogal lustrado y la hermosa ropa de sus armarios y los encajes de sus ventanas, que habían servido hasta hoy sin deteriorarse, he aquí que desde Dunkerque hasta Alsacia los veo que arden.

Arder es una gran palabra cuando uno mira desde diez mil metros, pues sobre los pueblos, como sobre los bosques, no hay nada más que una humareda inmóvil, una especie de helada blanquecina. El fuego no es más que una digestión secreta. A los diez mil metros el tiempo está como *ralenti*, puesto que no hay movimiento alguno. No hay más que llamaradas crujientes, vigas que estallan, torbellinos de humo negro. No hay nada más que esta leche grisácea cuajada en el ámbar.

¿Vamos a curar este bosque? ¿Vamos a curar este pueblo? Observado desde donde yo estoy, el fuego roe con la lentitud de una enfermedad.

También aquí hay mucho que decir. «No economizaremos pueblos». He oído esta frase. Y la frase era necesaria. En el transcurso de una guerra, un pueblo no significa un nudo de tradiciones. En manos del enemigo no es más que un nido de ratones. Todo cambia de sentido. Así, unos árboles de trescientos años cobijaban tu antigua casa familiar. Pero entorpecen el blanco de un teniente de veintidós años. Éste envía pues una quincena de hombres para que aniquilen en tu casa la obra del tiempo. Deshacen, con una acción de diez minutos, trescientos años de paciencia y de sol, trescientos años de tradición religiosa de la casa y de noviazgos bajo las sombras del parque.

Tú le dices:

—¡Mis árboles!

No te oye, él hace la guerra. Tiene razón.

Pero he aquí que se incendian los pueblos para hacer el juego de la guerra, lo mismo que se desmantelan los parques, y se sacrifican los equipos, lo mismo que se envía la infantería contra los tanques. Y reina un inexpresable malestar. Pues nada sirve de nada.

El enemigo ha comprendido una evidencia y la explota. Los hombres ocupan poco lugar en la inmensidad de las tierras. Se necesitarían cien millones de soldados para levantar una muralla continuada. Y entre las tropas hay huecos. Estos huecos son anulados en principio por la movilidad de las tropas, pero desde el punto de vista del artefacto blindado, un ejército adverso poco motorizado está como inmovilizado. Los huecos constituyen, pues, verdaderas aberturas. De donde esta simple regla de táctica: «La división blindada ha de actuar como el agua. Debe presionar ligeramente contra la pared del adversario y progresar solamente en donde no encuentra resistencia». Los tanques presionan de este modo contra la pared. Siempre hay huecos. Ellos siempre pasan.

Y estos raids de tanques que circulan fácilmente, no habiendo tanques para oponérseles, arrastran consigo consecuencias irreparables, aunque las destrucciones que causan sean en apariencia superficiales (tales como capturas de Estados Mayores locales, rupturas de líneas telefónicas, incendios de pueblos). Han hecho el papel de agentes químicos que destruyeran, no el organismo, sino los nervios y los ganglios. Sobre el territorio, que han barrido como un relámpago, cualquier ejército, incluso si aparece como casi intacto, ha perdido carácter de ejército. Se ha transformado en grumos independientes. Allí en donde existía un organismo, no hay más que un conjunto de órganos cuyas relaciones están rotas. Entre los grumos —por muy combativos que sean los hombres—, el enemigo avanza luego como desea. Un ejército deja de ser eficiente cuando no es más que un conjunto de soldados.

No se fabrica un material en quince días. Ni siquiera... La carrera de armamentos no podía sino perderse. ¡Nos encontrábamos cuarenta millones de agricultores frente a ochenta millones de industriales!

Oponemos al enemigo un hombre contra tres. Un avión contra diez o veinte y después de Dunkerque, un tanque contra cien. No tenemos oportunidad de meditar sobre el pasado. Asistimos al presente. Tal es el presente. Ningún sacrificio, nunca, en ningún lado, es susceptible de retardar el avance alemán.

Por eso reina de la cima a la base de las jerarquías civiles y militares, del plomero al ministro, del soldado al general, una especie de incomodidad que no sabe ni se atreve a formularse. El sacrificio pierda toda grandiosidad si no es más que una parodia o un suicidio. Es hermoso sacrificarse: algunos mueren para que los otros se salven. Se hace la parte del fuego en el incendio. Se lucha hasta la muerte en el campo atrincherado, para dar tiempo a los salvadores. Sí, pero el fuego, haga uno lo que haga, llegará a todas partes. Pero no hay ningún campo en donde atrincherarse. Pero no se pueden esperar los salvadores. Y éstos por los que se combate, por los que se pretende combatir, parece, sencillamente, que uno provoque su asesinato, pues el avión, que aplasta las ciudades en la retaguardia de las tropas, ha cambiado la guerra.

Yo oiré más tarde a algunos extranjeros reprochar a Francia los raros puentes que no habrán sido volados, los raros pueblos que no se hayan incendiado, los hombres que no hayan muerto. Pero es lo contrario, es exactamente lo contrario, lo que me llama tanto la atención. La inmensa buena voluntad que ponemos en taparnos los ojos y los oídos. Es nuestra lucha desesperada contra la evidencia. Aunque nada pueda servir para nada, hacemos volar los puentes lo mismo, para jugar el juego. Hacemos arder pueblos verdaderos para jugar el juego. Por jugar el juego mueren nuestros hombres.

¡Naturalmente que olvidamos algunos! Olvidamos algunos puentes, olvidamos algunos pueblos, dejamos vivir algunos hombres. Pero el drama de esta derrota está en quitarles todo el significado a los actos. Quienquiera que sea que haga volar un puente, no puede hacerlo volar más que con asco. Este soldado no retarda al enemigo: fabrica un puente en ruinas. ¡Estropea su país para hacer una bella caricatura de guerra!

Para que los actos sean fervientes es preciso que su significación aparezca. Es hermoso incendiar las cosechas que enterrarán al enemigo bajo sus cenizas. Pero el enemigo, apoyado sobre sus ciento sesenta divisiones, se burla de nuestros incendios y de nuestros muertos.

Es preciso que el significado del incendio del pueblo se equilibre con el significado del pueblo. Y por otra parte, el papel del pueblo incendiado no es más que una caricatura de ese papel.

Es preciso que la significación de la muerte se equilibre con la muerte. ¿Se baten bien o mal los hombres? ¿Es la pregunta misma la que no tiene

sentido! ¡Se sabe que la defensa teórica de un burgo aguantará tres horas! Los hombres, sin embargo, tienen orden de resistir. Sin medios para combatir, solicitan del enemigo que destruya este pueblo para que sean respetadas las reglas del juego de la guerra. Como el adversario amable en el ajedrez: «Te has olvidado de tomarme este peón...». Se desafiará, pues, al enemigo:

—Nosotros somos los defensores de este pueblo. Ustedes el asaltante. ¡Adelante!

La cuestión está resuelta. Una escuadrilla aplasta un pueblo de un pisotón.

—¡Bien jugado!

Claro que hay hombres inertes, pero la inercia es una forma frustrada de desesperación. Claro que hay hombres que huyen. El mismo Comandante Alias, dos o tres veces ha amenazado con su revólver a tristes pavesas encontradas en los caminos y que contestaban cualquier cosa a sus preguntas. ¡Tiene uno tantas ganas de tener entre las manos al responsable de un desastre y, suprimiéndolo, salvarlo todo! Los hombres que huyen son responsables de la huida, puesto que no habría huida sin hombres. Si, pues, uno apunta con su revólver, todo irá bien... Pero ahí no se trata de enterrar a los enfermos para suprimir la enfermedad. El Comandante Alias, a fin de cuentas, volvía a meter su revólver en el bolsillo, ese revólver que de pronto había tomado a sus propios ojos un aspecto tan pomposo como un sable de ópera cómica. Alias sentía que aquellos tristes soldados eran efectos del desastre y no causas.

Alias sabe bien que esos hombres son los mismos, exactamente los mismos que aquellos que todavía hoy en otro lado aceptan morir. Ciento cincuenta mil, desde hace quince días, han aceptado. Pero hay cabezas duras que exigen que se les proporcione un buen pretexto.

Es difícil formularlo.

El corredor va a correr la carrera de su vida contra los corredores de su clase. Pero cae en la cuenta, desde que sale, de que arrastra en el pie una cadena de presidiario. Los concurrentes son ligeros como alas. La lucha no significa nada. El hombre abandona:

—Esto no cuenta...

—¡Pero sí!, ¡pero sí!...

¿Qué inventar para decidir al hombre a comprometerlo todo en una carrera que no es ya una carrera?

Alias sabe bien lo que piensan los soldados. Ellos piensan también:

—Esto no cuenta...

Alias guarda su revólver y busca una buena respuesta.

No hay más que una buena respuesta. Una sola. Desafío a cualquiera a que encuentre otra:

—Su muerte no cambiará nada. La derrota está consumada. Pero conviene que una derrota se manifieste por medio de muertos. Tiene que ser un duelo. Usted está de servicio para hacer este papel.

—Bien, mi Comandante.

Alias no desprecia a los que huyen. De sobra sabe que su buena respuesta ha sido siempre suficiente. Él mismo acepta la muerte. Todos sus equipos aceptan la muerte. También a nosotros nos ha bastado esta buena respuesta apenas disfrazada:

—Es muy desagradable... Pero al Estado Mayor le interesa. Le interesa mucho. Así es...

—Bien, mi Comandante.

Creo simplemente que los que están muertos sirven de garantía a los otros.

XIV

He envejecido tanto que todo lo he dejado atrás. Miro por la gran placa reverberante de mi vitrina. Ahí abajo están los hombres. Unos infusorios sobre una laminilla de microscopio. ¿Puede uno interesarse por los dramas de familia de los infusorios?

Si no fuera por este dolor al corazón que me parece vivo, me hundiría en sueños vagos, como un viejo tirano. Hace diez minutos inventaba este cuento de figurantes. Era falso como para dar náuseas. Cuando entrevi los cazadores, ¿pensé acaso en suspiros tiernos? Pensé en avispas punzantes. Eso sí. Eran minúsculas esas porquerías.

¡Cómo he podido inventar, sin sentirme asqueado, esta imagen de traje de cola! ¡No he pensado en traje de cola por la sencilla razón de que nunca he visto mi propia estela! Desde esta carlinga en donde estoy encerrado como una pipa en su estuche, me es imposible observar nada detrás de mí. Miro hacia atrás por los ojos de mi ametrallador. ¡Y aun eso! ¡Si los laringófonos no están averiados! Y mi ametrallador nunca me ha dicho: «Aquí vienen unos pretendientes enamorados de nosotros, que siguen nuestro traje de cola...».

No hay aquí más que escepticismo y malabarismo. Claro que yo quisiera creer, quisiera luchar, quisiera vencer. Pero, ya pueda uno fingir que cree que lucha, que vence incendiando sus propios pueblos, es muy difícil sacar de ello exaltación alguna.

Es difícil existir. El hombre no es más que un nudo de relaciones, y resulta que mis lazos no valen ya gran cosa.

¿Qué hay en mí que no ande bien? ¿Cuál es el secreto de los intercambios? ¿De dónde viene que lo que ahora me resulta abstracto y lejano, en otras circunstancias me pueda trastornar? ¿De dónde viene que una palabra, un gesto puedan ir formando en una vida círculos hasta lo infinito? ¿De dónde viene que, si yo soy Pasteur, el juego de los infusorios me pueda parecer patético hasta el punto de que una laminilla de microscopio se me

aparezca como un territorio más vasto que un bosque virgen, y me permita vivir, inclinado sobre ella, la forma más elevada de la aventura? De dónde viene que este punto negro que es una casa de hombre allá abajo...

... Y me vuelve un recuerdo.

Cuando yo era niño... busco lejos en mi infancia. ¡La infancia, ese gran territorio del que cada uno de nosotros ha salido! ¿De dónde soy? Soy de mi infancia. Soy de mi infancia como de un país... Bueno, pues, cuando yo era niño, viví una noche una curiosa experiencia.

Tenía cinco o seis años. Eran las ocho. Las ocho, hora en que los niños deben dormir. Sobre todo en invierno, pues es de noche. Sin embargo, se habían olvidado de mí.

Y había en la planta baja de aquella gran casa de campo un vestíbulo que me parecía inmenso, y al cual daba la pieza, abrigada, en la que comíamos los niños. Yo siempre había tenido miedo de aquel vestíbulo, tal vez por aquella débil lámpara que, hacia el centro, lo sacaba apenas de su penumbra, una señal más que una lámpara, tal vez por causa de aquellos altos zócalos de madera que crujían en el silencio, a causa también del frío. Pues se desembocaba allí, viniendo de las piezas luminosas y calientes, como en una caverna.

Pero aquella noche, viéndome olvidado, cedí al demonio del mal, me puse de puntillas hasta alcanzar el picaporte de la puerta, la empujé suavemente, desemboqué en el vestíbulo y me fui, fraudulentamente, a explorar el mundo.

El crujido de la madera, sin embargo, me pareció un aviso de la cólera celestial. Yo entreveía vagamente en la penumbra los grandes paneles que me lanzaban reproches. No atreviéndome a continuar, efectué lo mejor que pude la ascensión de una consola, y, con la espalda apoyada en el muro, me quedé allí, con las piernas colgantes y el corazón latíendome, como hacen todos los naufragos, sobre un arrecife en pleno mar.

Entonces fué cuando se abrió la puerta de un salón y dos tíos, que me inspiraban un terror sagrado, volviendo a cerrar la puerta tras sí al ruido y las luces, empezaron a deambular en el vestíbulo.

Yo temblaba de que me descubrieran. Uno de ellos, Huberto, era para mí la imagen de la severidad. Un delegado de la justicia divina. Aquel hombre, incapaz de dar un bofetón a un niño, me repetía frunciendo las terribles cejas con motivo de cada uno de mis crímenes: «La próxima vez que vaya a

América traeré una máquina de dar azotes. Todo está muy perfeccionado en América. Por eso los niños de allí son la bondad misma. Y eso representa una gran tranquilidad para los padres».

A mí no me gustaba América.

Y he aquí que deambulaban sin verme, de arriba abajo, a lo largo de aquel vestíbulo glacial e interminable. Yo les seguía con los ojos y con los oídos, reprimiendo la respiración, atacado de vértigo. «La época presente...» decían. Y se alejaban, con su secreto para personas mayores, y yo me repetía: «La época presente...». Luego volvían como una marea que hubiera de nuevo traído hacia mí sus indescifrables tesoros. «Es insensato, decía el uno al otro, es positivamente insensato...». Yo recogía la frase como si fuera un objeto extraordinario. Y repetía lentamente para probar el poder de estas palabras sobre mi conciencia de cinco años: «Es insensato, es positivamente insensato...».

Luego la marea alejaba a los tíos, y la marea los devolvía. Este fenómeno, que me abría sobre la vida perspectivas aún mal esclarecidas, se reproducía con una regularidad estelar, como un fenómeno de gravitación. Yo estaba bloqueado sobre mi consola por toda la eternidad, oyente clandestino de un conciliábulo solemne, durante el cual mis dos tíos, que lo sabían todo, colaboraban en la creación del mundo. La casa podía aguantar aún mil años; dos tíos, durante mil años, paseando a lo largo del vestíbulo con la lentitud de un péndulo de reloj, seguirían dándole sabor de eternidad.

Este punto que miro es sin duda una casa de hombre a diez kilómetros por debajo de mí. Y yo no recibo nada de ella. Sin embargo, tal vez se trate de una gran casa de campo, en donde dos tíos se pasean de arriba abajo y construyen lentamente, en una conciencia de niño, algo tan fabuloso como la inmensidad de los mares.

Descubro, desde mis diez mil metros, un territorio de la amplitud de una provincia, y sin embargo todo se ha empequeñecido hasta asfixiarme. Dispongo aquí de menos espacio del que disponía en aquel grano negro.

He perdido la noción de la extensión. Me siento ciego para la extensión. Pero es como si tuviera sed de ella. Y me parece tocar aquí una medida común de todas las aspiraciones de todos los hombres.

Cuando una casualidad despierta el amor, todo se ordena en el hombre según este amor y el amor le lleva la noción de la extensión. Cuando yo vivía en el Sahara, si unos árabes, surgiendo de noche en torno a nuestros fuegos,

nos advertían de amenazas lejanas, el desierto se concretaba y empezaba a tener sentido. Aquellos mensajeros habían construido su extensión. Lo mismo ocurre con la música cuando es bella. Lo mismo con un simple olor de armario viejo, cuando despierta y anuda los recuerdos. Lo patético es la noción de la extensión.

Pero yo también comprendo que nada de lo que concierne al hombre se cuenta ni se mide. La verdadera extensión no es para el ojo, no se concede más que al espíritu. Vale lo que vale el lenguaje, pues el lenguaje es el que anuda las cosas.

Me parece que en adelante podré entrever mejor lo que es una civilización. Una civilización es una herencia de creencias, de costumbres y de conocimientos lentamente adquiridos a través de los siglos, difíciles a veces de justificar con la lógica, pero que se justifican ellos mismos como caminos si conducen a algún lado, puesto que abren al hombre su horizonte interior.

Una mala literatura nos ha hablado de la necesidad de la evasión. Cierto que uno sale de viaje en busca de espacio. Pero el espacio no se encuentra. Se funde. Y la evasión nunca ha conducido a ningún lado.

Cuando el hombre necesita, para sentirse hombre, correr en carreras, cantar en coros, o hacer la guerra, son ya lazos que se impone a fin de atarse a los otros y al mundo. Pero ¡qué lazos tan pobres! Si una civilización es fuerte, satisface al hombre aunque éste permanezca inmóvil.

En tal pueblecito, silencioso, bajo la luz grisácea de un día lluvioso, veo una enferma enclaustrada que medita apoyada contra su ventana. ¿Quién es? ¿Qué han hecho de ella? Yo juzgaría la civilización de este pueblecito por la densidad de esta presencia. ¿Qué valemos una vez que estamos inmóviles?

En el Dominico que reza hay una densa presencia. Este hombre nunca es tan hombre como cuando está prosternado e inmóvil. En Pasteur que retiene su respiración sobre su microscopio, hay una densa presencia. Pasteur no es nunca tan hombre como cuando investiga. Entonces progresa. Entonces se da prisa. Entonces avanza a paso de gigante, aunque esté inmóvil, y descubre el espacio. Así Cézanne, inmóvil y mudo frente a su esbozo, tiene una presencia inestimable. No es nunca tan hombre como cuando se calla, experimenta y juzga. Entonces su tela es para él más vasta que el mar.

Extensión conseguida por la casa de mi infancia, extensión conseguida por mi habitación de Orconte, extensión conseguida por Pasteur en el campo

del microscopio, extensión abierta por el poema, son otros tantos bienes frágiles y maravillosos que sólo una civilización distribuye, pues la extensión es para el espíritu, no para los ojos, y no hay extensión sin lenguaje.

Pero ¿cómo reanimar el sentido de mi lenguaje a la hora en que todo se confunde? En que los árboles del parque son a la vez navio para las generaciones de una familia y simple pantalla que incomoda al artillero. En que la prensa de los bombarderos que aplasta las ciudades, ha hecho correr un pueblo entero por las carreteras como si fuera un jugo negruzco. En que Francia toda muestra el desorden sórdido de un hormiguero reventado. En que se lucha, no contra un adversario palpable, sino contra balancines que se congelan, manijas que se agarrotan, pernos que fallan...

—¡Puede descender!

Puedo bajar. Bajaré. Volaré sobre Arras a poca altitud. Tengo mil años de civilización detrás de mí para ayudarme. Pero no me ayudan. No es sin duda la hora de las recompensas.

A ochocientos kilómetros por hora y a tres mil quinientos treinta revoluciones por minuto, pierdo mi altitud.

He dejado, al virar, un sol polar exageradamente rojo. Ante mí, a cinco o seis kilómetros por debajo, veo un banco de nubes de frente rectilínea. Toda una parte de Francia está enterrada en su sombra. Arras está en su sombra. Me imagino que bajo mi banco de nubes todo es negruzco. Se trata del vientre de una gran sopera en donde la guerra bulle lentamente. Embotellamientos de carreteras, incendios, materiales dispersos, ciudades aplastadas, barullo, inmenso barullo. Se agitan en el absurdo, bajo su nube, como cochinillas bajo sus piedras.

Este descenso se parece a una ruina. Tendremos que chapotear en su barro. Volvemos a una especie de barbarie deteriorada. ¡Todo se descompone allí abajo! Somos semejantes a unos viajeros ricos que, habiendo vivido durante mucho tiempo en países de coral y de palmeras, vuelven una vez arruinados, a compartir, en la mediocridad natal, los platos grasientos de una familia avara, el agrídulce de las querellas intestinas, los ujieres, el desagrado de las preocupaciones monetarias, las falsas esperanzas, los desahucios vergonzosos, las arrogancias del hotelero, la miseria y la muerte maloliente en el hospital. ¡Por lo menos aquí la muerte es limpia! Una muerte de hielo y de fuego. De sol, de cielo, de hielo y de fuego. Pero, allá abajo, ¡ser digeridos por la arcilla!

XV

—Rumbo Sur, Capitán. ¡Sería mejor que liquidáramos nuestra altitud en zona francesa!

Mirando esas carreteras negruzcas que ya acierto a ver, comprendo la paz. En la paz todo está bien encerrado en sí mismo. Por la noche regresan a los pueblos sus habitantes. Vuelven a los graneros los granos. Y se ordena en los armarios la ropa blanca, bien doblada. En las horas de paz se sabe en donde encontrar cada objeto. Se sabe en donde encontrar cada amigo. Se sabe también adonde ir a dormir por la noche. ¡Ah!, la paz se muere cuando el cañamazo se deteriora, cuando ya no se tiene lugar en el mundo, cuando ya no se sabe en donde encontrar al que se ama, cuando el marido que está en el mar no ha regresado.

La paz es la lectura de una imagen que se muestra a través de las cosas cuando éstas han recibido su sentido y su lugar. Cuando forman parte de algo mayor que ellas, como los minerales diversos de la tierra una vez que están anudados dentro del árbol.

Pero esto es la guerra.

Vuelo, pues, por encima de carreteras renegridas por el interminable jarabe que no acaba de circular. Dicen que evacúan las poblaciones. Ya eso no es cierto. Se evacúan ellas mismas. Hay una locura contagiosa en este éxodo. Pues ¿adónde van esos vagabundos? Se ponen en marcha hacia el Sur como si allá abajo hubiera alojamientos y alimentos, como si hubiera ternura para acogerlos. Pero en el Sur no hay más que ciudades llenas a reventar, en donde se duerme en los hangares y en donde las provisiones se terminan. En donde los más generosos se vuelven agresivos a causa de lo absurdo de esta invasión que, poco a poco, con la lentitud de un río de barro, se los traga. ¡Una sola provincia no puede ni albergar ni mantener a toda Francia!

¿Adónde van? ¡No lo saben! Marchan hacia escalas fantasmas, pues apenas esta caravana aborda un oasis, ya no hay oasis. Cada oasis se

resquebraja a su vez y a su vez se vierte en la caravana. Y si la caravana aborda un verdadero pueblo que parece vivir aún, agota, desde la primera noche, toda la sustancia, Lo limpian como los gusanos limpian un hueso.

El enemigo progresa más rápido que el éxodo. Coches blindados atraviesan en ciertos puntos el río, que entonces se atasca y refluye. Hay divisiones alemanas que chapotean en este caldo, y se da la sorprendente paradoja de que, en algunos puntos, aquellos mismos que mataban en otro lugar, dan de beber.

Acantonamos, en el transcurso de la retirada, en una decena de pueblos sucesivos. Nos metimos entre la turba lenta que lentamente atravesaba aquellos pueblos:

—¿Adónde va usted?

—No se sabe.

Nunca sabían nada. Nadie sabía nada. Evacuaban. Ningún refugio estaba ya disponible. Ningún camino estaba ya practicable. Evacuaban asimismo. En el Norte, habían dado un gran puntapié al hormiguero, y las hormigas se marchaban. Laboriosamente. Sin pánico. Sin esperanza. Sin desesperanza. Como por deber.

—¿Quién les ha dado orden de evacuar?

Siempre era el alcalde, el maestro o el adjunto del alcalde. Una mañana a eso de las tres, la consigna había de pronto trastornado el pueblo:

—Evacúan.

Ya lo esperaban. Hacía quince días que veían pasar refugiados y renunciaban a creer en la eternidad de sus casas. El hombre, sin embargo, hacía ya tiempo que había dejado de ser nómada. Construía pueblos que duraban siglos. Pulía muebles que servían para sus tataranietos. La casa familiar los recibía al nacer y los transportaba hasta la muerte. Luego, como un buen navio, de una ribera a la otra, hacía a su vez pasar a su hijo. ¡Pero se acabó el habitar! ¡Ahora a marchar, sin siquiera saber por qué!

XVI

¡Qué pesada es nuestra experiencia de la carretera! Nuestra misión a veces consiste en echar una ojeada, durante una misma mañana, sobre Alsacia, Bélgica, Holanda, el Norte de Francia y el mar. Pero la mayoría de nuestros problemas son terrestres y nuestro horizonte, las más de las veces, se achica hasta limitarse al embotellamiento de un callejón. Así, hace apenas tres días, hemos visto resquebrajarse, Dutertre y yo, el pueblo en que vivíamos.

Ya no me desharé nunca sin duda de este pegajoso recuerdo. Dutertre y yo, hacia las seis de la mañana, tropezamos, al salir de casa, con un desorden inexpresable. Todos los garajes, todos los hangares, todas las granjas han vomitado en las calles estrechas los trastos más dispares, los coches nuevos y los viejos carros que desde hace cincuenta años dormían por prescripción en el polvo, las carretas de heno y los camiones, los ómnibus y los volquetes. ¡Si uno buscara bien, llegaría a encontrar en esta feria hasta diligencias! Todas las cajas montadas sobre ruedas son desenterradas. Se vacían las casas de sus tesoros. Y se los acarrea hacia los carruajes, hechos un revoltijo, en sábanas agujereadas como por hernias. Y ya no se parecen a nada.

Componían el semblante de la casa. Eran los objetos de un culto de religiones particulares. Cada uno en su lugar se había hecho necesario por las costumbres, embellecido por los recuerdos, valían por la patria íntima que contribuían a fundar. Pero se les ha creído preciosos por sí mismos, se les ha arrancado de su chimenea, de su mesa, de su muro, se les ha amontonado en desorden y ya no hay allí más que objetos de bazar que muestran su usura. ¡Las reliquias piadosas, si se las amontona, dan náuseas!

Ante nosotros algo se está ya descomponiendo.

—¡Pero ustedes están locos, aquí! ¿Que qué pasa?

La patrona del café adonde vamos se encoge de hombros:

—Evacúan.

—¡Por qué, Santo Dios!

—No sabemos. El alcalde lo ha dicho.

Está muy ocupada. Se mete en la escalera. Duterte y yo contemplamos la calle. A bordo de los camiones, de los autos, de las carretas y carromatos, hay una amalgama de niños, de colchones y de utensilios de cocina. Los autos viejos, sobre todo, dan pena. Un caballo bien aplomado entre las varas de una carreta, da una sensación de salud. Un caballo no necesita piezas de recambio. Una carreta se repara con tres clavos. ¡Pero todos esos vestigios de una era mecánica! Este conjunto de pistones, válvulas, magnetos y engranajes, ¡hasta cuándo funcionarán!

—... Capitán... ¿no podría ayudarme?

—Claro que sí. ¿A qué?

—A sacar mi coche de la granja.

La miro estupefacto:

—Usted... ¿usted no sabe conducir?

—¡Oh!... una vez en la carretera todo irá bien... es menos difícil...

Son ella, la cuñada y los siete niños...

¡En la carretera! ¡En la carretera adelantará veinte kilómetros diarios, por etapas de doscientos metros! Cada doscientos metros tendrá que frenar, parar, desembragar, embragar, cambiar de marcha en la confusión de un embotellamiento inextricable. ¡Lo romperá todo! ¡Y la nafta, que faltará! ¡Y el aceite! ¡Y hasta el agua, de la que se olvidará!

—Cuidado con el agua. Su radiador pierde como un cesto...

—¡Ah! el coche no es nuevo...

—¡Necesitaría usted andar ocho días!... ¿cómo puede usted hacerlo?

—No sé...

Antes de diez kilómetros ya habrá chocado con tres coches, habrá agarrotado su embrague, se habrán reventado los neumáticos. Entonces ella, la cuñada y los siete niños empezarán a llorar. Entonces ella, la cuñada y los siete niños, sometidos a problemas que están por encima de sus fuerzas, renunciarán a decidir cualquier cosa que sea y se sentarán al borde de la carretera, para esperar a un pastor. Pero los pastores...

¡Hay una carencia absoluta de pastores! Asistimos Duterte y yo a las iniciativas de los corderos. Y esos corderos se van en una formidable algazara de material mecánico. Tres mil pistones. Seis mil válvulas. Todo ese material rechina, raspa y choca. El agua hierve en algún radiador. Así es como empieza a ponerse en marcha, laboriosamente, esta caravana condenada. Esta caravana sin piezas de recambio, sin neumáticos, sin nafta, sin mecánicos. ¡Qué demencia!

—¿No podría usted quedarse en su casa?

—¡Ah, claro que preferiría una quedarse en casa!

—¡Entonces!, ¿por qué marchar?

—Nos lo han dicho...

—¿Quién se lo ha dicho?

—El alcalde...

Siempre el alcalde.

—¡Seguro que todos preferiríamos quedarnos en casa!

Es exacto. No respiramos aquí una atmósfera de pánico, sino una atmósfera de obligación ciega. Duterte y yo aprovechamos para sacudir a algunos:

—Lo que podrían hacer es descargar todo esto. Al menos beberán ustedes el agua de sus fuentes...

—¡Seguro que uno haría bien...!

—¡Pero son libres!

Hemos ganado la partida. Se ha formado un grupo. Nos escuchan. Mueven la cabeza de un lado al otro para aprobar.

—¡... Tiene mucha razón el Capitán!

Tengo discípulos que me relevan. He convertido a un peón caminero que se enardece más que yo:

—¡... Siempre lo he dicho! Una vez en la carretera mascaremos macadam.

Discuten. Están de acuerdo. Se quedarán. Algunos se alejan para predicar a otros. Pero he aquí que vuelven descorazonados:

—Esto anda mal. Nos vemos obligados a marcharnos también.

—¿Por qué?

—El panadero se ha ido. ¿Quién hará el pan?

Ya el pueblo está desorganizado. Ha reventado por uno u otro lado. Todo se vaciará por el mismo agujero. No hay esperanza.

Dutertre tiene su idea:

—El drama es que se ha hecho creer a los hombres que la guerra era anormal. Antes se quedaban en casa. La guerra y la vida se mezclaban...

La patrona reaparece. Arrastra un saco.

—Despegamos dentro de tres cuartos de hora... ¿Tendría usted un poco más de café?

—¡Ah, mis pobres muchachos!...

Se seca los ojos. No llora por nosotros. Lloro ya de extenuación. Se siente ya tragada por el desquiciamiento de una caravana que en cada kilómetro se descompondrá un poco más.

Más lejos, por los campos, los cazas enemigos, que van volando bajo, escupirán una ráfaga de ametralladoras sobre este lamentable rebaño. Pero lo más extraño es que, ordinariamente, no insisten. Algunos coches se incendian, pero pocos. Y hay pocos muertos. Es una especie de lujo, algo como un consejo. O el gesto de un perro que muerde el corvejón para acelerar la marcha del rebaño. Aquí, para sembrar el desorden. Pero entonces: ¿por qué estas acciones locales esporádicas que apenas cuentan? El enemigo no se molesta mucho en desorganizar la caravana. También es verdad que ésta no necesita de él para descomponerse. La máquina se descompone espontáneamente. La máquina está concebida para una sociedad apacible, que dispone de todo el tiempo. La máquina, cuando el hombre no está ya ahí para remendarla, organizarla, y enjalbregarla, envejece a una velocidad vertiginosa. Esta noche parecerá que estos coches tienen miles de años.

Me parece asistir a la agonía de la máquina.

Aquél azota a su caballo con la majestad de un rey. Reina, satisfecho, sobre su sitial. Me imagino, por otra parte, que ha bebido un poco:

—¡Parece usted contento!

—¡Es el fin del mundo!

Experimento un sordo malestar al decirme que todos esos trabajadores, todas esas gentecillas, con sus funciones tan bien definidas, con sus cualidades tan diversas y preciosas, no serán ya esta noche más que parásitos y miseria.

Van a extenderse sobre los campos y devorarlos.

—¿Quién les alimentará?

—No se sabe...

¿Cómo abastecer a millones de emigrantes perdidos a lo largo de los caminos por donde circulan a una velocidad de cinco a veinte kilómetros por día? ¡Si existiera el abastecimiento sería imposible encaminarlo!

Esta mezcla de humanidad y de hierro viejo me recuerda el desierto de Libia. Habitábamos Prévot y yo en un paisaje inhabitable, vestido de piedras negras que brillaban al sol, un paisaje tapizado con una corteza de hierro... Y contemplo este espectáculo con una especie de desesperación: un vuelo de langostas, que se abate sobre el macadam, ¿vive acaso mucho tiempo?

—¿Y esperarán ustedes que llueva, para beber?

—¡Qué sabemos!...

Su pueblo estaba, desde hace diez días, incansablemente atravesado por refugiados del Norte. Han asistido durante diez días a este inacabable éxodo. Su turno ha llegado. Ocupan su puesto en la procesión. ¡Oh!, sin confianza ninguna:

—Yo preferiría morir en mi casa.

—Todos preferiríamos morir en casa.

—Y es exacto. El pueblo entero se desmorona como un castillo de arena, cuando nadie deseaba marcharse.

Si Francia hubiera poseído reservas, la conducción de estas reservas habría sido radicalmente imposibilitada por el embotellamiento de las carreteras. Se puede, en rigor, a pesar de los coches descompuestos, los coches apilados unos sobre otros, los nudos inextricables de los callejones, descender con la ola, pero ¿cómo remontarla?

—No hay reservas —me dijo Dutertre—, esto lo arregla todo...

Corre el rumor de que desde ayer el gobierno ha prohibido las evacuaciones de los pueblos. Pero las órdenes se propagan Dios sabe cómo,

pues ya no se puede circular por la carretera. En cuanto a los circuitos telefónicos, están embotellados, cortados o suspectos. Y luego, no se trata de dar órdenes. Se trata de reinventar una moral. Se enseña a los hombres, desde hace miles de años, que la mujer y el niño deben ser sustraídos a la guerra. La guerra concierne a los hombres. Los alcaldes conocen bien esta ley y los adjuntos y los maestros. Bruscamente reciben la orden de prohibir las evacuaciones, es decir de obligar a las mujeres y a los niños a permanecer bajo los bombardeos. Necesitarían un mes para reajustar su conciencia a estos tiempos nuevos. No se echa por tierra de un golpe todo un sistema de pensar. Y el enemigo progresa. Por eso los alcaldes, los adjuntos, los maestros, largan sus pueblos a las carreteras. ¿Qué se puede hacer? ¿En dónde está la verdad? Y se van esos corderos sin pastor.

—¿No hay un médico aquí?

—¿No es usted del pueblo?

—No. Nosotros venimos de más al Norte.

—¿Por qué un médico?

—Es mi mujer que va a dar a luz en la carreta...

Entre las baterías de cocina, en el desierto de este hierro viejo universal, como sobre espinas.

—¿No podía usted preverlo?

—Hace cuatro días que estamos de viaje.

Pues la carretera es un río imperioso. ¿En dónde pararse? Los pueblos, que barren uno tras otro, se vacían por sí mismos como si a su vez reventaran en el sumidero común.

—No, no hay médico. El del Grupo está a veinte kilómetros.

—¡Ah!, bueno.

El hombre se seca la cara. Todo se descompone. Su mujer da a luz en medio de la calle, entre las baterías de cocina. Nada de todo esto es cruel. Es primeramente, y ante todo, monstruosamente fuera de lo humano. Nadie se queja, las quejas no tienen ya significado. Su mujer va a morir, no se queja. Así es. Se trata de un mal sueño.

Si al menos pudiera uno pararse en algún lado.

Encontrar en algún lado un pueblo verdadero una verdadera hostería, un

verdadero hospital... pero se evacúan también los hospitales. ¡Dios sabe por qué! Es una regla de juego. No hay tiempo para reinventar reglas. Encontrar en algún lado una verdadera muerte. Hay cuerpos que se estropean como los automóviles.

Y siento, por doquier, una urgencia gastada, una urgencia que ha renunciado a la urgencia. Se huye a una velocidad de cinco kilómetros por día, de los tanques que avanzan a campo traviesa a más de cien kilómetros, y de aviones que se desplazan a seiscientos kilómetros por hora. Así se desparrama el jarabe cuando la botella se vuelca. La mujer de ése, alumbra, pero él dispone de un tiempo desmesurado. Es urgente. Y ya no lo es. Está suspendido en equilibrio inestable entre la urgencia y la eternidad.

Todo se ha hecho lento, como los reflejos de un agonizante. Se trata de un inmenso rebaño que patalea, extenuado, ante el matadero. ¿Son cinco, diez millones entregados al macadam? Es un pueblo que patalea de cansancio y de hastío en el umbral de la eternidad.

Y realmente yo no puedo concebir cómo se las arreglarán para sobrevivir. El hombre no se alimenta con ramas de árbol. Ellos tienen vagas dudas, pero apenas se asustan. Arrancados a su ambiente, a su trabajo, a sus deberes, han perdido toda significación. Su misma identidad se ha gastado. Son muy poco ellos. Apenas existen. Más tarde se inventarán sus sufrimientos, pero sufren sobre todo a causa de sus riñones doloridos por el exceso de bultos que tienen que acarrear, por los muchos nudos que se han desatado dejando las sábanas vaciarse de sus tripas, por la cantidad de coches que ha habido que empujar para ponerlos en marcha.

Ni una palabra sobre la derrota. Es evidente. Uno no siente la necesidad de comentar lo que constituye su misma sustancia. Ellos «son» la derrota.

Tengo la visión súbita, aguda de una Francia que pierde sus entrañas. Habría que recoser en seguida. No hay ni un segundo que perder: están condenados...

Ya empieza. Ya están asfixiados como peces fuera del agua:

—¿No hay leche aquí?

¡Es para morirse de risa la pregunta!

—Mi pequeño no ha bebido nada desde ayer...

Se trata de un chiquitín de seis meses que hace aún mucho ruido. Pero este

ruido no durará: los peces fuera del agua... Aquí no hay leche. Aquí no hay más que hierro viejo. Aquí no hay más que una enorme cantidad de hierro viejo, inútil, que, descomponiéndose a cada kilómetro, perdiendo sus tuercas, sus tornillos, sus chapas de hierro, arrastran a ese pueblo, en un éxodo prodigiosamente inútil, hacia la nada.

Se esparce el rumor de que unos aviones ametrallan la carretera a pocos kilómetros hacia el Sur. Incluso se habla de bombas. Oímos, en efecto, unas explosiones sordas. Sin duda el rumor es exacto.

Pero la gente no se asusta. Hasta me parece que se reanima un poco. Este riesgo concreto, le parece más sano que ser absorbida por el hierro viejo.

¡Ah, el esquema que construirán más tarde los historiadores! ¡Los ejes que se inventarán para dar una significación a este hervidero! Tomarán la palabra de un ministro, la decisión de un general, la discusión de una comisión, y harán de esta parada de fantasmas, conversaciones históricas con responsabilidades y visiones lejanas. Inventarán aceptaciones, resistencias, defensas cornelianas, cobardías. Yo sé muy bien lo que es un ministerio evacuado. La casualidad me ha permitido visitar uno de ellos. Yo he comprendido en seguida que una vez que un gobierno se ha marchado no constituye ya más un gobierno. Es como un cuerpo. Si empieza usted a descomponerlo también —el estómago allí, el hígado aquí, las tripas más allá—, esta colección ya no constituye un organismo. He vivido veinte minutos en el Ministerio del Aire. ¡Pues bien, un ministro ejerce una acción sobre su ujier! Una acción milagrosa. Porque un timbre liga aún el ministro al ujier. Un timbre intacto. El ministro aprieta un botón y el ujier viene.

¡Es un juego de manos!

—¡Mi coche! —pide el ministro.

Ahí se acaba su autoridad. Hace hacer el ejercicio al ujier. Pero el ujier ignora si existe sobre la tierra un automóvil de ministro. Ningún hilo eléctrico liga el ujier a ningún chofer de automóvil. El chofer está perdido en algún lado del universo. ¿Qué pueden los que gobiernan saber de la guerra? Necesitaríamos, a partir de ahora, ocho días —de tal manera las comunicaciones son imposibles—, para lanzar una misión de bombardeo sobre una división blindada, encontrada por nosotros. ¿Qué noticia puede llegar a un gobernante de este país que se destripa? Las noticias progresan a una velocidad de veinte kilómetros por día. Los teléfonos están embotellados o descompuestos y no tienen poder para transmitir, en su densidad, el Ser que

por el momento se descompone. El gobierno flota en el vacío: un vacío polar. De vez en cuando llegan llamadas de una urgencia desesperada pero abstractas, reducidas a tres líneas. ¿Cómo podrían los responsables saber si diez millones de franceses no están ya muertos de hambre? Y esta llamada de diez millones de hombres cabe en una frase. Basta una frase para decir:

—Vaya a las cuatro a casa de X.

O:

—Dicen que diez millones de hombres están muertos. O:

—Blois está ardiendo.

O:

—Se ha encontrado su chofer.

Todo esto sobre el mismo plano. De golpe. Diez millones de hombres. El coche. El ejército del Este. La Civilización Occidental. Se ha encontrado el chofer. Inglaterra. El pan. ¿Qué hora es?

Yo le doy siete letras. Son siete letras de la Biblia. ¡Reconstrúyame la Biblia con esto!

Los historiadores se olvidarán de lo real. Inventarán seres pensantes ligados por fibras misteriosas a un universo expresable, disponiendo de sólidas visiones de conjunto y pesando decisiones graves según las cuatro reglas de la lógica cartesiana. Distinguirán las potencias del bien de las potencias del mal. Los héroes, de los traidores. Pero yo haré una sencilla pregunta:

—Para traicionar es preciso ser responsable de alguna cosa, regentar alguna cosa, actuar sobre alguna cosa, conocer alguna cosa. Lo que equivaldría hoy a tener ingenio. ¿Por qué no condecoran a los traidores?

Ya la paz se muestra un poco por todas partes. No es una de estas paces bien dibujadas, que suceden, como etapas nuevas de la Historia, a guerras claramente resueltas por tratado. Se trata de un período innominado que es el fin de todo. Un fin que no acabará de acabarse. Se trata de un pantano en el que se hunde poco a poco cualquier ímpetu. No se presiente un final bueno o malo. Al contrario. Se entra poco a poco en la podredumbre de una cosa provisional que se parece a la eternidad. No se decidirá nada, pues ya no hay ningún nudo por el que agarrar al país, como uno sostendría a una ahogada atándose el puño a su cabellera. Todo se ha deshecho. Y el más patético

esfuerzo no trae más que un mechón de pelo. La paz que viene no es el fruto de una decisión tomada por el hombre. Gana terreno como una lepra.

Ahí, debajo de mí, sobre esas carreteras en donde la caravana se descompone, en donde los blindados alemanes matan o dan de beber, ocurre como en los territorios fangosos en que la tierra y el agua se confunden. La paz, que ya se mezcla con la guerra, pudre la guerra.

Uno de mis amigos, León Werth, oyó, yendo por la carretera, una frase inmensa que contará en un gran libro. A la izquierda de la carretera están los Alemanes, a la derecha, los Franceses. Entre los dos, el torbellino lento del éxodo. Centenares de mujeres y niños que se deshacen como pueden de sus coches incendiados. Y como un teniente de artillería, que se encuentra sin querer metido en el embotellamiento, intenta poner en condiciones una pieza de setenta y cinco que el enemigo tirotea —y como el enemigo falla la pieza pero siega la carretera—, algunas madres van hacia ese teniente que, chorreando sudor y obstinado en su incomprensible deber, se empeña en salvar una posición que no aguantará más de veinte minutos (¡son doce hombres los que están aquí!): —¡Váyanse! ¡Váyanse! ¡Cobardes!

El teniente y los hombres se van. Tropicizan por todas partes con esos problemas de paz. Claro que es preciso que los pequeños no sean exterminados en la carretera. Y ocurre que cada soldado que dispara ha de disparar sobre la espalda de un niño. Cada camión que avanza, o que intenta avanzar, corre el riesgo de condenar a un pueblo. Pues, avanzando contra la corriente, embotella inexorablemente una carretera entera.

—¿Está usted loco? ¡Déjenos pasar! ¡Los niños se mueren!

—Nosotros hacemos la guerra.

—¿Qué guerra? ¿En dónde hacen la guerra? ¡En tres días avanzará en esa dirección seis kilómetros!

Son algunos soldados perdidos en su camión marchando hacia una cita que sin duda hace ya horas que no tiene objeto. Pero están hundidos en su deber elemental:

—Hacemos la guerra...

—... ¡Mejor sería que nos recogieran! ¡Es inhumano!

Un niño da un alarido.

—Y aquél...

Aquél no grita más. Se acabó la leche, se acabaron los gritos.

—Nosotros hacemos la guerra...

Repiten su fórmula con una estupidez desesperada.

—¡Pero no la encontrarán nunca, la guerra! ¡Reventarán ustedes aquí con nosotros!

—Hacemos la guerra...

No saben ya bien lo que dicen. No saben ya muy bien si hacen la guerra. No han visto nunca al enemigo. Van rodando en camión hacia objetivos más fugaces que espejismos. No encuentran más que esta paz de pudridero.

Como el desorden lo ha aglutinado todo, han bajado de su camión. Les rodean:

—¿Tienen ustedes agua?...

Comparten, pues, su agua.

—¿Pan...?

Comparten su pan.

—¿La dejan reventar?

En este coche descompuesto y desmantelado en la zanja, hay una mujer con estertores.

La sacan de allí. La meten en el camión.

—¿Y este niño?

También al niño lo meten en el camión.

—¿Y aquella que va a dar a luz?

—Meten a aquélla.

Luego a esta otra, porque llora.

Después de una hora de esfuerzos han sacado el camión. Lo vuelven hacia el Sur. Seguirá, conducido por el bloque errático, el río de civiles. Los soldados se han convertido a la paz. Porque no encontraban la guerra.

Porque es invisible la musculatura de la guerra. Porque el golpe que uno da lo recibe un niño. Porque al encontrarse con la guerra, tropiezan con mujeres que dan a luz. Porque es tan inútil pretender comunicar un informe o

recibir una orden como iniciar una discusión con Sirio. Ya no hay ejército. Ya no hay más que hombres.

Están convertidos a la paz. Han cambiado por la fuerza de las cosas y se han convertido en mecánicos, médicos, pastores, camilleros. Les arreglan los coches a esas gentecillas que no saben reparar sus trastos de hierro viejo. Y esos soldados ignoran, con el trabajo que se toman, si son héroes o si merecen comparecer ante un consejo de guerra. No les sorprendería ser condecorados. Ni ser puestos en fila contra un muro, con doce balas en el cráneo. Ni ser desmovilizados. Nada les sorprendería. Hace ya tiempo que han franqueado los límites de la sorpresa.

Hay un inmenso hervidero en donde ninguna orden, ningún movimiento, ninguna onda de lo que sea puede nunca propagarse más allá de tres kilómetros. Y lo mismo que los pueblos se hunden uno tras otro en la alcantarilla común, lo mismo esos camiones militares absorbidos por la paz se convierten uno por uno a la paz. Esos puñados de hombres que hubiesen perfectamente aceptado la muerte —pero no se les plantea a ellos el problema de morir—, aceptan los deberes que van encontrando, y reparan la vara de esta carreta vieja en la que tres religiosas han apilado, para Dios sabe qué peregrinación, hacia Dios sabe qué refugio de cuento de hadas, doce niñitos amenazados de muerte.

Lo mismo que Alias cuando volvía a meterse el revólver en el bolsillo, yo no juzgaré a los soldados que abandonan su puesto. ¿Qué soplo podría animarles? ¿De dónde sale la onda que podría llegar hasta ellos? ¿En dónde está la mirada que les animaría? No saben nada del resto del mundo, sino estos rumores siempre dementes que, germinados en la carretera a tres o cuatro kilómetros, en forma de hipótesis absurdas, han tomado, al propagarse lentamente a través de tres kilómetros de cocimiento, carácter de afirmación. Los Estados Unidos han entrado en la guerra. El papa se ha suicidado. Los aviones rusos han incendiado Berlín. El armisticio se ha firmado desde hace tres días. Hitler ha desembarcado en Inglaterra.

No hay pastor para las mujeres ni para los niños, pero tampoco lo hay para los hombres. El general consigue llegar hasta su ordenanza. El ministro hasta su ujier. Y tal vez pueda con su elocuencia transfigurarle. Alias llega hasta sus equipos. Y puede conseguir de ellos el sacrificio de su vida. El sargento del camión militar llega hasta los doce hombres que dependen de él. Pero le es imposible soldarse a cualquier otra cosa. Suponiendo que un jefe genial sea capaz, por un milagro, de una visión de conjunto, y conciba un plan capaz de

salvarnos, este jefe no dispondrá, para manifestarse, más que de un timbre de veinte metros. Y como masa de maniobra para vencer, dispondrá del ujier, si subsiste aún un ujier en la otra extremidad del hilo.

Cuando van por las carreteras estos soldados sueltos que forman parte de unidades dislocadas, esos hombres que no son ya más que huelguistas de la guerra, no muestran esa desesperación que se le supone a un patriota vencido. Desean confusamente la paz, esto es exacto. Pero la paz a sus ojos no representa nada más que el final de este innominable galimatías, y la vuelta a una identidad, aunque fuera la más humilde. Tal antiguo zapatero sueña que está clavando clavos. Mientras clavaba clavos fraguaba el mundo.

Y si se van camino adelante, es por causa de la incoherencia general que les separa a los unos de los otros, no por horror a la muerte. No sienten horror a nada: están vacíos.

XVII

Hay una ley fundamental: no se pasa de repente de ser vencido a ser vencedor. Cuando se habla de un ejército que primero retrocede, luego resiste, no es más que una forma abreviada de expresarse, pues las tropas que han retrocedido y las que ahora presentan batalla, no son las mismas. El ejército que retrocedía no era ya un ejército. No es por que esos hombres fueran indignos de vencer, sino porque un retroceso destruye todos los lazos, materiales y espirituales, que ligaban a los hombres. A esos pocos soldados que se escurren por la retaguardia se les sustituye, pues, con nuevas reservas que tienen carácter de organismo. Son ellas las que bloquean al enemigo. En cuanto a los fugitivos, se recolectan de nuevo para volver a incorporarlos en forma de ejército. Si no hay reservas para reincorporar a la acción, el primer retroceso es irreparable.

Solamente la victoria une. La derrota no solamente separa al hombre de los otros hombres, sino que le separa de sí mismo. Si los fugitivos no lloran sobre una Francia que se desmorona, es porque son vencidos. Es porque Francia está deshecha no en torno de ellos, sino en ellos mismos. Llorar sobre Francia sería ya ser vencedor.

A casi todos, a los que aún resisten como a los que ya no resisten, la imagen de una Francia vencida no se mostrará más que después, en las horas de silencio. Todos se gastan ahora en un vulgar detalle que se rebela o se descompone, contra un camión estancado, contra una carretera embotellada, contra una llave de gas que se agarrota, contra lo absurdo de una misión. El signo del desmoronamiento es que la misión parezca absurda. Es que parezca absurdo el acto mismo que se opone al desmoronamiento. Pues todo se divide contra sí mismo. No se llora sobre el desastre universal, sino sobre el objeto del cual se es responsable, que es lo único tangible y que se descompone. La Francia que se desmorona no es más que un diluvio de pedazos entre los cuales no hay ninguno que tenga cara y ojos; ni esta misión, ni ese camión, ni esa carretera, ni esa porquería de llave de gas.

Claro que una derrota es un espectáculo triste. Los hombres pequeños se muestran pequeños. Los pillos se muestran pillos. Las instituciones se deterioran. Las tropas, hartas de asco y de cansancio, se descomponen en el absurdo. Todos estos efectos los implica una derrota, como la peste implica el bubón. Pero si un camión aplasta a la que amabais, ¿criticaréis entonces su fealdad?

Esta apariencia de culpables que da a sus víctimas, es la injusticia de la derrota. ¿Cómo podría la derrota mostrar los sacrificios, las austeridades en el deber, los rigores contra sí mismo, las vigilancias que el Dios que decide la suerte de los combates no ha tenido en cuenta? ¿Cómo mostraría el amor? La derrota pone de manifiesto los jefes sin poder, los hombres vencidos, las masas pasivas. A menudo hubo auténtica carencia, pero esta misma carencia ¿qué significa? Bastaba que corriera la noticia de una retirada rusa o de una intervención americana, para transfigurar a los hombres. Para reunirlos en una esperanza común. Un rumor semejante lo ha purificado todo cada vez como un vendaval del mar. No hay que juzgar a Francia por los efectos de la derrota.

Hay que juzgar a Francia por su aceptación del sacrificio. Francia ha aceptado la guerra contra la verdad de los lógicos. Nos decían: «Hay ochenta millones de alemanes. No podemos hacer en un año los cuarenta millones de franceses que nos faltan. No podemos transformar nuestra tierra de trigo en tierra de carbón. No podemos esperar la ayuda de los Estados Unidos. ¿Por qué los alemanes, al reclamar Dantzig nos impondrían el deber, no de salvar a Dantzig, esto es imposible, sino de suicidarnos para evitarnos la vergüenza? ¿Qué vergüenza cabe en poseer una tierra que da más trigo que máquinas y en ser uno contra dos? ¿Por qué la vergüenza tiene que pesar sobre nosotros y no sobre el mundo?». Tenían razón. Guerra, para nosotros, significaba desastre. Pero ¿era preciso, para que Francia se ahorrara una derrota, que rechazara la guerra? No lo creo, Francia, instintivamente, opinaba lo mismo, puesto que semejantes advertencias no la han alejado de esta guerra. El Espíritu en nosotros ha dominado a la inteligencia.

La vida destruye siempre las fórmulas. La derrota puede, en ocasiones, revelarse como el único camino hacia la resurrección, a pesar de sus fealdades. Yo bien sé que para crear un árbol se condena un grano a pudrirse. El primer acto de resistencia, si llega demasiado tarde, es siempre perdedor. Pero es el despertar de una resistencia. Tal vez un árbol saldrá de él como de un grano.

Francia ha hecho su papel. Consistía para ella en prestarse a ser aplastada, puesto que el mundo arbitraba sin colaborar ni combatir, y a verse enterrada por algún tiempo en el silencio. Cuando se da un asalto, necesariamente hay hombres a la cabeza. Ésos mueren casi siempre. Pero es preciso, para que se dé el asalto, que los primeros mueran.

Este papel es el que ha prevalecido, puesto que hemos aceptado sin ilusión oponer un soldado a tres y nuestros agricultores a unos obreros. ¡Me niego a ser juzgado por los horrores del desastre! ¿A aquel que se conforma con quemarse en el vuelo, se le juzgará acaso por sus ampollas? También él se afeará.

XVIII

Esto no es óbice para que esta guerra, dejando aparte su sentido espiritual que nos la hacía necesaria, nos haya parecido, en su ejecución, una absurda guerra. La palabra no me ha avergonzado nunca. Apenas habíamos declarado la guerra, cuando empezábamos a esperar, ya que no estábamos en condiciones de atacar, que quisieran aniquilarnos. Ya está hecho.

Disponíamos de gavillas de trigo para vencer a los tanques. Las gavillas de trigo no han servido para nada. Y hoy el aniquilamiento está consumado. Ya no hay ni ejército, ni reservas, ni enlaces, ni material.

Sin embargo, yo prosigo mi vuelo con una imperturbable seriedad. Me lanzo sobre el ejército alemán a ochocientos kilómetros por hora y tres mil quinientas revoluciones por minuto. ¿Por qué? ¡Toma, pues para asustarle! ¡Para que evacúe el territorio! Puesto que los informes que nos piden son inútiles, esta misión no puede tener otro objetivo.

Absurda guerra.

Sin embargo, exagero. He perdido mucha altitud. Los comandos y las manijas se han descongelado. He recobrado mi velocidad normal. Me lanzo sobre el ejército alemán a quinientos treinta kilómetros por hora y dos mil doscientas revoluciones por minuto. Es lástima. Le asustaré mucho menos.

¡Y nos reprocharán que llamemos a esta guerra una guerra absurda!

¡Los que llaman a esta guerra una «guerra absurda» somos nosotros! Mejor es encontrarla así. Tenemos el derecho de hacer a costa de ella la broma que nos plazca, puesto que nosotros somos los que hacemos todos los sacrificios. Tengo el derecho de hacer bromas sobre mi muerte si la broma me divierte. Duterte lo mismo. Tengo el derecho de saborear las paradojas. Pues ¿por qué arden esos pueblos aún? ¿Por qué ha sido arrojada esta población en desorden sobre la acera? ¿Por qué nos lanzamos con una convicción inmovible a un matadero automático?

Tengo todos los derechos, pues; en este instante sé bien lo que hago. Acepto la muerte. No es el peligro lo que acepto. No es el combate lo que acepto. Es la muerte. He aprendido una gran verdad. La guerra no es la aceptación del riesgo. No es la aceptación del combate. Es, a ciertas horas, para el que combate, la aceptación pura y simple de la muerte.

Estos días, a la hora en que la opinión extranjera juzgaba insuficientes nuestros sacrificios, yo me preguntaba mientras veía cómo salían y eran aniquilados los equipos: «¿A qué nos damos?, ¿quién nos paga aún?».

Pues morimos. Pues ciento cincuenta mil franceses han muerto en quince días. Tal vez estos muertos no ilustren una resistencia extraordinaria. No celebro una resistencia extraordinaria. Es imposible. Pero hay montones de infantes que se hacen matar en una granja indefendible. Hay Grupos de aviación que se funden como cera arrojada al fuego.

Así nosotros, del Grupo 2/33, ¿por qué aceptamos aún morir? ¿Por la estimación del mundo? Pero la estimación implica la existencia de un juez. ¿Quién de entre nosotros concede a nadie el derecho de juzgar? Nosotros luchamos en nombre de una causa que estimamos es causa común. La Libertad, no sólo de Francia, sino del mundo, está en juego. Estimamos demasiado confortable el puesto de árbitro. Somos nosotros los que juzgamos a los árbitros. Los de mi Grupo 2/33 juzgan a los árbitros. ¡Que no nos vengan a decir, a nosotros que salimos sin pronunciar palabra con una posibilidad contra tres de volver (cuando la misión es fácil) —ni a los de los demás Grupos—, ni a este amigo a quien el estallido de un obús ha destruido la cara, que ha renunciado así de por vida a conmovér a una mujer, frustrado en un derecho elemental lo mismo que queda frustrado el que está tras los muros de una cárcel, bien al abrigo en su fealdad, bien instalado en su virtud, parapetado en su fealdad, que no nos vengan a decir que los espectadores nos juzgan! Los toreros viven para los espectadores, nosotros no somos toreros. Si le dijeran a Hochedé: «Debes marchar porque los testigos te están observando», Hochedé contestaría: «Aquí hay un error. Soy yo, Hochedé, quien estoy observando a los testigos...».

Pues, después de todo, ¿por qué combatimos aún? ¿Por la Democracia? Si morimos por la Democracia somos solidarios de las Democracias. ¡Qué combatan entonces con nosotros! Pero la más poderosa, la única que hubiera podido salvarnos, se ha excusado ayer y se excusa hoy todavía. Bueno, está en su derecho. Pero nos significa de este modo que combatimos por nuestros intereses solamente. Y nosotros sabemos que todo está perdido. Entonces,

¿por qué morimos aún?

¿Por desesperación? ¡Pero no hay tal desesperación! No saben ustedes nada de una derrota si esperan descubrir en ella desesperación.

Hay una verdad más alta que los enunciados de la inteligencia. Algo pasa a través nuestro y nos gobierna, que yo siento sin captarlo todavía. Un árbol no tiene lenguaje. Nosotros pertenecemos a un árbol. Hay verdades que son evidentes, aunque inenunciables. No muero por oponerme a la invasión, pues no hay abrigo en donde atrincherarme con los que quiero. No muero por salvar un honor que niego que esté en juego: yo rechazo los jueces. No muero tampoco por desesperación. Y sin embargo Duterte, que consulta su mapa habiendo calculado que Arras se encuentra allí hacia el ciento setenta y cinco, me dirá, lo veo venir, antes de treinta segundos:

—Rumbo al ciento setenta y cinco, mi Capitán...

Y aceptaré.

XIX

—Ciento setenta y dos.

—Comprendido. Ciento setenta y dos.

Va por los ciento setenta y dos. Epitafio: «Han mantenido correctamente su brújula en los ciento setenta y dos». ¿Cuánto tiempo se podrá sostener este extraño desafío? Navego a setecientos cincuenta metros de altitud bajo un techo de pesadas nubes. Si me elevara treinta metros más, Dutertre enceguecería. Hemos de permanecer bien visibles, ofreciendo así al tiro alemán un blanco para colegiales. Setecientos metros es una altitud prohibitiva. Se sirve de punto de mira a toda una llanura. Dirigiendo el tiro de todo un ejército. Siendo accesible a todos los calibres. Permaneciendo durante una eternidad en el campo de tiro de cada una de las armas. No se trata ya de tiro sino de bastón. Es como si uno desafiara a miles de bastones a que hicieran caer una nuez.

Yo he estudiado bien el problema: no es una cuestión de paracaídas. Cuando el avión averiado se precipite a tierra, la abertura de la trampa de salida exigirá para ella sola más segundos que los que concede la caída. Esta abertura obliga a dar siete vueltas a una manivela que se resiste. Además, en plena velocidad, la trampa se deforma y no corre.

¡Así es! ¡Un día u otro había que tragarse esta medicina! El ceremonial no es complicado: mantener la brújula a los ciento setenta y dos. He hecho mal en envejecer. Eso es todo. ¡Era tan feliz en mi infancia! Yo lo digo. ¿Pero es realmente cierto? Andaba por mi vestíbulo a un compás de ciento setenta y dos. A causa de mis tíos.

Ahora es cuando la infancia parece dulce. No sólo la infancia, sino toda la vida pasada. La veo en perspectiva, como un paisaje...

Y me parece que yo soy siempre igual. Lo que experimento lo he experimentado siempre. Mis alegrías y mis tristezas han cambiado sin duda

de objeto, pero los sentimientos siguen siendo los mismos. Yo era así feliz o desgraciado. Castigado o recompensado. Trabajaba bien. Trabajaba mal. Dependía de los días...

¿Mi recuerdo más remoto? Tenía yo un aya tirolesa que se llamaba Paula. Pero no es ni siquiera un recuerdo: es el recuerdo de un recuerdo. Cuando yo tenía cinco años, allá en mi vestíbulo, Paula no era ya más que una leyenda. Mi madre, durante muchos años, nos decía cuando llegaba el año nuevo: «Hay una carta de Paula». Y para nosotros, los niños, esto constituía una gran alegría. Sin embargo, ¿por qué nos sentíamos felices? Ninguno de nosotros se acordaba de Paula. Había vuelto a su Tirol. Luego a su casa tirolesa. Una especie de chalet-barómetro perdido en la nieve. Y Paula salía a la puerta en los días de sol, como en todos los chalets-barómetros.

—¿Es linda Paula?

—Encantadora.

—¿Hace generalmente buen tiempo en el Tirol?

—Siempre.

Siempre hacía buen tiempo en el Tirol. El chalet-barómetro empujaba a Paula muy lejos, afuera, sobre su alfombra de nieve. Cuando supe escribir me hicieron escribir cartas a Paula. Le decía: «Mi querida Paula, estoy muy contento de escribirte...». Era un poco como en las oraciones, puesto que no la conocía...

—Ciento setenta y cuatro.

—Comprendido. Ciento setenta y cuatro.

Vaya por los ciento setenta y cuatro. Habrá que modificar el epitafio. Es curioso cómo la vida se ha unificado de golpe. He hecho mi equipaje de recuerdos. No servirán nunca más para nada. Ni para nadie. Lo recuerdo como un gran amor. Mi madre nos decía: «Paula escribe que os abrace a todos por ella...». Y mi madre nos abrazaba a todos, en nombre de Paula.

—¿Sabe Paula que he crecido?

—Claro que lo sabe.

Paula lo sabía todo.

—Mi Capitán, tiran.

¡Paula, me están tirando encima! Echo una ojeada al altímetro: seiscientos

cincuenta metros. Bueno, no puedo hacer nada. Pero debajo de mi nube el mundo no es negruzco como yo creía presentirlo: es azul. Maravillosamente azul. Es la hora del crepúsculo y la llanura es azulada. En algunos sitios llueve. Azul de lluvia...

—Ciento sesenta y ocho.

—Entendido. Ciento sesenta y ocho.

Vaya por los ciento sesenta y ocho. ¡Cuántos zigzags hace el camino hacia la eternidad!... Pero este camino ¡qué tranquilo me parece! El mundo semeja un vergel. Hace un momento se mostraba con la aridez de un plano. Todo me parecía inhumano. Pero ahí abajo vuelo en una especie de intimidad. Hay árboles aislados, o agrupados en pequeños paquetes. Y uno los encuentra. Y campos verdes. Y casas, con tejas rojas, con alguien en la puerta. Y bellos aguaceros azules en torno. Sin duda Paula, cuando hacía este tiempo, nos acompañaba pronto a casa...

—Ciento setenta y cinco.

Mi epitafio pierde mucho de su ruda nobleza: «Ha mantenido ciento setenta y dos, ciento setenta y cuatro, ciento sesenta y ocho, ciento setenta y cinco...». Más bien parezco versátil. ¡Toma! ¡Mi motor tose! Se enfría. Cierro pues los postigos del capot. Bueno, como es hora de abrir el depósito suplementario, levanto la palanca. ¿No me olvido de nada? Echo una ojeada sobre la presión del aceite. Todo está en orden.

—Empieza a ponerse feo, mi Capitán...

Oyes, Paula, «empieza a ponerse feo». Y sin embargo, no puedo dejar de asombrarme de ese azul de la noche. ¡Es tan extraordinario! Este color es tan profundo... Y esos árboles frutales, éstos que podrían ser ciruelos, que desfilan. He entrado en este paisaje. ¡Se acabaron las vidrieras! Soy un merodeador que ha saltado el muro. Ando a grandes zancadas por un campo de alfalfa húmedo y robo ciruelas. Paula, es una guerra absurda. Es una guerra melancólica y completamente azul. Me he perdido un poco. He encontrado este extraño país cuando envejecía... ¡Oh! no, no tengo miedo. Es un poco triste y nada más.

—¡Zigzaguee, Capitán!

¡Éste es un juego nuevo, Paula! Una patada a la izquierda, una patada a la derecha y se desvía el tiro. Cuando me caía me hacía chichones. Tú me los curabas sin duda con compresas de árnica. Voy a necesitar mucha árnica.

Sabes, a pesar de todo... ¡es maravilloso el azul de la noche!

He visto ahí en la parte de delante tres lanzazos divergentes. Tres largos tallos verticales y brillantes. Estelas de balas luminosas o de obuses luminosos de pequeño calibre. Era todo dorado. He visto bruscamente en el azul de la tarde brotar la luz de este candelabro de tres brazos...

—¡Capitán! ¡A la izquierda tiran muy fuerte! ¡Oblicúe!

Patada.

—Ah, esto se agrava...

Tal vez...

Se agrava, pero yo estoy en el interior de las cosas. Dispongo de todos mis recuerdos y de todas las provisiones que he hecho y de todos mis amores. Dispongo de mi infancia que se pierde en la noche como una raíz. He iniciado mi vida con la melancolía de un recuerdo... Esto se agrava, pero yo no conozco en mí nada de lo que pensaba sentir frente a estos arañazos de las estrellas fugaces.

Estoy en un país que me llega al corazón. Es el fin del día. Hay grandes lienzos de luz entre las tormentas que, a la izquierda, forman marcos de vidrieras. Casi palpo con la mano a dos pasos de distancia todas las cosas buenas. Hay esos ciruelos con ciruelas. Esta tierra con olor de tierra. Debe ser agradable andar a través de tierras húmedas. Sabes, Paula, avanzo despacio, balanceándome de derecha a izquierda, como un carro cargado de heno. Tú crees que es rápido un avión... ¡claro que lo es si lo reflexionas bien! Pero si te olvidas de la máquina, si miras, si te paseas simplemente por el campo...

Arras...

Sí, muy lejos, hacia adelante. Pero Arras no es una ciudad. Arras no es más que una mecha roja sobre un fondo azul nocturno. Sobre fondo de tormenta. Pues, decididamente, a la izquierda y enfrente, se prepara una famosa tormenta. El crepúsculo no es suficiente excusa para esta media luz. Hacen falta macizos de nubes para filtrar una luz tan sombría...

La llamarada de Arras ha aumentado. No es la llamarada de un incendio. Un incendio crece como un tumor, con un simple reborde de carne viva alrededor. Pero esta mecha roja, alimentada permanentemente, es la de una lámpara que ahumara un poco. Es una llama sin nerviosismo, con duración asegurada, bien instalada en su provisión de aceite. La siento amasada con

una carne compacta, casi pesada, que el viento mueve algunas veces como inclinaría un árbol. He aquí un árbol. Este árbol ha enredado a Arras en la red de sus raíces. Y todos los jugos de Arras, todas las provisiones de Arras, todos los tesoros de Arras, suben, convertidos en savia para alimentar el árbol.

Veo esta llama, demasiado pesada a veces, perder el equilibrio a derecha o a izquierda, escupir un humo más negro, luego reconstruirse de nuevo. Pero sigo sin distinguir la ciudad. Toda la guerra se limita a este resplandor. Duterte dice que esto se agrava. Él desde adelante observa mejor que yo. Esto no quita que me extrañe una cierta indulgencia que noto por ahora; esta llanura venenosa lanza pocas estrellas.

Sí, pero...

Sabes, Paula, en los cuentos de hadas de la infancia, el caballero marchaba a través de pruebas terribles, hacia un castillo misterioso y encantado. Escalaba ventisqueros, franqueaba precipicios, desenmascaraba traiciones. Al fin el castillo se le aparecía en el corazón de una llanura azul, suave para el galope, como un césped. Se creía ya vencedor... ¡Ah, Paula, no se engaña una vieja experiencia en cuentos de hadas! Allí estaba siempre lo más difícil...

Corro así hacia mi castillo de fuego, en la noche azul, como otras veces... Te fuiste demasiado pronto para conocer nuestros juegos y te faltó el del «caballero Aklin». Era un juego de nuestra invención, pues despreciábamos los juegos de los otros. Se jugaba los días de las grandes tormentas cuando, pasados los primeros relámpagos, comprendíamos, por el olor de las cosas y por el brusco temblor de las hojas, que la nube estaba a punto de reventar. El espesor de los ramajes se trocaba entonces, por un instante, en un musgo rumoroso y ligero. ¡Aquella era la señal!... ¡y nada podía ya detenernos!

Salíamos corriendo desde el fondo del parque en dirección a casa, a lo largo de los céspedes, hasta perder la respiración. Las primeras gotas de los chaparrones de las tormentas son pesadas y espaciadas. El primero en ser tocado se declaraba vencido. Luego el segundo. Luego el tercero. Luego los otros. El último sobreviviente se revelaba así el protegido de los dioses, ¡el invulnerable! Tenía derecho hasta la próxima tormenta a llamarse: «el caballero Aklin»...

Era cada vez, en pocos segundos, una hecatombe de niños...

Yo juego aún al caballero Aklin. Corro, lentamente, hasta perder la respiración, hacia mi castillo de fuego... Pero es que:

—¡Ah! Capitán. No he visto nunca esto...

Yo tampoco he visto nunca esto. Ya no soy invulnerable. ¡Ah! No sabía lo que esperaba...

XX

A pesar de los setecientos metros, yo esperaba. A pesar de los parques de tanques, a pesar de la llama de Arras, yo esperaba. Esperaba desesperadamente. Remontaba por mi memoria hasta la infancia para recordar la sensación de una protección soberana. No hay protección para los hombres. Una vez que uno es hombre, lo sueltan... Pero ¿quién puede algo contra el niño que una Paula todopoderosa tiene de la mano, de una mano bien cerrada? Paula, yo he utilizado tu sombra como un escudo...

He usado de todos los trucos. Cuando Duterte me ha dicho: «Esto se agrava», he utilizado para poder esperar, esta misma amenaza. Estábamos en guerra: era preciso que la guerra se mostrara. La guerra, al mostrarse, se reducía a algunos surcos de luz. «¿Éste es, pues, el famoso peligro de muerte sobre Arras? Deje que me ría...».

El condenado se había formado del verdugo la imagen de un descolorido robot. Se presenta entonces un buen hombre cualquiera, que sabe estornudar, o siquiera sonreír. El condenado se agarra a la sonrisa como a un camino hacia la liberación... No es más que un fantasma de caminos. El verdugo, aunque sea estornudando, le cortará la cabeza. Pero ¿cómo negarse a la esperanza?

¿Cómo no me iba a confundir un cierto recibimiento, puesto que todo se hacía íntimo y campechano, puesto que las pizarras húmedas y las tejas brillaban tan graciosamente, puesto que nada cambiaba de un minuto al otro, ni parecía tener que cambiar? Puesto que ya no éramos, Duterte, el ametrallador y yo, más que tres paseantes que, a campo traviesa, regresan lentamente sin tener que levantarse demasiado el cuello, ya que apenas llueve. Puesto que en el corazón mismo de las líneas alemanas nada se veía que mereciera realmente ser contado y no había ninguna razón absoluta para que, más allá, la guerra cambiara. Puesto que hacía el efecto que el enemigo se hubiera dispersado y como fundido en la inmensidad de los campos, a razón

tal vez de un soldado por casa, de un soldado tal vez por árbol, entre los cuales uno de vez en cuando, acordándose de la guerra, disparaba. Le habían machacado la consigna: «Tirarás a los aviones». En sus sueños la consigna se confundía. Largaba sus tres balas sin gran fe. Así he cazado yo patos, por la noche, sin darles demasiada importancia, cuando el paseo era un poco romántico. Les tiraba mientras charlaba de otra cosa; y no les molestaba demasiado...

¡Ve uno tan bien lo que se desea ver!: este soldado me apunta, pero sin convicción, y no me toca. Los otros me dejan pasar. Los que están en condiciones de hacernos una zancadilla respiran tal vez en este instante, con placer, el perfume de la noche o encienden cigarrillos, o terminan un chiste, y dejan pasar. Otros, desde ese pueblecito en el que acampan, tienden, tal vez, su escudilla hacia la sopa. Un murmullo se despierta y muere. ¿Es amigo o enemigo? No tienen tiempo de reconocerlo, están vigilando su escudilla que se llena: dejan pasar. Y yo intento atravesar con las manos en los bolsillos, silbando y lo más naturalmente que puedo, ese jardín que está vedado a los paseantes, pero en el que cada guardián —confiando en el otro— deja pasar...

¡Soy tan vulnerable! Mi misma debilidad es una trampa para ellos: «¿Por qué agitarse? Me abatirán un poco más lejos...». ¡Es evidente! «¡Anda que te ahorquen en otro lado...!»». Le pasan a otro la fastidiosa obligación para no perder su turno en la sopa, para no interrumpir un chiste o simplemente por el gusto de respirar el aire de la noche. Abuso así de su negligencia y me salvo en este minuto en que la guerra les cansa a todos a la vez —como por casualidad—, ¿y por qué no? Y ya doy por descontado que de hombre en hombre, de escuadrilla en escuadrilla, de pueblo en pueblo, conseguiré terminar mi vuelta. Después de todo, no somos más que el paso de un avión en la noche... ¡ni siquiera hace levantar la cabeza!

Claro que esperaba volver. Pero al mismo tiempo sabía que algo ocurriría. Estás condenado al castigo, pero la cárcel que te encierra permanece aún muda. Te agarras a ese silencio. Cada segundo se parece al segundo que le precede. No hay ninguna razón absoluta para que el que va a caer, cambie el mundo. Este trabajo sería demasiado pesado para él. Cada segundo, uno tras otro, salvan el silencio. El silencio ya parece eterno...

Pero el paso de éste —que uno sabe muy bien que va a venir— se hace esperar.

Algo en el paisaje acaba de romperse. Así el leño, que parecía apagado, se

derrumba de pronto y lanza una provisión de chispas. ¿Por qué misterio toda esta llanura ha reaccionado en el mismo momento? Los árboles, llegada la primavera, sueltan sus simientes. ¿Por qué esta súbita primavera de las armas? ¿Por qué este diluvio luminoso que sube hacia nosotros y que de pronto se declara universal?

La sensación que experimento, desde luego, es la de haber sido poco prudente. Lo he estropeado todo. ¡Basta a veces una ojeada, un gesto, cuando el equilibrio es demasiado precario! Un alpinista tose y desencadena el alud. Y ahora que ya lo ha desencadenado, todo ha concluido.

Habíamos caminado pesadamente por este pantano azul ya saturado de noche. Hemos revuelto este limo tranquilo y he aquí que, por decenas de millares, lanza hacia nosotros pompas de oro.

Un pueblo de malabaristas acaba de entrar en la danza. Un pueblo de malabaristas desgrana hacia nosotros, por decenas de millares, sus proyectiles. Éstos, faltos de variación angular, nos parece de momento que están inmóviles, pero, semejantes a esas bolas que el arte del malabarista no proyecta, pero lanza, empiezan lentamente su ascensión. Veo lágrimas de luz correr hacia mí a través de un aceite de silencio. De ese silencio que baña el juego de los malabaristas.

Cada ráfaga de ametralladora o de cañón de tiro rápido, lanza por centenares obuses, o balas fosforescentes que se suceden como las perlas de un rosario. Mil rosarios elásticos se tienden en nuestra dirección, se estiran hasta romperse y estallan a nuestra altura.

En efecto, mirados al través los proyectiles que no nos han tocado, muestran, en su paso por la tangente, una velocidad vertiginosa. Las lágrimas se convierten en relámpagos. Y he aquí que me veo de pronto sumergido en una cosecha de trayectorias que tienen el color de los tallos del trigo. Heme aquí centro de un espeso zarzal de lanzazos. Heme aquí amenazado por no sé qué vertiginosa labor de agujas. Toda la llanura se ha unido a mí y teje en torno mío una red fulgurante de hilos de oro.

¡Ah! Cuando me inclino hacia la tierra, veo estas capas de burbujas luminosas que ascienden con una lentitud de velos de neblina. Descubro este lento torbellino de simientes: ¡así vuela la cascarilla del trigo que se trilla! ¡Pero si miro por la horizontal, ya no veo más que gavillas de lanzas! ¿Tiro? ¡Pero no! ¡Me atacan con arma blanca! ¡No veo más que espadas de luz! Me siento... ¡No se trata de peligro! ¡Me deslumbra el lujo en que estoy sumido!

-¡Ah!

Me siento despegado de mi asiento veinte centímetros. Ha sido como una cornada de morueco contra el avión. Se ha roto, pulverizado... pero no... pero no... lo noto que responde aún a los comandos. No es más que el primer golpe de un diluvio de golpes. Sin embargo, no he observado explosiones. El humo de los estallidos se confunde sin duda con el sombrío suelo: levanto la cabeza y miro.

¡Este espectáculo es único!

XXI

Inclinado hacia tierra, no había reparado en el espacio vacío que poco a poco se ha ido agrandando entre las nubes y yo. Las estelas de los proyectiles derramaban una luz del color del trigo: ¿cómo iba a saber que en la cumbre de su ascensión distribuirían; uno por uno, como quien planta clavos, estos sombríos materiales? Los descubro acumulados ya en pirámides vertiginosas que derivan hacia la parte trasera con la lentitud de témpanos. A la escala de tales perspectivas tengo la sensación de estar inmóvil.

Yo bien sé que estas construcciones, apenas levantadas, han utilizado su fuerza. Cada uno de estos copos no ha dispuesto más que de un centésimo de segundo del derecho de vida o muerte. Pero me han rodeado sin darme cuenta. Su aparición hace pesar de pronto sobre mi nuca el peso de un formidable reproche.

Estas explosiones mates, sucesivas, cuyo sonido queda apagado por el ruido de los motores, me impone la ilusión de un silencio extraordinario. No siento nada. El vacío de la espera me trabaja como si se estuviera deliberando.

Pienso... pienso sin embargo: «¡tiran demasiado alto!», y echo atrás la cabeza con desgano para ver bascular hacia la parte trasera una tribu de águilas. Esos renuncian. Pero no se puede tener confianza alguna.

Las armas que no nos han tocado reajustan el tiro. Las murallas de estallidos se reconstruyen en nuestro piso. Cada hogar de fuego, en algunos segundos levanta una pirámide de explosiones que abandona en seguida, caducada, para construirla en otro lado. El tiro no nos busca: nos encierra.

—Dutertre, ¿lejos todavía?...

—... Si pudiéramos aguantar tres minutos aún, habríamos terminado... pero...

—Pasaremos tal vez...

—¡Nunca!

Es siniestro este negro grisáceo, este negro de harapos tirados en desorden. La llanura era azul. Inmensamente azul. Azul de fondo de mar.

¿Qué supervivencia puedo esperar? ¿Diez segundos? ¡Veinte segundos! La sacudida de las explosiones me está trabajando ya constantemente. Las más cercanas retumban sobre el avión como caen los pedruscos en un volquete. Después, el avión entero lanza un sonido casi musical. Extraño suspiro... Pero éstos son golpes fallidos. Sucede aquí como con el rayo. Cuanto más cerca está, más se simplifica. ¡Ciertos choques son elementales! Es que el estallido entonces nos ha marcado con sus proyectiles. La fiera no atropella al buey que mata. Planta sus garras con aplomo, sin raspar. Toma posesión del buey. Así los golpes que hacen blanco se incrustan simplemente en el avión como en un músculo.

—¿Herido?

—¡No!

—¡Ep!, ¿el ametrallador, herido?

—¡No!

Pero estos choques que uno no puede por menos de describir, no cuentan. Tamborilean sobre una corteza, sobre un tambor. En lugar de reventar los depósitos, hubieran podido lo mismo abrirnos el vientre. Pero el vientre, ¿qué es más que un tambor? El cuerpo, ¡qué le importa a uno! Él no es lo que cuenta... ¡esto es extraordinario!

Sobre el cuerpo tengo que decir dos palabras. Pero en la vida cotidiana uno está ciego ante la evidencia. Es preciso, para que la evidencia se muestre, la urgencia de semejantes condiciones. Se requiere esta lluvia de luces ascendentes. Se requiere este asalto de lanzazos. Se requiere, por fin, que sea erigido este tribunal para juicio final. Entonces uno comprende.

Yo me preguntaba mientras me vestía: «¿Cómo se presentan los últimos momentos?». La vida ha desmentido siempre los fantasmas que yo inventaba. Pero se trataba esta vez de andar desnudo, bajo el desencadenamiento de puños imbéciles, sin tener siquiera el pliegue de un codo para resguardar la cara.

Esta prueba yo la convertía en una prueba para mi carne. Me la imaginaba soportada por mi carne. El punto de vista que yo adoptaba era,

necesariamente, el de mi mismo cuerpo. ¡Se ha ocupado uno tanto de su cuerpo! ¡Lo ha vestido, lavado, cuidado, afeitado, abrevado, alimentado tanto! Se ha identificado uno con este animal doméstico. Lo ha llevado al sastre, al médico, al cirujano. Ha sufrido con él. Ha gritado con él. Ha amado con él. Decimos de él: soy yo. Y he aquí que de pronto esta ilusión se desmorona. ¡Cómo se burla uno del cuerpo! Lo relega a la categoría de lacayo. En cuanto la cólera se aviva un poco, o el amor se exalta, o el odio se concentra, se deshace esta famosa solidaridad.

¿Que tu hijo está preso en un incendio? ¡Lo salvarás! ¡No hay quién te retenga! ¿Que te quemas? ¡Qué te importa! Dejas esta carne andrajosa para quien la quiera. Comprendes que no te importa aquello que te importaba tanto. ¡Venderías, si constituyera obstáculo, tu hombro para consentirte el lujo de dar un golpe de hombro! ¡Estás instalado en tu acto mismo! ¡Tu acto eres tú! ¡Ya no te encuentras fuera de él! Tu cuerpo es tuyo, ya no es tú. ¿Vas a pegar? Nadie te dominará amenazándote en tu cuerpo. ¿Tú? Es la muerte del enemigo. ¿Tú? Es la salvación de tu hijo. Te canjeas. Y no experimentas la sensación de perder en el cambio. ¿Tus miembros? Instrumentos. No nos burlamos poco de un instrumento que salta mientras cortamos. Y te canjeas por la muerte de tu rival, por la salvación de tu hijo, por la curación de tu enfermo, por tu descubrimiento, ¡si eres inventor! Este camarada del Grupo está herido de muerte. El parte reza: «Dijo entonces a su observador: estoy listo. ¡Lárgate! ¡Salva los documentos!...». ¡Lo único que importa es salvar los documentos, o el niño, o la curación de un enfermo, la muerte del rival, el descubrimiento! Tu razón de ser se muestra en forma resplandeciente. Es tu deber, es tu odio, es tu amor, es tu fidelidad, es tu invento. No encuentras nada más en ti.

El fuego, no solamente ha echado por tierra la carne, sino al mismo tiempo el culto de la carne. El hombre ya no se interesa por él mismo. Solamente se impone a él lo que él es. No se atrinchera si muere: se confunde. No se pierde: se encuentra. Esto no es deseo de moralista. Es una verdad usual, una verdad de todos los días, que una ilusión de todos los días cubre con una máscara impenetrable. ¿Cómo hubiera podido prever mientras me vestía y sentía miedo por mi cuerpo, que me preocupaba de tonterías? Sólo en el momento de entregar este cuerpo es cuando todos, siempre, descubren con estupefacción lo poco que estaban ligados a él. Pero claro que durante mi vida, mientras nada urgente me gobierna, mientras mi razón de ser no está en juego, no concibo problemas más graves que los de mi cuerpo.

¡Cuerpo mío, me importas un comino! ¡Estoy expulsado, fuera de ti, no tengo esperanza ninguna, y no me falta nada! Reniego de todo lo que he sido hasta este momento. Ni era yo el que pensaba, ni era yo el que sentía. Era mi cuerpo. Bien o mal, he tenido que traerlo a rastras hasta aquí, de lo cual deduzco que no tiene ninguna importancia.

A la edad de quince años recibí mi primera lección: un hermano más joven que yo, estaba, desde hacía quince días, considerado perdido. Una mañana, hacia las cuatro, su enfermera me despertó:

—Su hermano le llama.

—¿Se siente mal?

No me contesta. Me visto apresuradamente y voy al encuentro de mi hermano.

Él me dice con voz natural:

—Quería hablarte antes de morir. Me voy a morir.

Una crisis nerviosa le cripa y le obliga a callarse. Durante la crisis hace que «no» con la mano. Y yo no sé interpretar el gesto. Me imagino que el niño rechaza la muerte. Pero una vez calmado me explica:

—No te asustes... no sufro. No me duele nada. No puedo impedirlo. Es mi cuerpo.

Su cuerpo, territorio extranjero, ya otro.

Pero desea mostrarse serio, este hermanito que sucumbirá dentro de veinte minutos. Experimenta la necesidad urgente de delegar su sucesión. Me dice: «Quisiera hacer mi testamento...». Se sonroja, está satisfecho, claro, de hacer el hombre. Si fuera constructor de torres, me confiaría la construcción de su torre. Si fuera padre, me confiaría sus hijos para que los instruyera. Si fuera piloto de un avión de guerra, me confiaría sus papeles de a bordo. Pero no es más que un niño. No confía más que un motor a vapor, una bicicleta y una carabina.

Uno no se muere. Uno se imaginaba temer a la muerte: Se teme lo inesperado, la explosión, se teme uno a sí mismo. ¿La muerte? No. Ya no hay muerte cuando uno la encuentra. Mi hermano me dijo: «No te olvides de escribir todo esto...». Cuando el cuerpo se deshace, lo esencial se muestra. El hombre no es más que un nudo de relaciones. Sólo las relaciones cuentan para el hombre.

El cuerpo, caballo viejo, se abandona. ¿Quién piensa en sí mismo durante la muerte? Yo a ése no le he encontrado nunca...

—¡Capitán!

—¿Qué?

—¡Formidable!

—Ametrallador...

—Hem... sí...

—¿Qué...?

Mi pregunta ha saltado en el choque.

—¡Dutertre!

—¿... tán?

—¿Tocado?

—No.

—Ametrallador...

—¿Sí?

—To...

Es como si hubiera hundido una muralla de bronce. Oigo: —¡Ah!, ¡la!, ¡la!

Levanto la cabeza hacia el cielo para medir la distancia de las nubes. Evidentemente cuanto más observo en sentido oblicuo más los copos negros me parecen amontonados unos sobre otros. Por la vertical parecen menos densos. Es por lo que descubro, engastada sobre nuestras frentes, esta diadema monumental con florones negros.

Los músculos de los muslos tienen una fuerza sorprendente. Apoyo de golpe sobre el balancín como si desfondara una pared. He lanzado el avión de costado. Se inclina brutalmente hacia la izquierda, con vibraciones crujientes. La diadema se ha resbalado hacia la derecha. La he hecho oscilar de sobre mi cabeza. He oído el tiro que golpea en otro lado. Veo cómo se acumulan también hacia la derecha inútiles paquetes de explosivos. Pero antes de haber iniciado con la otra pierna el movimiento contrario, ya la diadema se ha vuelto a restablecer sobre mi cabeza. Los de abajo la han reinstalado. El avión dando quejidos se desploma de nuevo en unos pozos. Pero todo el peso de mi

cuerpo ha aplastado por segunda vez el balancín. He lanzado el avión en viraje contrario, o más exactamente en patinada contraria (¡al diablo los virajes correctos!), y la diadema oscila hacia la derecha.

¿Durar? ¡Este juego no puede durar! Ya puedo dar estas patadas de gigante, el diluvio de lanzazos se recompone, ahí ante mí. La corona se restablece. Vuelvo a sentir los choques en el vientre. Y si miro hacia abajo, encuentro de nuevo bien centrada encima de mí, esta ascensión de pompas en una vertiginosa lentitud. Es inconcebible que estemos enteros todavía. Y sin embargo me siento invulnerable. ¡Me siento vencedor! ¡Soy vencedor en cada segundo!

—¿Tocados?

—No...

No han sido tocados. Son invulnerables. Son vencedores. Soy propietario de un equipo de vencedores...

En adelante cada explosión me hace el efecto de que en vez de amenazarnos nos endurece. Cada vez, durante una décima de segundo, me imagino mi aparato pulverizado. Pero responde siempre a los comandos y lo levanto como si se tratara de un caballo, tirando duramente de las riendas. Entonces me distiendo y me siento invadido por un sordo júbilo. No he tenido tiempo de sentir el miedo más que como una contracción física, la que provoca un gran ruido, cuando ya me es concedido el suspiro de la liberación. Debería sentir el sobresalto del choque, luego el miedo, luego el reposo. ¡Se imaginan ustedes! ¡No hay tiempo! Experimento el sobresalto, luego el reposo. Sobresalto, reposo. Falta una etapa: el miedo. Y no vivo en la espera de la muerte durante el segundo que sigue, vivo en la resurrección al salir del segundo que precede. Vivo en una especie de reguero de alegría. Vivo en la estela de mi júbilo. Y empiezo a experimentar un placer prodigiosamente inesperado. Es como si mi vida me fuera otorgada a cada segundo. Como si mi vida fuera resultando, a cada segundo, más sensible. Vivo. Estoy vivo. Estoy aún vivo. No soy más que una fuente de vida. La borrachera de la vida se apodera de mí. Se dice: «la borrachera del combate...». ¡Es la borrachera de la vida! ¡Eh! ¿Los que nos disparan desde abajo saben acaso que nos están forjando?

Depósitos de aceite, depósitos de nafta, todo está reventado. Duterte ha dicho: «¡Listo! ¡Suba!» Una vez más mido con la vista la distancia que me separa de las nubes y me encabrito. Una vez más vuelco el avión hacia la

izquierda, luego hacia la derecha. Una vez más echo una ojeada hacia la tierra. No olvidaré nunca este paisaje. La planicie entera crepita unas mechas breves y luminosas. Sin duda es el cañón de tiro rápido. La ascensión de glóbulos continúa en el inmenso acuario azulado. La llama de Arras luce rojo oscuro, como un hierro sobre el yunque; esta llama de Arras bien instalada sobre reservas subterráneas, por donde el sudor de los hombres, la inventiva de los hombres, el arte de los hombres, los recuerdos y el patrimonio de los hombres, atando su ascensión a esta cabellera, se convierten en pavesa que el viento se lleva.

Ya rozo los primeros paquetes de bruma. Hay todavía en torno de nosotros, flechas de oro que suben y horadan por debajo el vientre de una nube. La última visión se me presenta cuando ya la nube me encierra, en un último agujero. Durante un segundo, la llama de Arras se me aparece encendida ya para la noche, como la lámpara de aceite de una profunda nave. Sirve a un culto, pero cuesta caro. Mañana lo habrá consumado todo y se habrá consumido. Llevo conmigo, en testimonio, la llama de Arras.

—¿Va bien, Dutertre?

—Va bien, mi Capitán. Doscientos cuarenta. Dentro de veinte minutos descenderemos por debajo de la nube. En algún lado del Sena nos cobijaremos...

—¿Va bien, ametrallador?

—Hem... sí... mi Capitán... va bien.

—¿No demasiado calor?

—Hem... no... sí.

No sabe nada. Está contento. Pienso en el ametrallador de Gavaille. Una noche, sobre el Rhin, ochenta proyectores de guerra envolvieron a Gavaille en sus haces. Construyen en torno de él una gigantesca basílica. Y he aquí que el tiro se entromete. Gavaille oye entonces que su ametrallador se hablaba a sí mismo en voz baja. (Los laringófonos son indiscretos). El ametrallador se hace sus propias confianzas: «¡Bien, compañero...! ¡Bien, compañero... se puede correr mucho mundo antes de encontrar en lo civil una cosa así...!». El ametrallador estaba contento...

Respiro con calma. Hincho bien el pecho. Es maravilloso respirar. Hay montones de cosas que voy a comprender... pero de momento pienso en Alias. No. En quien primero pienso es en mi granjero. Le interrogaré sobre el

número de instrumentos... ¡Y! ¡Qué quiere usted! Yo tengo continuidad en las ideas. Ciento tres. A propósito... el indicador de la nafta, las presiones del aceite... ¡cuando los depósitos están reventados vale más vigilar estos instrumentos! Los vigilo. Los revestimientos de caucho aguantan firmemente. ¡Éste es un perfeccionamiento maravilloso! Vigilo también los giróscopos; esta nube es poco habitable. Una nube de tormenta. Nos sacude violentamente.

—¿No cree que podríamos bajar?

—Diez minutos... sería mejor que esperáramos diez minutos...

Esperaré, pues, diez minutos todavía. ¡Ah! sí, pensaba en Alias. ¿Pensaré volver a vernos? El otro día llevábamos un retraso de media hora. Media hora, por lo general, es grave... Corro a reunirme con el Grupo, que está comiendo. Empujo la puerta y caigo en mi silla al lado de Alias. Justo en este instante el Comandante levanta su tenedor adornado con un racimo de tallarines. Se dispone a meterlos en el horno. Pero, sorprendido, se interrumpe en seco y me contempla con la boca abierta. Los tallarines cuelgan inmóviles.

—Ah... bien... ¡estoy contento de verle!

Y engulle los tallarines.

Tiene, para mi manera de ver, un defecto grave, el Comandante. Se obstina en interrogar al piloto sobre las enseñanzas recogidas en la misión. Me interrogará. Me mirará con una paciencia temible esperando que le dicte las primeras verdades. Se habrá armado de una hoja de papel y de una estilográfica para no desperdiciar ni una sola gota de este elixir. Esto me recordará mi juventud: «¿Cómo integra usted, candidato Saint Exupéry, las ecuaciones de Bernouilli?».

Bernouilli... Bernouilli... Y uno permanece ahí, inmóvil bajo aquella mirada, como un insecto adornado con un alfiler que le atraviesa el cuerpo. Las enseñanzas de la misión conciernen a Dutertre. Él, Dutertre, observa por la vertical. Ve una porción de cosas. Camiones, chalanas, tanques, soldados, cañones, caballos, estaciones, trenes en las estaciones, jefes de estación. Yo observo demasiado hacia la oblicua. Veo nubes, el mar, ríos, montañas, el sol. Observo muy en grande. Me formo una idea de conjunto.

—Sabe usted muy bien, mi Comandante, que el piloto...

—¡Vamos! ¡Vamos! Algo se ve.

—Yo... ¡Ah! ¡Incendios! He visto incendios. Eso es interesante...

—No. Todo arde. ¿Qué más?

¿Por qué es cruel Alias?

XXII

¿Me interrogará esta vez?

Lo que traigo de mi misión no puede inscribirse en un informe. Me quedaré «seco» como un colegial ante el pizarrón. Pareceré muy desgraciado y sin embargo no me sentiré desgraciado. Se acabó la desgracia. Se ha echado a volar cuando han brillado las primeras balas. Si hubiera dado media vuelta un segundo antes, lo hubiera ignorado todo de mí.

Hubiera ignorado la hermosa ternura que me invade el corazón. Vuelvo hacia los míos. Regreso. Me hago el efecto de una ama de casa que habiendo terminado sus compras vuelve a tomar el camino de su casa y medita los platos con que hará felices a los suyos. Balancea de derecha a izquierda la cesta de las provisiones. De vez en cuando levanta el diario que las cubre: todo está ahí. No se ha olvidado nada. Sonríe, pensando en la sorpresa que prepara, y luego callejea un poco. Echa un vistazo a los escaparates.

Yo echaría con gusto una ojeada sobre los escaparates, si Dutertre no me obligara a habitar en esta prisión blancuzca. Contemplaría cómo desfila el campo. Claro que es preferible tener aún un poco más de paciencia; este paisaje está envenenado. Todo en él conspira. Los mismos castillitos de provincia que con sus céspedes un poco ridículos y sus docenas de árboles amaestrados parecen joyeros ingenuos para jovencitas cándidas, no son más que trampas en la guerra. Volando bajo, en vez de señales de amistad se cosechan explosivos de torpedos.

A pesar del vientre de la nube, vuelvo del mercado. Tenía razón la voz del Comandante: «Irá usted a la esquina de la primera calle a la derecha y me comprará fósforos...». Mi conciencia está en paz. Tengo los fósforos en el bolsillo. O, más exactamente, se encuentran en el bolsillo de mi camarada Dutertre. ¿Cómo se las arregla para recordar lo que ha visto? Esto es cuestión suya. Y yo pienso en cosas serias. Después del aterrizaje, si nos ahorran el ajeteo de una nueva mudanza, lanzaré un desafío a Lacordaire y le derrotaré

en el ajedrez. Detesta perder. Yo también. Pero ganaré.

Ayer, Lacordaire estaba borracho. Por lo menos... un poco: No quisiera atentar contra su honorabilidad. Se había emborrachado para consolarse. Habiéndose olvidado, al regresar de un vuelo, de manejar su tren de aterrizaje, asentó el avión de barriga contra el suelo. Alias, que estaba por desgracia presente, contemplaba el avión con melancolía, pero sin abrir la boca. ¡Estoy viendo a Lacordaire, el viejo piloto! Esperaba los reproches de Alias. Unos reproches violentos le hubieran hecho bien. Aquella explosión le hubiera permitido explotar a su vez. Se hubiera desinflado de su rabia, replicando. Pero Alias meneaba la cabeza. Alias pensaba en el avión; Lacordaire en aquel momento no le interesaba. Este accidente no era para el comandante Alias más que una desgracia anónima, una especie de impuesto estadístico. No se trataba allí más que de esas distracciones estúpidas que sorprenden a los más antiguos pilotos. Había sido infligida injustamente a Lacordaire. Lacordaire estaba virgen, aparte ese descuido de hoy, de toda imperfección profesional. Es por eso que Alias, sin interesarse más que por la víctima, solicitó de Lacordaire lo más maquinalmente del mundo, su opinión sobre los desperfectos. Y yo sentí cómo iba creciendo la rabia reconcentrada de Lacordaire. Pone usted amablemente su mano sobre el hombro del verdugo y le dice: «esta pobre víctima... eh... cómo debe sufrir...». Las reacciones del corazón humano son insondables. Esta mano suave que solicita su simpatía, exaspera al verdugo. Echa sobre la víctima una mirada hosca. Lamenta no haberla rematado.

Así es. Regreso a mi casa. El Grupo 2/33 es mi casa. Y yo con los de mi casa me entiendo. No puedo engañarme en lo que atañe a Lacordaire. Lacordaire no puede engañarse en lo que me concierne a mí. Siento esta comunidad con un sentimiento de evidencia extraordinaria: «¡Nosotros, los del Grupo 2/33!». Y he aquí que los materiales que estaban dispersos empiezan a reunirse... Pienso en Gavaille y en Hochedé. Me interrogo a mí mismo sobre Gavaille: ¿Cuál es su origen? Demuestra poseer una hermosa substancia térrea. Un recuerdo tierno me asalta, y de pronto me perfuma el corazón. Cuando acantonábamos en Orconte, Gavaille vivía, como yo, en una granja. Un día me dijo:

—La granjera ha matado un cerdo. Nos invita a comer la morcilla.

Éramos tres: Israel, Gavaille y yo, los que masticábamos la hermosa corteza negra y crujiente. La campesina nos sirvió un vinillo blanco. Gavaille me dijo: «Le he comprado esto para obsequiarla. Hay que firmar». Era uno de

mis libros. Y no me sentí nada incómodo. Firmé complacido, para complacer. Israel llenaba su pipa. Gavaille se rascaba el muslo, la campesina parecía muy contenta de heredar un libro firmado por el autor. La morcilla perfumaba. Estaba un poco borracho de vinillo blanco y no me sentía extraño a pesar de haber firmado un libro, cosa que siempre me ha parecido un poco ridícula. No me sentía rechazado por ellos. No parecía, a pesar del libro, ni autor ni espectador. No llegaba de afuera. Israel, gentilmente, me miraba firmar. Gavaille sencillamente continuaba rascándose el muslo. Y yo sentía para con ellos, una especie de íntimo agradecimiento. Este libro hubiera podido darme la apariencia de un testigo abstracto, y sin embargo no parecía, a pesar de él, ni intelectual ni testigo. Era uno de ellos.

El oficio de testigo me ha horrorizado siempre. ¿Qué soy yo, si no participo? Necesito, para ser, participar. Me alimento de la calidad de los camaradas, esta calidad que se ignora, no por humilde, sino porque se burla de ella misma. Ni Gavaille ni Israel se creen ser nada. Forman, con su trabajo, con su oficio y con su deber, una red de lazos. También con esta morcilla humeante. Y me embriaga la densidad de sus presencias. Puedo estar callado. Puedo beber mi pequeño vinillo. Hasta puedo firmar este libro sin atrincherarme para con ellos. Nada estropeará esta fraternidad.

No se trata aquí de que yo denigre las averiguaciones de la inteligencia, ni las victorias de la conciencia. Yo admiro las inteligencias límpidas. Pero ¿qué es un hombre si le falta substancia? ¿Si no es más que una mirada y no un ser? La substancia la descubro en Gavaille o en Israel. Como la descubría en Guillaumet.

Las ventajas que puedo sacar de una actividad de escritor, esta libertad, por ejemplo, de la que podría tal vez disponer, y que me permitiría, si mi oficio en el Grupo 2/33 me desagradara, abandonarlo para hacer otras funciones, la repudio con un cierto terror. No es más que la libertad de no ser. Cada obligación hace llegar a ser.

Hemos estado a punto de reventar en Francia por inteligencia sin substancia. Gavaille es. Gavaille ama, detesta, se alegra, gruñe. Está lleno de ligámenes. Y lo mismo que saboreo frente a él esta morcilla crujiente, saboreo las obligaciones del oficio que nos funden juntos en un tronco común. Amo el Grupo 2/33. No lo amo como espectador que descubre un bello espectáculo. Me río del espectáculo. Amo el Grupo 2/33 porque soy de él, me alimenta y yo contribuyo a alimentarlo.

Y ahora que regreso de Arras soy más que nunca de mi Grupo. He adquirido un nuevo lazo. He reforzado en mí este sentimiento de comunidad que se saborea en el silencio. Israel y Gavaille han sufrido, tal vez, riesgos mayores que los míos. Israel ha desaparecido. Pero de este paseo de hoy yo no tenía tampoco que volver. Me da un poco más el derecho de sentarme a su mesa y de callar con ellos. Este derecho se compra muy caro. Pero vale muy caro: es el derecho de «ser». Por eso he firmado sin incomodidad ese libro... no estropeaba nada.

Y he aquí que me sonrojo ante la idea de balbucear dentro de un momento cuando el Comandante me interrogue. Me avergonzaré de mí mismo. El Comandante pensará que yo soy un poco estúpido. Si estas historias de libro no me molestan es porque, aunque hubiera parido una biblioteca entera, estas referencias no me salvarían de la vergüenza que me amenaza. Esta vergüenza no es un juego que juego. Yo no soy el escéptico que se permite el lujo de una costumbre conmovedora. No soy el ciudadano que juega en vacaciones a ser campesino. Una vez más he salido a buscar sobre Arras la prueba de mi buena fe. Me he jugado la carne en la aventura. Toda mi carne. Y la he jugado a perdedor. He dado a estas reglas de juego todo lo que he podido. Para que sean algo más que unas reglas de juego. He adquirido el derecho de sentirme afligido, luego, cuando el Comandante me interrogue. Es decir, de participar. De estar ligado. De comulgar. De recibir y de dar. De ser más que yo mismo. De acceder a esta plenitud que me pone tan orondo. De sentir este amor que siento por mis camaradas, este amor que no es un arrebató llegado de afuera, que no pretende —nunca— expresarse, salvo, sin embargo, a la hora de los banquetes de despedida. Entonces estás un poco borracho y la benevolencia que da el alcohol te inclina hacia los invitados como un árbol cargado de frutos para regalar. Mi amor por el Grupo no necesita enunciarse. No está compuesto más que por lazos. Es mi substancia misma. Soy del Grupo. Y esto es todo.

Cuando pienso en el Grupo no puedo dejar de pensar en Hochedé. Podría contar su valor en la guerra, pero me sentiría ridículo. No se trata de valor: Hochedé le ha hecho a la guerra un don total. Probablemente mejor que todos nosotros. Hochedé está permanentemente en ese estado que yo he tratado tan difícilmente de conquistar. Yo echaba chispas mientras me vestía. Hochedé no protesta, Hochedé ha llegado adonde nosotros vamos. Adonde yo quería ir.

Hochedé es un antiguo suboficial promovido recientemente a subteniente. Sin duda dispone de una cultura mediocre. No sabría aclarar nada sobre sí

mismo. Pero está construido, está terminado. La palabra deber, cuando se trata de Hochedé, pierde toda redundancia. Ya quisiera uno soportar el deber como lo soporta Hochedé. Frente a Hochedé yo me reprocho todos mis pequeños renunciamientos, mis negligencias, mis perezas y por encima de todo, si cabe, mis escepticismos. No es señal de virtud, sino de celos bien entendidos. Yo quisiera existir tanto como Hochedé existe. Un árbol es bello cuando está bien firme sobre sus raíces. Es bella la permanencia de Hochedé. Hochedé no podría decepcionar.

Yo no contaré, pues, nada de las misiones de guerra de Hochedé. ¿Voluntario? Lo somos todos siempre para todas las misiones. Pero por una recóndita necesidad de creer en nosotros mismos. Uno se supera entonces un poco. Hochedé es voluntario, naturalmente. «Es» esta guerra. Esto es tan natural que si se trata de un equipo que hay que sacrificar, el Comandante piensa en seguida en Hochedé: «Dígame, Hochedé...» Hochedé se identifica con la guerra como un monje con su religión. ¿Por qué se bate? Se bate por él. Hochedé se confunde con una cierta substancia que se debe salvar y que es su propia significación. A esta altura, la vida y la muerte se confunden un poco. Hochedé está ya confundido. Tal vez sin él saberlo, no le teme nada a la muerte. Durar, hacer durar... Para Hochedé morir y vivir se concilian.

Lo que en él me deslumbró primero fué su angustia cuando Gavaille trató de quitarle su cronómetro, para medir unas velocidades sobre base.

—Mi teniente... no... no me gusta.

—¡Eres estúpido! ¡Es para un reglaje de diez minutos!

—Mi teniente... hay uno en el almacén de la escuadrilla.

—Sí. Pero desde hace seis semanas no ha querido moverse de las dos, siete.

—Mi teniente. Un cronómetro no es una cosa que se preste, un cronómetro... ¡no puede usted exigirme eso!

La disciplina militar y el respeto jerárquico pueden solicitar de un Hochedé que apenas abatido entre llamas e indemne, por milagro, se reinstale en otro avión para otra misión, que esta vez será peligrosa... pero no que entregue a unas manos irrespetuosas un cronómetro de gran lujo, que ha costado tres meses de sueldo y al que se le dió cuerda cada noche, con un cuidado maternal. Viendo gesticular a los hombres uno adivina que no entienden nada de cronómetros.

Y cuando Hochedé vencedor, con su derecho al fin establecido, y su cronómetro contra su corazón, salió, sofocado aún de indignación, del despacho de la escuadrilla, yo le hubiera abrazado. Acababa de descubrir los tesoros de ternura que posee Hochedé. Luchará por su cronómetro. Su cronómetro existe. Y morirá por su país. Su país existe. Hochedé existe y está ligado a ellos. Está lleno de ligámenes con el mundo.

Por eso yo amo a Hochedé sin sentir la necesidad de decírselo. Así he perdido a Guillaumet, muerto en un vuelo —el mejor amigo que he tenido—, y procuro no hablar de él. Hemos piloteado en las mismas líneas, participado en las mismas creaciones. Éramos de la misma substancia. Yo me siento un poco muerto en él. He hecho de Guillaumet uno de los compañeros de mi silencio. Yo soy de Guillaumet.

Soy de Guillaumet, soy de Gavaille. Soy de Hochedé. Soy del Grupo 2/33. Soy de mi país. Y todos los del Grupo son de este país.

XXIII

¡He cambiado mucho! Estos días, Comandante Alias, yo estaba amargado. Estos días, mientras la invasión blindada no encontraba más que el caos, las misiones sacrificadas han costado al Grupo 2/33 diecisiete equipos de los veintitrés. Todos, usted el primero, nos conformábamos, yo creo, con jugar a los muertos por la necesidad de figurar. ¡Ah, comandante Alias, yo estaba amargado y me equivocaba!

Nos asíamos todos, usted el primero, a la letra de un deber cuyo espíritu estaba oscurecido. Usted nos empujaba instintivamente, no ya a vencer, que era imposible, sino a llegar a ser. Usted sabía, como nosotros, que los informes adquiridos no serían transmitidos a nadie. Pero salvaba unos ritos cuyo poder estaba oculto. Nos interrogaba usted gravemente, como si nuestras respuestas pudieran servir de algo, sobre los parques de tanques, las chalanas, los camiones, las estaciones, los trenes en las estaciones. Incluso me parecía usted de una desesperante mala fe:

—¡Sí! ¡Sí! Se observa muy bien desde el sitio del piloto.

Sin embargo usted tenía razón, comandante Alias.

Esta muchedumbre sobre la que vuelo, la he empezado a tomar en consideración sobre Arras. Yo no estoy ligado más que al que doy algo. No comprendo más que a aquél con quien me uno. No existe más que en tanto en cuanto me abrevan las fuentes de mis propias raíces. Yo soy de esta muchedumbre. Esta muchedumbre es mía. A quinientos treinta kilómetros por hora y a doscientos metros de altitud, ahora que he desembarcado bajo mi nube, me desposo con ella, como un pastor que, de una ojeada, cuenta, reúne y junta el rebaño. Esta muchedumbre ya no es muchedumbre: es un pueblo. ¿Cómo iba a dejar de esperar?

A pesar de la putrefacción de la derrota, llevo dentro de mí, como al salir de recibir un sacramento, este grave y duradero júbilo. Estoy sumido en la incoherencia y sin embargo soy como vencedor. ¿Cuál es el camarada que al

volver de una misión no lleva en él este vencedor? El capitán Pénicot ya me ha contado su vuelo de esta mañana: «Cuando me parecía que una de las automáticas apuntaba demasiado bien, yo bifurcaba directo sobre ella a plena velocidad, a ras de suelo, y soltaba un chorro de ametralladoras que apagaba en seco aquella luz rojiza, como un golpe de viento apaga una vela. Una décima de segundo más tarde, pasaba como una tromba sobre el equipo... ¡Era como si el arma hubiera explotado! Encontraba el equipo de los sirvientes disperso, atropellado por la huida. Tenía la sensación de estar jugando a los bolos». Pénicot se reía. Pénicot se reía magníficamente. ¡Pénicot, capitán vencedor!

Yo sé que la misión habrá transfigurado hasta a ese ametrallador Gavaille que, atrapado por la noche en la basílica construida por ochenta proyectores de guerra, pasó como en una boda de soldados bajo la bóveda de espadas.

—Puede usted tomar a noventa y cuatro.

Dutertre acaba de cobijarse sobre el Sena. He bajado a cien metros. El suelo arrastra hacia nosotros, a quinientos treinta kilómetros por hora, grandes rectángulos de alfalfa o de trigo y bosques triangulares. Experimento un raro placer físico observando este deshielo que divide sin descanso mi roda. El Sena se me aparece. Cuando lo franqueo por la oblicua, se me esconde, como si girara sobre sí mismo. Este movimiento me proporciona el mismo placer que la ligera rozadura de un golpe de hoz. Estoy bien instalado. Soy patrón a bordo. Los depósitos aguantan. Ganaré una copa en el *poker* de ases a Pénicot, luego derrotaré a Lacordaire en el ajedrez. Así es como soy cuando soy vencedor.

—Mi Capitán... tiran... estamos en zona prohibida...

Es él quien calcula la navegación. Estoy virgen de todo reproche.

—¿Tiran mucho?

—Tiran como pueden...

—¿Damos la vuelta?

—Oh, no...

Noto en él falta de interés. Hemos conocido el diluvio. El tiro antiaéreo no es para nosotros más que una lluvia de primavera.

—¡Dutertre... sabe... es idiota hacerse matar en su propia casa!

—... matarán nada... esto les sirve para ejercitarse.

Dutertre está malhumorado.

Yo no lo estoy. Yo soy feliz. Me gustaría hablar con los hombres de casa.

—¡Eh... sí... tiran como...!

¡Toma, está vivo éste! Observo que mi ametrallador no ha manifestado todavía nunca de una manera espontánea su existencia. Ha digerido toda la aventura sin experimentar la necesidad de comunicarse. A menos que fuera él quien pronunció aquel: «¡Ah!, ¡la!, ¡la!» en el momento más fuerte del cañón. De todos modos no fué un exceso de confianzas.

Pero se trata ahora de su especialidad: la ametralladora. Cuando se trata de su especialidad, a los especialistas no hay quien los detenga.

Yo no puedo dejar de oponer estos dos universos. El universo del avión y el de la tierra. Acabo de arrastrar a Dutertre y a mi ametrallador más allá de los límites permitidos. Hemos visto a Francia arder. Hemos visto brillar el mar. Hemos envejecido en alta altitud. Nos hemos inclinado hacia una tierra lejana, como sobre las vitrinas de un museo. Hemos jugado en el sol con el polvo de los cazas enemigos. Luego hemos vuelto a bajar. Nos hemos arrojado en el incendio. Lo hemos sacrificado todo. Y ahí hemos aprendido más sobre nosotros, que en diez años de meditación. Hemos salido al fin de estos diez años de monasterio... Y he aquí que por este camino sobre el cual volábamos tal vez para subir a Arras, la caravana, cuando volvemos a encontrarla, ha progresado más de quinientos metros.

En el tiempo que ellos empleen en llevar hasta la zanja un coche averiado, en cambiar una rueda, en tamborilear inmóviles en el volante para dejar que un camino transversal liquide sus propias pavesas, habremos nosotros recobrado nuestra escala.

Cabalgamos sobre la derrota, sobre toda ella. Semejantes a esos peregrinos a quienes el desierto no atormenta, aunque en él sufran, pues ya su corazón está en la ciudad santa.

La noche, que se forma, apriscará esta muchedumbre desordenada en un establo de desventura. El rebaño se amontona. ¿Hacia qué clamarían? Pero nos es dado correr hacia los camaradas y me parece que nos precipitamos hacia una fiesta. De este modo una simple cabaña, si está iluminada en la lejanía, convierte la más dura noche de invierno en noche de Navidad. Allá abajo, adonde vamos, seremos recogidos. Allí abajo, adonde vamos, comulgaremos con el pan de la noche.

Basta por hoy de aventura: soy feliz y estoy cansado. Abandonaré al mecánico el avión adornado con unos agujeros. Me despojaré de mi pesada indumentaria de vuelo y, como es demasiado tarde para jugar una copa contra Pénicot, me sentaré sencillamente para la comida entre los camaradas...

Estamos retrasados. Aquellos de entre los camaradas que llegan tarde no vuelven más. ¿Están retrasados? ¿Es demasiado tarde? ¡Peor para ellos! La noche los columpia hacia la eternidad. A la hora de comer, el Grupo cuenta sus muertos.

Los desaparecidos se embellecen a través del recuerdo. Se les viste para siempre con su sonrisa más diáfana. Renunciaremos a esta ventaja. Surgiremos en fraude, a la manera de los ángeles malos y de los cazadores furtivos. El Comandante engullirá su bocado de pan. Nos mirará. Tal vez diga: «¡Ah!... están aquí...» Los camaradas se callarán. Nos mirarán apenas.

Yo sentía antes poca estimación por las personas mayores. Estaba equivocado. No se envejece nunca, comandante Alias. Los hombres son también puros a la hora del regreso: «Estás ahí tú, que eres de los nuestros...». Y el pudor hace el silencio.

Comandante Alias, comandante Alias... esta comunidad entre vosotros, la he saboreado como un fuego para ciego. El ciego se sienta y extiende las manos, y no sabe de dónde le viene su placer. De nuestras misiones regresamos dispuestos para una recompensa de gusto desconocido, que es simplemente el amor.

No reconocemos el amor. El amor en el que pensamos ordinariamente, es de un patético más tumultuoso. Pero se trata, aquí, del amor verdadero: una red de lazos que hace llegar a ser.

XXIV

He interrogado a mi granjero sobre el número de instrumentos. Y mi granjero me ha contestado:

—Yo no sé nada de su negocio. Hay que suponer, en cuestión de instrumentos, que les faltan algunos: los que nos hubieran hecho ganar la guerra... ¿Quiere cenar con nosotros?

—He comido ya.

Pero me instalaron por fuerza entre la sobrina y la granjera.

—Tú, sobrina, córrete un poco, hazle un sitio al Capitán.

Y no es solamente a los camaradas a quienes me descubro ligado. Es, a través de ellos, con todo el país. El amor, una vez que ha germinado, echa unas raíces que no terminan de crecer.

Mi granjero distribuye el pan, en silencio. Las preocupaciones del día le han ennoblecido con una grave austeridad. Asegura, quizá sea por última vez, como quien ejerce un culto, esta partición.

Y yo pienso en los campos de alrededor que han formado la materia de este pan. El enemigo los invadirá mañana. ¡Que no esperen un tumulto de hombres armados! La tierra es grande. Tal vez la invasión no muestre aquí más que un centinela solitario, perdido en la inmensidad de los campos, una marca gris en la ladera del trigo. Nada habrá cambiado en apariencia, pero una muestra basta, si se trata del hombre, para que todo cambie.

El vendaval que circulará por encima de la cosecha, se asemejará siempre a un golpe de viento sobre el mar. Pero si el vendaval sobre las cosechas no parece más amplio todavía, es porque empadrona, desenvolviéndolo, un patrimonio. Se asegura el porvenir. Es caricia para una esposa, mano suave sobre una cabellera.

Este trigo, mañana, habrá cambiado. El trigo no es lo mismo que un

alimento carnal. Alimentar a un hombre no es engordar un ganado. ¡El pan hace tantos papeles! Hemos aprendido a ver en el pan un instrumento de la comunidad de los hombres, a causa del pan que se parte en compañía. Hemos aprendido a ver en el pan, la imagen de la grandeza del trabajo, a causa del pan que se gana con el sudor de la frente. Hemos aprendido a ver en el pan el vehículo esencial de la piedad, a causa del pan que se distribuye en las horas de miseria. El sabor del pan compartido no tiene rival. Y he aquí que todo el poder de este alimento espiritual, del pan espiritual, que nacerá de este campo de trigo, está en peligro. Tal vez mañana mi granjero, al partir el pan, no sirva ya la misma religión familiar. El pan, tal vez mañana, no alimentará la misma luz en las miradas. Ocurre con el pan como con el aceite de las lámparas de aceite. Se convierte en luz.

Miro a la sobrina que es muy bella y me digo: el pan a través de ella se convierte en gracia melancólica. Se convierte en pudor. Se convierte en suavidad del silencio. Y he aquí que el mismo pan, por la virtud de una simple mancha gris en la ladera de un océano de trigo, si alimenta mañana la misma lámpara, no formará tal vez más la misma llama. Lo esencial del poder del pan habrá cambiado.

Yo he luchado mucho más aun para preservar la calidad de una luz que para salvar el alimento de los cuerpos. He luchado por el resplandor especial en que se transfigura el pan, en las casas de mi país. Lo que más me emociona en esta muchachita reservada, es su envoltura inmaterial. Es yo no sé qué lazo de unión entre las líneas de una cara. Es el poema leído sobre la página y no la misma página.

Ella se ha sentido observada. Ha levantado los ojos hacia mí. Me parece que me ha sonreído... Ha sido apenas como un soplo sobre la fragilidad de las aguas. Esta aparición me turba. Yo siento, misteriosamente presente, el alma particular que es de aquí y no de otra parte. Saboreo una paz de la que me digo: «es la paz de los reinos silenciosos...».

He visto brillar la luz del trigo.

El rostro de la sobrina se ha serenado sobre un fondo de misterio. La granjera suspira, mira en derredor suyo y se calla. El granjero, que medita en el día que vendrá, se encierra en su prudencia. Existe, bajo el silencio de todos, una riqueza interior semejante al patrimonio de un pueblo e igualmente amenazada.

Una extraña evidencia me hace sentirme responsable de estas provisiones

invisibles. Salgo de mi granja. Voy andando lentamente. Llevo conmigo esta carga que me es dulce, más que pesada, como lo sería un niño dormido contra mi pecho. Me había prometido a mí mismo esta conversación con mi pueblo, Pero no tengo nada que decir. Soy semejante al fruto bien prendido al árbol, en el que pensaba hace algunas horas, cuando la angustia se apaciguó. Me siento ligado a los de mi casa, simplemente. Soy de ellos como ellos son míos. Cuando mi granjero ha distribuido el pan no ha dado nada. Ha repartido y cambiado. El mismo trigo ha circulado en nosotros. El granjero no se empobrecía. Se enriquecía: se alimentaba con un pan mejor, ya que se cambiaba en pan para una comunidad. Cuando yo esta tarde he despertado para ellos en misión de guerra, no les he dado nada tampoco. No les damos nada nosotros los del Grupo. Somos su parte de sacrificio de guerra. Comprendo por qué Hochedé hace la guerra sin grandes frases, como un herrero que forja para el pueblo. «¿Quién es usted? —Yo soy el herrero del pueblo». Y el herrero trabaja feliz.

Si ahora espero, cuando ellos parecen desesperar, no me diferencio tampoco. Soy simplemente su parte de esperanza. Claro que estamos ya vencidos. Todo está en suspenso. Todo se desmorona. Pero yo continuó experimentando la tranquilidad de un vencedor. ¿Que son contradictorias las palabras? Me río de las palabras. Soy semejante a Pénicot, a Hochedé, a Alias, a Gavaille. No disponemos de ningún lenguaje para justificar nuestro sentir victorioso. Pero nos sentimos responsables. Nadie puede sentirse a la vez responsable y desesperado.

Derrota... Victoria... Sé utilizar mal estas fórmulas. Hay victorias que exaltan, otras que disminuyen. Derrotas que asesinan, otras que despiertan. La vida no es enunciable por los estados sino por las iniciativas. La única victoria de la cual no puedo dudar es la que reside en el poder de las simientes. Una vez plantada la simiente a lo largo de las tierras negras, está ya victoriosa. Pero el tiempo tiene que pasar para asistir a su triunfo en el trigo.

No había esta mañana nada más que un ejército descompuesto y una multitud en desorden. Pero una multitud en desorden, si hay una sola conciencia a la que se anuda, no está ya en desorden. Las piedras de una cantera no están desordenadas más que en apariencia, si se encuentra perdido en la cantera un hombre, aunque sólo sea uno, que piense en términos de catedral. No me preocupaba el limo esparcido si contiene una simiente. La simiente lo drenará para construir.

Cualquiera que consiga llegar a la contemplación se cambia en simiente.

Cualquiera que descubra una evidencia tira a los otros de la manga para mostrársela. Cualquiera que invente, predica en seguida su invento. Yo no sé cómo se expresará o actuará un Hochedé. Pero poco importa. Esparcirá su fe tranquila en torno de él. Entreveo mejor el principio de las victorias; aquél que se asegura un puesto de sacristán o de sillera en una catedral construida, está ya vencido. Pero cualquiera que lleve en el corazón una catedral por construir, es ya vencedor. La victoria es el fruto del amor. Solamente el amor reconoce el rostro que puede modelar. Solamente el amor conduce hacia él. La inteligencia no vale más que al servicio del amor.

El escultor siente el peso de su obra: poco importa si ignora cómo la realizará. De pulgada en pulgada, de error en error, de contradicción en contradicción, marchará directo a través de la arcilla hacia su creación. Ni la inteligencia ni el juicio son creadores. Si el escultor no es más que ciencia e inteligencia, sus manos estarán faltas de inspiración.

Nos hemos equivocado demasiado tiempo sobre el papel que le correspondía a la inteligencia. Hemos descuidado la sustancia del hombre. Hemos creído que el virtuosismo de las almas bajas podía ayudar al triunfo de las causas nobles; que el egoísmo hábil podía exaltar el espíritu de sacrificio, que la sequedad de corazón podía, por medio de los discursos, fundar la fraternidad o el amor. Hemos descuidado el Ser. La simiente de cedro, quiéralo o no, se convertirá en cedro. La simiente de espino se convertirá en espino. Me negaré en adelante a juzgar al hombre según aquellas fórmulas que justifiquen sus decisiones. Se equivoca uno demasiado fácilmente sobre la garantía que dan las palabras, lo mismo que sobre la dirección de los actos. Aquél que camina hacia su casa, ignoro si camina hacia la disputa o hacia el amor. Yo me preguntaría: «¿Qué clase de hombre es?». Y solamente entonces podría saber de qué lado se inclina y adonde irá. Se va siempre, a fin de cuentas, hacia donde se inclina uno.

El germen perseguido por el sol encuentra siempre su camino a través del pedregal del suelo. El lógico puro, si ningún sol le atrae hacia él, se ahoga en la confusión de los problemas. Me acordaré de la lección que me dió el mismo enemigo. ¿Qué dirección debe escoger la columna blindada para envolver las retaguardias del adversario? No sabe contestar. ¿Qué debe ser la columna blindada? Debe ser, contra el malecón, presión del mar.

¿Qué hay que hacer? Esto. O lo contrario. O cualquier otra cosa. No hay ningún determinismo del porvenir. ¿Qué hay que ser? He aquí la cuestión esencial, pues sólo el Espíritu fertiliza la inteligencia. La enriquece con la

obra que vendrá. La inteligencia le conducirá a término. ¿Qué debe hacer el hombre para crear el primer barco? La fórmula es demasiado complicada. Este navío nacerá, a fin de cuentas, de mil tanteos contradictorios... Pero este hombre ¿qué debe ser? Aquí es donde tengo la creación por su raíz. Debe ser comerciante o soldado, pues entonces, necesariamente, por amor a las tierras lejanas, suscitará los técnicos, drenará los obreros, y lanzará un día su navío. ¿Qué hay que hacer para que todo un bosque vuele? ¡Ah! es demasiado difícil... ¿Qué hay que ser? ¡Hay que ser incendio!

Mañana entraremos en la noche. ¡Que mi país exista aún cuando vuelva el día! ¿Qué se puede hacer para salvarlos? ¿Cómo enunciar una solución simple? Las necesidades son contradictorias. Interesa salvar la herencia espiritual, sin la cual la raza se vería privada de su genio. Interesa salvar la raza, sin la cual la herencia se perdería. Los lógicos, a falta de un lenguaje que pueda conciliar los dos salvamentos, estarán tentados de sacrificar, o el alma o el cuerpo. Pero yo me río de los lógicos. Yo quiero que mi país exista —en su espíritu y en su carne—, cuando vuelva el día. Para obrar por el bien de mi país tendré que apoyar a cada instante en esta dirección, con todo mi amor. No hay pasaje que el mar no encuentre si presiona sobre él.

No me es posible ninguna duda sobre mi salvación. Comprendo mejor la imagen de mi fuego para ciego. Si el ciego marcha hacia el fuego, es que ya ha nacido en él la necesidad del fuego. Ya el fuego le gobierna. Si el ciego busca el fuego es que lo ha encontrado ya. Así el escultor está ya en posesión de su creación si se siente inclinado hacia la arcilla. Nosotros lo mismo. Sentimos el calor de nuestros lazos: por eso somos ya vencedores.

Sentimos ya nuestra comunidad. Claro que tendremos que expresarla para unirnos a ella. Es esfuerzo de conciencia y de lenguaje. Pero necesitaremos también, para no perder nada de su substancia, hacernos el sordo a las trampas de las lógicas provisorias, de las amenazas y de las polémicas. Debemos, sobre todo, no renegar de nada de lo que somos.

Y por eso, en el silencio de mi noche pueblerina, apoyado contra un muro, empiezo, al regresar de mi misión sobre Arras —e ilustrado creo por mi misión—, a imponerme reglas simples que no traicionaré nunca.

Puesto que soy uno de ellos, no negaré nunca a los míos, hagan lo que hagan. No les criticaré nunca delante de otros. Si es posible defenderles les defenderé. Si me cubren de vergüenza encerraré esta vergüenza en mi corazón y me callaré. Piense entonces lo que piense de ellos, no serviré nunca de

testigo contra ellos. Un marido no va de casa en casa para comunicar él mismo a sus vecinos que su mujer es una cualquiera. No sería así como salvaría su honor, pues su mujer es de su casa. No puede ennoblecerse en contra de ella. Hasta que llega a su casa, no tiene derecho a expresar su cólera.

Así yo no me desolidarizaré de una derrota que frecuentemente me humillará. Soy de Francia. Francia formaba Renoirs, Pascals, Pasteurs, Guillaumets, Hochedés. Formaba también incapaces, políticos y tramposos. Pero me parece demasiado sencillo reclamar el parentesco de los unos y negar el de los otros.

La derrota divide. La derrota deshace lo que estaba ya hecho. Hay ahí una amenaza de muerte: yo no contribuiré a estas divisiones, desechando la responsabilidad del desastre sobre aquellos de los míos que piensan de otro modo que yo. No se puede sacar nada de este proceso sin juicio. Todos hemos sido vencidos. Yo, he sido vencido. Hochedé ha sido vencido. Hochedé no echa la derrota sobre otros que no sean él. Se dice: «Yo, Hochedé, yo de Francia, he sido débil. La Francia de Hochedé ha sido débil. Yo he sido débil en ella y ella débil en mí». Hochedé sabe muy bien, que si se retrae de los suyos, no se glorificará más que él. Y, desde entonces, ya no será más el Hochedé de una casa, de una familia, de un Grupo, de una patria. No será más que el Hochedé de un desierto.

Si consiento en ser humillado por mi casa, puedo actuar sobre mi casa. Es mía como yo soy de ella. Pero, si me niego a recibir la humillación, la casa se desmoronará como quiera, y yo iré solo, glorioso, pero más vano que un muerto.

Para existir, lo que importa, primero, es aceptar una responsabilidad. Y he aquí que hace pocas horas todavía, yo estaba ciego. Estaba amargado. Pero ahora juzgo con más clarividencia. Del mismo modo que me niego a quejarme de los otros franceses, desde que me siento de Francia, ya no concibo que Francia se queje del mundo. Cada uno es responsable de todos. Francia era responsable del mundo. Francia hubiera podido ofrecer al mundo el denominador común que lo hubiera unido. Francia hubiera podido servir al mundo de clave de bóveda. Si Francia hubiera tenido sabor de Francia, resplandor de Francia, el mundo entero se habría convertido en resistencia a través de Francia. Me niego, en adelante, a hacer reproches al mundo. Francia debía servirle de alma, si a él le faltaba alma.

Francia hubiera podido atraerse gente. Mi Grupo 2/33 se ofreció sucesivamente como voluntario para la guerra de Noruega, luego de Finlandia. ¿Qué representaba Noruega y Finlandia para nuestros soldados y suboficiales? Me pareció siempre que consentían en morir por un cierto regusto de fiestas de Navidad. Por la salvación de este sabor en el mundo, les parecía justificado el sacrificio de su vida. Si nosotros hubiéramos sido la Navidad del mundo, el mundo se hubiera salvado a través de nosotros.

La comunidad espiritual de hombres en el mundo no ha jugado a favor nuestro. Pero, fundando esta comunidad de hombres en el mundo, hubiéramos salvado al mundo y a nosotros mismos. Hemos fracasado en esta empresa. Cada uno es responsable de todos. Cada uno es único responsable. Cada uno es él solo responsable de todos. Comprendo por primera uno de los misterios de la religión de que ha salido la civilización que reivindico como mía: «cargar con los pecados de los hombres...». Y cada uno carga con todos los pecados de todos los hombres.

XXV

¿Quién ve ahí una doctrina de débil? El jefe es aquel que lo toma todo sobre sí. Dice: «yo he sido derrotado». No dice: «mis soldados han sido derrotados». El verdadero hombre habla de esta manera. Hochedé diría: yo soy responsable.

Yo comprendo el sentido de la humildad. No es denigración de sí mismo. Es el principio mismo de la acción. Si, queriendo absolverme, trato de excusar mis desgracias culpando a la fatalidad, me someto a la fatalidad. Si las excuso culpando a la traición, me someto a la traición. Pero si asumo la responsabilidad de la falta, reivindico mi potencialidad de hombre. Yo puedo actuar sobre aquello de lo que soy. Y soy parte constituyente de la comunidad de los hombres.

Hay, pues, alguien en mí con quien lucho para engrandecerme. Ha sido preciso este difícil viaje para que yo distinga en mí, bien o mal, el individuo con quien lucho, del hombre que crece. No sé hasta qué punto es válida la imagen que se me ocurre, pero me digo: el individuo no es más que un camino. Solamente el Hombre que se aventura en él, cuenta.

Ya no pueden satisfacerme las verdades de la polémica. ¿De qué sirve acusar a los individuos? No son más que vías y pasajes. No puedo ya tratar de explicar que mis ametralladoras se hielan por negligencias de los funcionarios, ni atribuir la ausencia de los pueblos amigos a su egoísmo. Claro que la derrota se manifiesta por ruinas individuales. Pero una civilización forma los hombres. Si la que yo reclamo como mía está amenazada por el desfallecimiento de los individuos, yo tengo el derecho de preguntarme por qué no los ha hecho diferentes.

Una civilización, lo mismo que una religión, se acusa a ella misma, si se lamenta de la molicie de los fieles. Ella tiene la obligación de exaltarlos. Lo mismo ocurre si se lamenta del odio de los infieles. Ella tiene la obligación de convertirlos. Y sucede que la mía, que en otros tiempos ha sido probada, que

inflamó a sus apóstoles, quebrantó a los violentos, liberó pueblos de esclavos, no ha sabido ya hoy ni exaltar ni convertir. Si yo deseo desentrañar las raíces de las diversas causas de mi derrota, si tengo la ambición de revivir, he de encontrar primero el fermento que he perdido.

Pues ocurre con una civilización como ocurre con el trigo. El trigo alimenta al hombre, pero el hombre a su vez salva al trigo, cuya simiente entroja. La reserva de simientes es respetada de generación en generación de trigo, como una herencia.

No me basta con saber qué trigo deseo para que crezca. Si quiero salvar un tipo de hombre —y su poder—, he de salvar también los principios que le han fundado.

Y ocurre que si yo he conservado la imagen de la civilización que reivindicó como mía, he perdido las reglas que la transportaban. Yo descubro esta noche que las palabras que usaba no se referían ya a lo esencial. Yo predicaba de este modo la Democracia sin sospechar que enunciaba así, no ya un conjunto de reglas sobre las cualidades y el destino del hombre, sino un conjunto de deseos. Yo deseaba que los hombres fueran fraternales, libres y felices. Claro está. ¿Quién no está de acuerdo sobre esto? Yo sabía exponer «cómo» debe ser el hombre. Y no «quién» debe ser.

Yo hablaba, sin precisar las palabras, sobre la comunidad de los hombres. Como si el clima al que hacía alusión no fuera fruto de una arquitectura especial. Me parecía evocar una evidencia natural. No existe la evidencia natural. Una tropa fascista, un mercado de esclavos son, también, comunidades de hombres.

Esta comunidad de hombres yo no la habitaba ya como arquitecto. Me beneficiaba de su paz, de su tolerancia, de su bienestar. No sabía de ella sino que la habitaba. Vivía en ella como un sacristán o una sillera. O sea como un parásito. Como un vencido.

Así son los pasajeros del navío. Se sirven del navío sin darle en cambio nada. Al amparo de los salones, que se les antojan único ambiente, continúan sus juegos. Ignoran el trabajo de las cuerdas maestras bajo la gravedad eterna del mar. ¿Con qué derecho se quejarán si la tormenta desmantela su navío? Si los individuos han degenerado, si yo he sido vencido, ¿de qué puedo quejarme?

Hay una medida común para las cualidades que yo deseo a los hombres de mi civilización. Hay una clave de bóveda para la comunidad particular que

tienen que fundar. Hay un principio del que todo salió en otros tiempos: raíces, tronco, ramas, y frutos. ¿Cuál es? Era simiente poderosa en el mantillo de los hombres. Solamente ella puede hacerme vencedor.

Me parece comprender muchas cosas en mi extraña noche pueblerina. El silencio es de una calidad extraordinaria. El menor ruido llena todo el espacio como una campana. Nada me es extraño. Ni este lamento del ganado, ni esa llamada lejana, ni ese ruido de puerta que cierran. Todo pasa como dentro de mí. He de apresurarme a captar el sentido de un sentimiento que puede desvanecerse...

Yo me digo: «Es el tiro de Arras...». El tiro ha reventado una corteza. Sin duda durante el día de hoy he preparado en mí la vivienda. No era más que un gerente arisco. El individuo es eso. Pero el Hombre ha aparecido. Se ha instalado en mi lugar, sencillamente. Ha contemplado la muchedumbre en desorden y ha visto un pueblo. Su pueblo. El Hombre, denominador común de este pueblo y de mí. Por esta razón, mientras corría hacia el Grupo, me parecía correr hacia un gran fuego. El Hombre miraba por mis ojos —el Hombre denominador común de mis camaradas.

¿Es acaso un signo? Me encuentro tan próximo a creer en los signos... Todo es, esta noche, armonía tácita. Cualquier ruido llega hasta mí como un mensaje límpido y oscuro al mismo tiempo. Oigo un paso calmo que llena la noche.

—¡Eh! Buenas noches, Capitán.

—¡Buenas noches!

No le conozco. Se ha cruzado entre ambos como un «ohé» de remeros, de una barca a la otra.

Una vez más he experimentado la sensación de un parentesco milagroso. El Hombre que habita en mí esta noche acaba de hacer el recuento de los suyos. El Hombre, denominador común de pueblos y razas...

Regresaba éste con su provisión de preocupaciones, de pensamientos y de imágenes. Con su carga bien encerrada dentro de él. Hubiera podido abordarle y hablarle. En un blanco camino de pueblo hubiéramos intercambiado algunos de nuestros recuerdos. Tal como los mercaderes intercambian sus tesoros si se encuentran al volver de las islas.

En mi civilización, el que difiere de mí, lejos de perjudicarme, me enriquece. Nuestra unidad, por encima de nosotros, se funde en el Hombre.

De este modo nuestras discusiones de la noche en el Grupo 2/33, en vez de perjudicar nuestra fraternidad, la respaldan, pues nadie desea oír su propio eco ni mirarse en un espejo.

En el Hombre se encuentran lo mismo los franceses de Francia que los noruegos de Noruega. El Hombre los anuda en su unidad, al mismo tiempo que exalta, sin contradecirse, sus hábitos particulares. También el árbol se expresa por medio de ramas que no se parecen a sus raíces. Si, pues, allá abajo se escriben cuentos sobre la nieve, si en Holanda se cultivan tulipanes, si se improvisan flamencos en España, todos quedamos enriquecidos en el Hombre. Quizá por eso hemos deseado nosotros, los del Grupo, combatir por Noruega...

Y he aquí que me parece llegar al final de una larga peregrinación. No descubro nada, pero, como al emerger del sueño, vuelvo a ver simplemente lo que ya no miraba.

Mi civilización reposa sobre el culto del Hombre a través de los individuos. Ella ha tratado durante siglos de mostrar el Hombre como hubiera podido enseñar a distinguir una catedral a través de una piedra. Ha predicado este Hombre que dominaba al individuo.

Pues el Hombre de mi civilización no se define partiendo de los hombres. Son los hombres los que se definen según él. Hay en él, como en todo Ser, algo que no explican los materiales que lo componen. Una catedral es una cosa completamente distinta de un conjunto de piedras. Es geometría y arquitectura. No son las piedras las que la definen, es ella la que enriquece las piedras con su propia significación. Estas piedras se ennoblecen al ser piedras de una catedral. Las piedras más diversas sirven a su unidad. La catedral absorbe en su cántico hasta las gárgolas más absurdas.

Pero poco a poco me he olvidado de mi verdad. He creído que el Hombre resumía los hombres como la Piedra resume las piedras. He confundido catedral con conjunto de piedras y poco a poco la herencia se ha desvanecido. Hay que restaurar al Hombre. Él es la esencia de mi cultura. Él es la llave de mi Comunidad. Él es el principio de mi victoria.

XXVI

Es fácil establecer el orden de una sociedad sobre la sumisión de cada uno a reglas fijas. Es fácil formar un hombre ciego que soporte sin protestar un amo o un Corán. Pero el éxito es mucho mayor cuando consiste, para liberar al hombre, en hacerle reinar sobre sí mismo.

Pero ¿qué es liberar? Si yo libero en el desierto a un hombre que no siente nada, ¿qué significa su libertad? No hay libertad más que para «alguien» que va a algún lado. Liberar a este hombre sería enseñarle la sed y luego trazar un camino hacia un pozo. Solamente entonces se presentarían para él iniciativas que no carecerían de significado. Liberar una piedra no significa nada si no existe la gravedad. Pues la piedra, una vez libre, no irá a ningún lado.

Y ocurre que mi civilización ha tratado de establecer las relaciones humanas sobre el culto del Hombre más allá del individuo, a fin de que el comportamiento de cada uno, consigo mismo o con los otros, no fuera ya conformismo ciego a las costumbres del hormiguero, sino libre ejercicio del amor.

La ruta invisible de la gravedad libera a la piedra. Las pendientes invisibles del amor liberan al hombre. Mi civilización ha tratado de hacer de cada hombre el Embajador de un mismo príncipe. Ha considerado al individuo como camino o mensaje de algo más grande que él y ha ofrecido a la libertad de su ascensión direcciones imantadas.

Yo conozco bien el origen de ese campo de fuerzas. Durante siglos mi civilización ha contemplado a Dios a través de los hombres. El hombre había sido creado a imagen de Dios. Se respetaba a Dios en el hombre. Los hombres eran hermanos en Dios. Este reflejo de Dios confería una dignidad inalienable a cada hombre. Las relaciones del hombre con Dios fundamentaban, evidentemente, los deberes de cada uno para consigo mismo y para con los otros.

Mi civilización es heredera de los valores cristianos. Reflexionaré sobre la

construcción de la catedral, a fin de comprender mejor su arquitectura.

La contemplación de Dios hacía a los hombres iguales, porque eran iguales en Dios. Y esta igualdad tenía un claro significado. Pues no se puede ser igual más que en algo. El soldado y el capitán son iguales en la nación. La igualdad no es más que una palabra desprovista de sentido si no hay nada a qué ligar esta igualdad.

Yo comprendo muy bien por qué esta igualdad, que era la igualdad de los derechos de Dios a través de los individuos, impedía limitar la ascensión de un individuo: Dios podía decidir tomarle como camino. Pero como se trataba también de la igualdad de los derechos de Dios «sobre» los individuos, comprendo por qué los individuos, cualesquiera que fuesen, estaban sometidos a los mismos deberes y al mismo respeto de las leyes. Expresando a Dios, eran iguales en sus derechos. Sirviendo a Dios, eran iguales en sus deberes.

Yo comprendo por qué una igualdad establecida en Dios no llevaba consigo ni contradicción ni desorden. La demagogia se introduce cuando, a falta de denominador común, el principio de igualdad degenera en principio de identidad. Entonces el soldado niega el saludo al capitán, pues al saludar al capitán el soldado honraría a un individuo y no a la Nación.

Mi civilización, heredando de Dios, ha hecho a los hombres iguales en el Hombre.

Comprendo el origen del respeto de los hombres unos por otros. El sabio debía respeto hasta al pañolero, pues a través del pañolero respetaba a Dios de quien el pañolero era también el Embajador. Cualquiera que fuere el valer del uno y la mediocridad del otro, ningún hombre podía pretender reducir a otro a la esclavitud. No se humilla a un Embajador. Pero este respeto del hombre no lleva consigo la prosternación degradante ante la mediocridad del individuo, ante la estupidez o la ignorancia, puesto que ante todo era honrada esta cualidad de Embajador de Dios. De este modo, el amor de Dios creaba entre los hombres relaciones nobles, ya que los asuntos se trataban de Embajador a Embajador, por encima de la calidad de los individuos.

Mi civilización, heredando de Dios, ha creado el respeto del Hombre a través de los individuos.

Comprendo el origen de la fraternidad de los hombres. Los hombres eran hermanos en Dios. No se puede ser hermano más que en algo. Si no hay nudo que los una, los hombres están yuxtapuestos y no ligados. No se puede ser

hermano y nada más. Mis camaradas y yo somos hermanos «en» el Grupo 2/33. Los franceses, «en» Francia.

 Mi civilización, heredando de Dios, ha hecho a los hombres hermanos en el Hombre.

 Comprendo la significación de los deberes de caridad que me habían sido predicados. La caridad servía a Dios a través del individuo. Se debía a Dios, cualquiera que fuese la mediocridad del individuo. Esta caridad no humillaba al beneficiario, ni le ataba con cadenas de gratitud, puesto que no era a él sino a Dios a quien se ofrecía el don. El ejercicio de esta caridad, en cambio, no era nunca homenaje rendido a la mediocridad, a la imbecilidad o a la ignorancia. El médico se debía a sí mismo el emplear su vida en los cuidados del apestado más vulgar. Servía a Dios. No se sentía disminuido por la noche en vela pasada a la cabecera de un ladrón.

 Mi civilización, heredera de Dios, ha hecho así de la caridad un don al Hombre a través del individuo.

 Comprendo la significación profunda de la Humildad exigida al individuo. No le rebajaba. Le elevaba. Le iluminaba en su papel de Embajador. Del mismo modo que le obligaba a respetar a Dios a través de los otros, le obligaba a respetarle en sí mismo, a hacerse mensajero de Dios o camino hacia Dios. Le imponía que se olvidara de sí mismo para engrandecerse, pues si el individuo se exalta sobre su propia importancia, el camino se convierte en seguida en muro.

 Mi civilización, heredera de Dios, ha predicado el respeto a sí mismo, es decir el respeto del Hombre a través de sí mismo.

 Comprendo, en fin, por qué el amor de Dios ha hecho a los hombres responsables unos de otros y les ha impuesto la Esperanza como una virtud. Puesto que, de cada uno de ellos, hacía el Embajador del mismo Dios, en las manos de cada uno reposaba la salud de todos. Nadie tenía derecho a desesperar, puesto que era mensajero de alguien más grande que él. La desesperación significaba negación de Dios en sí mismo. El deber de la Esperanza hubiera podido traducirse por: «¿Te crees tan importante? ¡Qué fatuidad en tu desesperación!».

 Mi civilización, heredera de Dios, ha hecho a cada uno responsable de todos los hombres y a todos los hombres responsables de cada uno. Un individuo debe sacrificarse por el salvamento de una colectividad, pero no se trata aquí de una aritmética imbécil. Se trata del respeto del Hombre a través

del individuo. En efecto, la Grandeza de mi civilización, estriba en que cien mineros deben arriesgar su vida para el salvamento de un solo minero enterrado. Salvan al Hombre.

Comprendo, claramente, a esta luz, el significado de la libertad. Es libertad de crecimiento de un árbol en el área de fuerza de su simiente. Es clima de la ascensión del Hombre. Es semejante a un viento favorable. Sólo por la gracia del viento, los veleros están libres, en el mar.

Un hombre, construido así, dispondría del poder de un árbol. ¡Qué espacio no cubriría con sus raíces! ¡Qué sustancia humana no absorbería para luego desparramarla al sol!

XXVII

Pero lo he estropeado todo. He dilapidado la herencia. He dejado que la noción de Hombre se corrompiera.

Para salvar este culto de un Príncipe contemplado a través de los individuos y la elevada calidad de las relaciones humanas que fundamentaba este culto, mi civilización había empleado, sin embargo, una energía y una inteligencia considerables. Todos los esfuerzos del «Humanismo» han tendido solamente hacia este fin. El Humanismo se ha propuesto, como misión exclusiva, iluminar y perpetuar la primacía del Hombre sobre el individuo. El Humanismo ha predicado el Hombre.

Pero cuando se trata de hablar sobre el Hombre, el lenguaje se vuelve incómodo. El Hombre se distingue de los hombres. No se dice nada esencial sobre la catedral, si no se habla más que de piedras. No se dice nada esencial sobre el Hombre, si se intenta definirlo por medio de cualidades de hombre. El Humanismo ha trabajado de este modo en una dirección interceptada de antemano. Ha intentado captar la noción de Hombre por medio de una argumentación lógica y moral y transportarlo así a las conciencias.

Ninguna explicación verbal reemplaza nunca a la contemplación. La unidad del Ser no es transportable por medio de palabras. Si yo deseara enseñar a unos hombres, cuya civilización lo ignorase, el amor de una patria o de un dominio, no dispondría de ningún argumento para conmoverlos. Son unos campos, unos pastos y un ganado los que componen un dominio. Cada uno y todos juntos tienen por misión enriquecer. Existe, sin embargo, en el dominio, algo que escapa al análisis de los materiales, puesto que hay propietarios que, por amor a su dominio, se arruinarían para salvarlo. Es, por el contrario, este «algo» lo que ennoblece con una calidad particular los materiales. Pasan a ser ganado de un dominio, praderas de un dominio, campos de un dominio...

Así se convierte uno en el hombre de una patria, de un oficio, de una

civilización, de una religión. Pero, para considerarse uno de estos Seres, antes hay que fundarlo dentro de sí. Y en donde no existe el sentimiento de la patria, ningún lenguaje lo transportará. No se funda dentro de uno el Ser que uno declara ser, más que por medio de actos. Un Ser no es del imperio del lenguaje sino de los actos. Nuestro Humanismo ha descuidado los actos. Ha fracasado en su tentativa.

El acto esencial ha recibido aquí un nombre. Es el sacrificio.

Sacrificio no significa ni amputación, ni penitencia. Es esencialmente un acto. Es un don de sí mismo al Ser que uno pretende ser. Solamente comprenderá lo que es un dominio, aquél que le haya sacrificado una parte de sí, que haya luchado para salvarlo y sufrido para embellecerlo. Entonces le vendrá el amor del dominio. Un dominio no es la suma de intereses, ahí está el error. Es la suma de dones.

Mientras mi civilización se ha apoyado en Dios, ha salvado esta noción del sacrificio que fundaba a Dios en el corazón del hombre. El Humanismo ha descuidado el papel esencial del sacrificio. Ha pretendido transportar al Hombre por medio de palabras y no de actos.

No disponía ya, para salvar la visión del Hombre a través de los hombres, más que de esta misma palabra embellecida por una mayúscula. Corríamos el peligro de resbalar por una pendiente peligrosa y de confundir un día al Hombre con el símbolo de la medianía o del conjunto de los hombres. Corríamos el peligro de confundir nuestra catedral con el conjunto de piedras.

Y poco a poco hemos perdido la herencia.

En lugar de afirmar los derechos del Hombre a través de los individuos, hemos empezado a hablar de los derechos de la Colectividad. Hemos visto cómo se introducía insensiblemente una moral de lo Colectivo que descuida al Hombre. Esta moral explicará claramente por qué el individuo se debe a sí mismo el sacrificarse a la Comunidad. No explicará ya, sin artificios de lenguaje, por qué una Comunidad se debe a sí misma el sacrificarse por un solo hombre. Por qué es equitativo que mil mueran para librar a uno solo de la prisión de la injusticia. Nos acordamos de ello todavía, pero lo vamos olvidando poco a poco. Y sin embargo, en este principio, que nos diferencia tan claramente del hormiguero, es donde reside, ante todo, nuestra grandeza.

Hemos resbalado —a falta de un método eficaz—, de la Humanidad que reposaba en el Hombre hacia este hormiguero, que reposa en la suma de individuos.

¿Qué podíamos oponer a las religiones del Estado o de la Masa? ¿Adónde había ido a parar nuestra gran imagen del Hombre nacido de Dios? Apenas si se reconocía aún a través de un vocabulario que se había vaciado de su substancia.

Poco a poco, olvidando al Hombre, hemos limitado nuestra moral a los problemas del individuo. Hemos exigido de cada uno que no perjudicara al otro individuo. De cada piedra, que no perjudicara a la otra piedra. Y seguramente no se molestan la una a la otra cuando están revueltas en un campo. Pero perjudican a la catedral que hubieran fundado, y que hubiera fundado, en cambio, su propia significación.

Hemos continuado predicando la igualdad de los hombres. Pero habiendo olvidado al Hombre, no hemos sabido ya de qué hablábamos. No sabiendo en qué basar nuestra Igualdad, hemos hecho una vaga afirmación de la que no hemos sabido ya servirnos. ¿Cómo definir la Igualdad, en el plano de los individuos, entre el sabio y el bruto, el imbécil y el genio? La Igualdad, en el plano de los materiales, exige, si pretendemos definir y realizar, que todos ocupen un lugar idéntico y tengan el mismo papel. Lo que es absurdo. El principio de Igualdad degenera entonces en principio de Identidad.

Hemos seguido predicando la Libertad del hombre. Pero habiendo olvidado al Hombre, hemos definido nuestra Libertad como una licencia vaga, exclusivamente limitada por el perjuicio causado a los otros. Lo que carece de significación, pues no hay acto que no comprometa a otro. Si yo me mutilo, siendo soldado, me fusilan. No existe individuo solo. El que se retrae perjudica a una comunidad. El que está triste entristece a los otros.

De nuestro derecho a una libertad así comprendida, no hemos sabido ya servirnos sin caer en contradicciones insuperables. No sabiendo definir en qué caso nuestro derecho era válido y en qué caso ya no lo era, hemos cerrado hipócritamente los ojos, a fin de salvar un principio oscuro de las trabas innumerables que toda sociedad, necesariamente, aportaba a nuestras libertades.

En cuanto a la Caridad, no nos hemos siquiera atrevido a predicarla. Efectivamente, antes, el sacrificio que funda a los Seres, tomaba el nombre de Caridad cuando honraba a Dios a través de su imagen humana. A través del individuo dábamos a Dios o al Hombre. Pero olvidando a Dios o al Hombre, no dábamos más que al individuo. Desde entonces la Caridad tomaba a menudo el aspecto de una diligencia inaceptable. Es la Sociedad, y no el

capricho individual, quien debe asegurar la equidad en el reparto de las provisiones. La dignidad del individuo exige que no sea reducido a vasallaje por las generosidades de otro. Sería paradójico ver a los poseedores reivindicar, además de la posesión de sus bienes, la gratitud de los desposeídos.

Pero, por encima de todo, nuestra caridad mal entendida, se revolvía contra su objetivo. Exclusivamente fundada en movimientos de piedad hacia los individuos, nos hubiera imposibilitado de emplear cualquier castigo educativo. Mientras que la verdadera Caridad, como ejercicio de un culto rendido al Hombre, más allá del individuo, imponía combatir al individuo para engrandecer al Hombre.

Así hemos perdido al Hombre. Y perdiendo al Hombre, hemos enfriado esta misma fraternidad que nuestra civilización nos predicaba —puesto que se es hermano en algo y no solamente hermano. La repartición no asegura la fraternidad. Se anuda sólo en el sacrificio. Se anuda en el don común a algo más vasto que uno mismo. Pero confundiendo con una disminución estéril esta raíz de toda existencia verdadera, hemos reducido nuestra fraternidad a nada más que una tolerancia mutua.

Hemos acabado de dar. Y sucede que si yo pretendo no dar más que a mí mismo, no recibo nada, pues no construyo nada en que yo esté; luego, no soy nada. Si me vienen luego exigiendo que muera por intereses, me negaré a morir. El interés de momento manda vivir. ¿Cuál podría ser el impulso de amor que recompensara mi muerte? Se muere por una casa. No por unos objetos y unas paredes. Se muere por una catedral. No por unas piedras. Se muere por un pueblo. No por una muchedumbre. Se muere por amor del Hombre si es clave de bóveda de una Comunidad. Se muere solamente por aquello por lo que se puede vivir.

Nuestro vocabulario parecía casi intacto, pero nuestras palabras, que se habían vaciado de substancia real, nos conducían, si pretendíamos usarlas, hacia contradicciones sin salida. Quedábamos reducidos a cerrar los ojos sobre estos litigios. Quedábamos reducidos, no sabiendo construir, a dejar las piedras en desorden en el campo, y a hablar de la Colectividad, con prudencia, sin atrevernos mucho a precisar aquello de que hablábamos, pues efectivamente no hablábamos de nada. Colectividad es palabra vacía de significación mientras la Colectividad no se anuda en cosa alguna. Una suma no es un Ser.

Si nuestra Sociedad podía aún parecer apetecible, si el Hombre conservaba algún prestigio, es en la medida en que la civilización verdadera, que traicionábamos con nuestra ignorancia, prolongaba aún sobre nosotros su brillo condenado y nos salvaba a pesar de nosotros mismos.

¿Cómo hubieran podido comprender nuestros adversarios lo que nosotros ya no comprendíamos? No han visto de nosotros más que esas piedras en desorden. Han intentado devolver un sentido a una Colectividad que no sabíamos ya definir, porque no nos acordábamos del Hombre.

Los unos han llegado de primera intención, alegremente, hasta las conclusiones más extremas de la lógica. De esta colección han hecho una colección absoluta. Las piedras han de ser idénticas a las piedras. Y cada piedra reina sola sobre sí misma. La anarquía se acuerda del culto del Hombre, pero lo aplica con rigor al individuo. Y las contradicciones que nacen de este rigor, son peores que las nuestras.

Otros han reunido estas piedras diseminadas en desorden por el campo. Han predicado los derechos de la Masa. La fórmula no satisface. Pues si es intolerable que un solo hombre tire a una Masa —es tan intolerable que la Masa aplaste a un solo hombre.

Otros se han apoderado de estas piedras impotentes y del conjunto han hecho un Estado. Un Estado tal no trasciende tampoco a los hombres. Es igualmente la expresión de un conjunto. Es poder de la Colectividad delegada en manos de un individuo. Es reinado de una piedra que pretende identificarse con las otras, sobre el conjunto de las piedras. Este Estado predica claramente una moral de lo colectivo que rechazamos aún pero hacia la cual nos encaminamos también nosotros lentamente, por no acordarnos del Hombre, que sería el único que justificaría nuestra negativa.

Estos fieles de la nueva religión se opondrán a que varios mineros arriesguen su vida para salvar a un solo minero enterrado. Pues el montón de piedras sale entonces perjudicado. Rematarán al gran herido, si entorpece el avance de un ejército. El bien de la Comunidad lo estudiarán en la aritmética —y la aritmética les gobernará. Perderán la posibilidad de trascender a algo más grande que ellos. Odiarán en consecuencia lo que difiera de ellos, puesto que no dispondrán de nada superior a ellos en qué fusionarse. Cualquier costumbre, cualquier raza, cualquier pensamiento extraño, será para ellos necesariamente una afrenta. No dispondrán del poder de absorber, pues para convertir al Hombre no conviene amputarle sino expresarlo a él mismo,

ofrecer una finalidad a sus aspiraciones y un territorio a sus energías. Convertir es siempre liberar. La catedral puede absorber las piedras que en ella adquieren un sentido. Pero el montón de piedras no absorbe nada y no pudiendo absorber aplasta. Así es —pero ¿de quién es la culpa?

Ya no me extraña que el montón de piedras que pesa mucho haya ganado la partida a las piedras revueltas.

Sin embargo, yo soy el más fuerte.

Soy el más fuerte si me vuelvo a encontrar a mí mismo. Si nuestro Humanismo restaura al Hombre. Si sabemos fundar nuestra Comunidad, y si para fundarla, empleamos el único instrumento eficaz que hay: el sacrificio. Nuestra Comunidad, tal como nuestra civilización la había construido, no era tampoco la suma de nuestros intereses —era la suma de nuestros dones.

Yo soy el más fuerte porque el árbol es más fuerte que los materiales del suelo. Los drena hacia él. Los convierte en árboles. La catedral es más radiante que el montón de piedras. Soy el más fuerte porque mi civilización es la única que tiene el poder de anudar en su unidad, sin amputarlas, las distintas variedades. Ella vivifica la fuente con su fuerza al mismo tiempo que abreva en ella.

He pretendido a la hora de la salida recibir antes de haber dado. Mi pretensión era vana. Ocurre con esto como con la triste lección de gramática. Hay que dar antes de recibir —y construir antes de habitar.

Yo he fundamentado mi amor hacia los míos en este don de sangre, como la madre fundamenta el suyo en el don de la leche. Ahí está el misterio. Hay que empezar por el sacrificio, para fundar el amor. El amor, luego, puede solicitar otros sacrificios y emplearlos en todas las victorias. El hombre debe dar siempre los primeros pasos. Debe nacer antes de existir.

He regresado de la misión habiendo fundado mi parentesco con la pequeña granjera. Su sonrisa ha sido transparente para mí y, a través de ella, he visto mi pueblo. A través de mi pueblo, a mi país. A través de mi país, a los otros países. Pues yo soy de una civilización que ha elegido al Hombre para clave de bóveda. Soy del Grupo 2/33 que deseaba combatir por Noruega.

Puede ser que Alias, mañana, me designe para otra misión. Me he vestido hoy para el servicio de un dios para el que yo estaba ciego. El tiro de Arras ha reventado la corteza y he visto. Todos los de mi casa han visto también. Si, pues, despego al alba, sabré por qué luché todavía.

Pero deseo acordarme de lo que he visto. Necesito un Credo simple para recordar.

Combatiré por la primacía del Hombre sobre el individuo —como de lo universal sobre lo particular.

Yo creo que el culto de lo Universal exalta y anuda las riquezas particulares y funda el único orden verdadero, que es el de la vida. Un árbol está en orden a pesar de sus raíces, que difieren de las ramas.

Yo creo que el culto de lo particular no conduce más que a la muerte —pues fundamenta el orden en la semejanza. Confunde la unidad del Ser con la identidad de sus partes. Y devasta la catedral para alinear las piedras.

Yo lucharé, pues, con cualquiera que pretenda imponer una costumbre particular a las otras costumbres, un pueblo particular a los otros pueblos, una raza particular a las otras razas, una idea particular a las otras ideas.

Yo creo que la primacía del Hombre funda la única Igualdad y la única Libertad que tienen alguna significación. Yo creo en la igualdad de los derechos del Hombre a través de cada individuo. Y creo que la Libertad es la de la ascensión del Hombre. Igualdad no es Identidad. La Libertad no es la exaltación del individuo contra el Hombre. Yo lucharé con cualquiera que pretenda sojuzgar en un individuo —como en una masa— la libertad del Hombre.

Yo creo que mi Civilización denomina Caridad al sacrificio consentido al Hombre, a fin de establecer su reino. La Caridad es don hecho al Hombre a través de la mediocridad del individuo. Ella funda al Hombre. Yo combatiré con cualquiera que, pretendiendo que mi caridad honra la mediocridad, reniega del Hombre y aprisiona así al individuo en una mediocridad definitiva.

Yo combatiré por el Hombre. Contra sus enemigos. Pero también contra mí mismo.

XXVIII

Me he reunido con mis camaradas. Debíamos encontrarnos todos hacia la medianoche para recibir órdenes. El Grupo 2/33 tiene sueño. La llama del gran fuego se ha convertido en brasa. El Grupo parece aguantar todavía pero no es ya más que una ilusión. Hochedé interroga tristemente su famoso cronómetro. Péricot, en un rincón, con la nuca apoyada contra la pared, cierra los ojos. Gavaille, sentado encima de una mesa, con la mirada vaga y las piernas colgando, hace pucheros como un niño que va a llorar. Azambre se tambalea con un libro en la mano. Solamente el Comandante, alerta pero de una palidez que asusta, bajo una lámpara y con unos papeles en la mano, discute en voz baja con Geley. «Discute», por otra parte, no es más que una imagen. El Comandante habla. Geley menea la cabeza y dice: «Sí, naturalmente». Geley se agarra a su «Sí, naturalmente». Se adhiere, cada vez más íntimamente a los enunciados del Comandante, como el hombre que se ahoga, al cuello del nadador. Si yo fuera Alias diría, sin cambiar de tono: «Capitán Geley... usted será fusilado al alba...». Y esperaría la respuesta.

El Grupo no ha dormido desde hace tres días y aguanta en pie como un castillo de cartas.

El Comandante se levanta, va hacia Lacordaire y le saca de un sueño, en el que tal vez Lacordaire me ganaba al ajedrez:

—Lacordaire... usted saldrá al amanecer. Misión a ras de suelo.

—Bien, mi Comandante.

—Debería usted dormir...

—Sí, mi Comandante.

Lacordaire se vuelve a sentar. El Comandante, que sale, arrastra a Geley en su estela, como arrastraría un pescado muerto en la punta de una caña. Hace ya, sin duda, no tres días, sino una semana que Geley no se ha acostado. Lo mismo que Alias, ha piloteado misiones de guerra y llevado sobre sus

hombros la responsabilidad del Grupo. La resistencia humana tiene límites. Los de Geley están ya franqueados. Helos ahí, sin embargo, salen los dos, el nadador y su ahogado, en busca de órdenes fantasmagóricas.

Vezein, sospechando, ha llegado hasta mí, ese Vezein que duerme de pie como un sonámbulo:

—¿Duermes?

—Yo...

He apoyado mi nuca contra el respaldo de un sillón, pues he descubierto un sillón. Yo también me dormía, pero la voz de Vezein me atormenta:

—¡Esto acabará mal!

Esto acabará mal... Interdicción *a priori*... Esto acabará mal...

—¿Duermes?

—Yo... no... ¿qué es lo que acabará mal?

—La guerra.

¡Esto es nuevo! Me vuelvo a hundir en mi sueño. Y contesto vagamente:

—... ¿Qué guerra?

—¿Cómo: «¡Qué guerra!»?

Esta conversación no llegará muy lejos. ¡Ah, Paula, si fuese por los Grupos Aéreos de las ayas tirolesas, el Grupo 2/33 estaría todo entero en la cama desde hace mucho rato!

El Comandante empuja la puerta de golpe:

—Está decidido. Nos mudamos.

Detrás de él viene Geley, bien despierto. Dejará para mañana sus «Sí, naturalmente». Y sacará, para hacer trabajos extenuantes, otra noche más, utilizando reservas que él mismo ignoraba.

Nosotros, nos levantamos. Decimos: «Ah... bueno». ¿Qué íbamos a decir?

No diremos nada. Aseguraremos la mudanza. Solamente Lacordaire esperará el alba para despegar, a fin de cumplir su misión. Si vuelve, irá directamente a la nueva base.

Tampoco diremos nada mañana. Mañana, para los testigos, seremos unos

vencidos. Los vencidos deben callarse. Como las simientes.



ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY (Lyon, Francia, 1900 - Costa de Francia, 1944). Antoine Marie de Saint-Exupéry nació el 29 de junio del año 1900 en el seno de una familia acomodada de Lyon (Francia). Su padre, ejecutivo de una compañía de seguros, era Jean de Saint-Exupéry, y su madre, de gran sensibilidad artística, se llamaba Marie de Fronscolombe. Tenía cuatro hermanos.

Cuando Antoine solamente contaba con cuatro años de edad falleció su padre, lo que provocó el traslado de su familia a Le Mans en el año 1909. Residió en el castillo de su tía, ubicado en la localidad de Saint-Maurice-de-Remens. En esta gran casa el pequeño niño vivió una infancia muy feliz rodeado del cariño de su familia, en especial de su adorada madre.

Más tarde se trasladó de nuevo a Le Mans para estudiar con los jesuitas en Villefranche y en Suiza en un colegio marianista de Friburgo, ciudad en la cual habitó durante dos años entre 1915 y 1917. Posteriormente fracasó en el examen de ingreso para la Universidad y decidió matricularse en Arquitectura en la Escuela de Bellas Artes.

En el año 1921 cumplió el servicio militar y comenzó a sentirse atrapado por la aviación, determinando firmemente su propósito de ser piloto en la ciudad de Estrasburgo. En este período dio inicio a un noviazgo con Louise de Vilmorin. Consiguió el título de piloto pero no ejerció profesionalmente hasta su ruptura con Louise, quien no deseaba que Antoine se dedicara a la

aviación.

Entre los años 1922 y 1926 Exupéry trabajó en diversos oficios, como inspector de una fábrica de ladrillos o representante de los camiones Saurer. En 1926 comenzó su etapa como piloto comercial trabajando para Aeropostale y volando regularmente entre Toulouse y Rabat, Toulouse y Dakar o Dakar y Casablanca. Ese mismo año publicó su primer título literario, «*El aviador (L'Aviateur)*» (1926), un relato aparecido en la revista «*Navire D'Argent*», publicación en la que trabaja su buen amigo Jean Prévost.

Su pasión por el desierto del Sáhara procedía de su etapa como director del campo de aviación de Cabo Juby, en Río de Oro, iniciada a finales del año 1928. «*Correo del sur (Courrier-Sud)*» (1929), su primera novela, ensalza la profesionalidad y camaradería de los pilotos de línea postal. El año de publicación de este libro se trasladó a Argentina, siendo nombrado en Buenos Aires director de la Aeroposta Argentina.

En abril de 1931 se casó con la escritora y artista Consuelo Carrillo, viuda de nacionalidad salvadoreña, y publicó «*Vuelo nocturno (Vole de nuit)*» (1931), novela que sacó del anonimato su talento como escritor. Prologada por André Gide, consigue un enorme éxito comercial y crítico, alcanzando el *Premio Fémina*.

Sus relaciones con Consuelo no fueron buenas a causa de las ausencias e infidelidades de Antoine, y el matrimonio resultó muy tormentoso. Tras unos resultados económicos desfavorables, la compañía aerpostal terminó prescindiendo del intrépido Antoine, quien durante la década de los 30 trabajó en diversos puestos. Fue piloto de línea entre Casablanca y Dakar, piloto de pruebas para Latécoère, intentó conseguir el récord de velocidad volando entre París y Raigón (sufriendo un accidente en el desierto libio), se empleó en el servicio de propaganda de Air France y firmó artículos desde Moscú para el «*Paris Soir*», llegando también a cubrir el conflicto de la Guerra Civil Española para «*Intransigent*».

Un accidente ocurrido en el año 1938 en Guatemala, cuando pretendía viajar desde Nueva York a Tierra de Fuego, le dejó postrado en cama durante un tiempo considerable. En este período de convalecencia escribió «*Tierra de hombres (Terre des hommes)*» (1939), un texto nutrido, como casi todos los de su carrera como autor, por su larga actividad como piloto. La novela recibió el *Gran Premio de la Academia Francesa* y el *National Book Award* estadounidense.

En la Segunda Guerra Mundial, el aventurero Saint-Exupéry se prodigó en acciones. A pesar de que sus lesiones no recomendaban su participación en el conflicto, consiguió, tras muchas insistencias, formar parte del ejército activo en la lucha contra los nazis. Cuando Alemania ocupó Francia, Antoine se marchó a los Estados Unidos para intentar encontrar ayuda contra esta invasión. En América y estimulado por el contexto bélico del momento escribió «*Piloto de guerra (Pilote de guerre)*» (1942) y «*Carta a un rehén (Lettre à un otage)*» (1943).

En el año 1943 fue publicada su obra más famosa, «*El Principito (Le petit prince)*» (1943), un cuento en el cual, de manera alegórica, exponía parte de su filosofía vital y su concepción sobre el género humano. El libro fue ilustrado por el propio Antoine de Saint-Exupéry.

Se unió a la Resistencia Francesa. El 31 de julio de 1944, cuando estaba realizando una misión por la costa gala, su avión desapareció tras ser abatido por la aviación alemana. Tenía 44 años de edad en el momento de su muerte. Póstumamente aparecieron libros como «*La ciudadela (La citadelle)*» (1948), cuadernos de notas, o «*Carta a su madre (Lettres à sa mère)*» (1955).